El Hombre

Fragmentos de una Historia Olvidada

Mohini Chatterji - Laura Holloway



El Hombre: Fragmentos de una Historia Olvidada contiene un excelente material, muy útil para el estudio de todo investigador teosófico y es un libro cuya lectura dejará variadas enseñanzas de distinta índole. En él se puede apreciar no sólo el conocimiento recibido por los escritores, de parte de los Adeptos, que de por sí constituye un copioso material de estudio, sino que además dejará a las claras también, las condiciones que se deben poseer para poder recibir dicho conocimiento de manera correcta, es decir que la transmisión de las enseñanzas sea precisa. Siendo considerado un intento de presentar a la humanidad parte de la *Brahmā-Vidyā* con anterioridad a la escritura de *La Doctrina Secreta*, nos presenta de una manera rápida y fluida, -aunque no por eso, menos profunda- parte del llamado *Plan Divino* o *Plan de Evolución* que luego se desarrolló más ampliamente en el libro cumbre de H. P. Blavatsky.

Deben tenerse en cuenta las condiciones personales tanto del *celā* como de la candidata al chelado en cuanto a sus capacidades y limitaciones tanto psíquicas como espirituales, para comprender la causa de los errores cometidos en la recepción de la información transmitida. Los mismos fueron subsanados posteriormente y no le restan mérito al presente volumen, ya que las razones que provocaron dichos errores representan en sí mismas, una gran enseñanza para todo serio investigador que pretenda transitar el estudio y la aplicación en su propia vida de esta *Ciencia Arcaica* dada a conocer una vez más a la humanidad, a través del conocimiento que llamamos *Teosofía*.

El Hombre:

Fragmentos de una Historia Olvidada

El Hombre:

Fragmentos de una Historia Olvidada

Por

Laura Carter Holloway

y

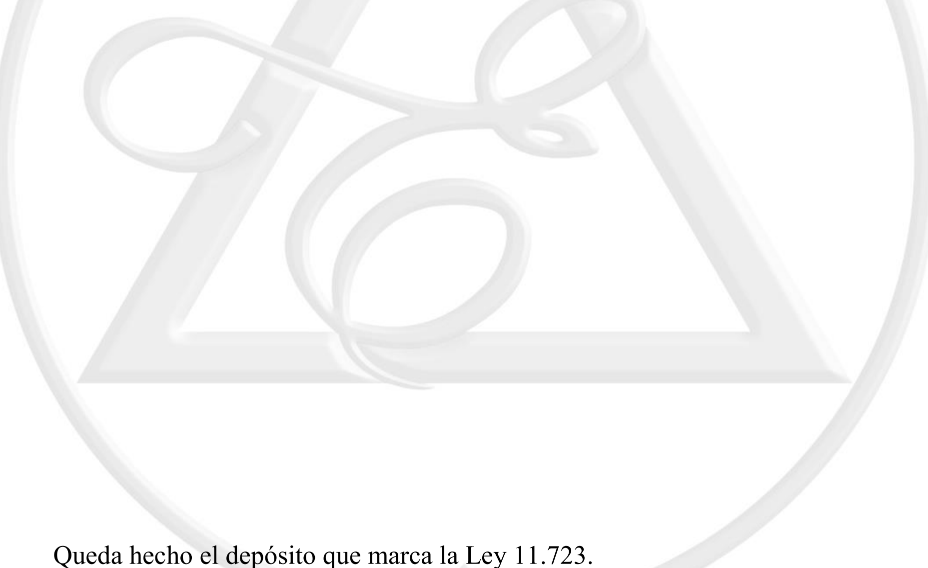
Mohini Mohun Chatterji

Con el Agregado de

Referencias Históricas y Biográficas



Titulo Original: *Man: Fragments of Forgotten History*.
Publicado en Londres en el año 1885.
Primera Publicación en castellano de *Esperia Editorial Teosófica*.
Traducido y Editado por el *Grupo de Traductores del Centro de Estudios de la Teosofía Original*, en Argentina.



Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.
ISBN 978-987-29654-3-3
CDD 299.934

www.esperiaeditorial.com.ar

IMPRESO EN ARGENTINA
2016

PARA

HELENA PETROVNA BLAVATSKY,

VALIENTE DISCÍPULO DE LOS MAHĀTMAS, Y

FERVIENTE SERVIDOR DE LA HUMANIDAD,

ESTE LIBRO ES AFECTUOSAMENTE

Dedicado.

ÍNDICE

PÁGINA

INTRODUCCIÓN A LA PRESENTE EDICIÓN

El Hombre, Fragmentos de una Historia Olvidada no resultó en su momento, ser lo esperado por quienes promovieron su escritura. La misma fue encomendada al Sr. Mohini Chatterji, un celā oriental y a la Sra. Laura Holloway, una occidental candidato a celā. Ambos recibieron la información contenida en este volumen a través de la asistencia de los Adeptos, quienes probaron de esta manera el nivel de desarrollo de estas dos personas en cuanto a las capacidades requeridas para el sendero del chelado. De hecho, la recepción de la información para la escritura del libro fue parte de la prueba. Se sabe que el postulante a celā occidental abandonó su tarea en un determinado momento y el celā oriental debió concluir este volumen solo, ordenando como le fue posible, los escritos dejados. El libro finalmente se terminó con algunos errores que H.P.B. señaló para ser corregidos en una segunda edición, misma que nunca llegó a realizarse. La carta enviada por H. P. Blavatsky señalando dichos errores se encuentra en el *Apéndice II* de este volumen. Otros Apéndices contienen los prefacios de ambos escritores —dado que los mismos no tienen relación directa con el contenido del presente libro—, una reseña biográfica y algunos extractos de las cartas que los Mahātmas escribieron con comentarios referidos y destinados a la Sra. Laura Holloway. Es oportuno señalar que dichos prefacios se escribieron bajo la sugerencia de despertar una inquietud en el público lector, razón que hoy día no se justifica dado que desde aquel entonces hasta el presente, la sociedad humana ha estado en contacto y ha profundizado en temas de esta índole.

Aquí presentamos algunos comentarios de H.P.B. respecto de *El Hombre…*

Dice H.P.B.:

"Este libro fue escrito con el propósito *de probar los desarrollos psíquicos del Celā y el Candidato*."

C.W. VI págs. 412-413

"El *Hombre*… fue un intento de presentar la doctrina arcaica desde un punto de vista más ideal [que *Buddhismo Esotérico*], de exponer algunas enseñanzas parcialmente reunidas de los pensamientos de los Maestros, pero mal entendidos, desafortunadamente. Este trabajo también habla de la evolución de las primeras Razas del ser humano en la Tierra, y contiene algunas páginas excelentes de un carácter filosófico. Pero hasta ahí es solo una pequeña novela interesante. Fracasó en su misión porque las condiciones requeridas para una correcta traducción de esas visiones no estaban presentes. Por lo tanto, el lector no debe asombrarse si nuestros volúmenes [*i.e*., de *La Doctrina Secreta*] contradicen estas primeras descripciones en numerosos detalles."

La Doctrina Secreta, I, 160-161

"En *El Hombre: Fragmentos de una historia olvidada* (de dos celās), todo lo que se dice de los Atlantes es bastante correcto."

La Doctrina Secreta, II, 227, nota al pie

"Debemos decir que, para ser justos, con la excepción de aquellas porciones que se refieren a las Rondas, Razas Raíces y *Subrazas*, en las que prima la más terrible confusión, no hay nada incorrecto en el libro. Al contrario, hay mucha información muy valiosa en él, pero debido a la confusión arriba descrita, no puede ser recomendado como libro de referencia. En La Doctrina Secreta se ofrecerán explicaciones y serán corregidos todos los errores y equivocaciones, espero."

C.W. VI págs. 412-413

Los editores del presente libro encontramos necesaria y oportuna su publicación ya que si bien, como aclara H.P.B. no puede tomarse como un libro de consulta por los errores cometidos en la interpretación de algunos temas puntuales, el mismo resulta de una gran riqueza ya que sus líneas contienen el resultado del prodigioso proceso por el que pasaron estas dos personas al recibir conocimiento a través de métodos poco convencionales, o por lo menos, poco comunes para la mayoría de la gente. Puede observarse a través de su contenido, que muchas veces no se logra percibir el conocimiento de manera pura y correcta; y eso ocurre por incapacidades propias del receptor —de los celās en el presente caso—. Pero queda demostrado que la Teosofía es una Ciencia viva —como podría decirse desde un punto de vista oriental—, cuya expresión se puede dar en mayor o menor grado de acuerdo al estado de consciencia de quien se pone en contacto con ella, sea a través de la literatura, sea a través de un celā o un Adepto. Dependiendo de ese estado de consciencia, alcanzado por medio del esfuerzo propio, el nivel de comprensión y la capacidad para transmitirlo posteriormente. Puede suponerse que las capacidades de las que se habla aquí, necesarias para una precisa captación del conocimiento, son extrañas o lejanas para el común de la gente, y eso puede confundir al lector desprevenido y crea que se deben poseer condiciones sobrenaturales, pero cabe aclarar que las cualidades a las que se hace referencia tienen que ver con las que se logran al transmutar los llamados tóxicos de la personalidad: la falta de confianza en el Maestro, la falta de confianza en sí mismo, la falta de obediencia o incapacidad de seguir las instrucciones del Maestro, el desorden, la duda que paraliza o prejuzga, el dejarse influenciar por malos consejos, y más. En referencia a esto podemos observar en el *Apéndice III*, algunos extractos de cartas del Maestro K.H. donde se le advierte sobre estas dificultades a la Sra. Laura Holloway.

Por todo lo expuesto, es que los editores consideramos que las líneas contenidas aquí resultan de un gran valor para el

estudiante, ya que muestran claramente, una vez más, que la única manera de recibir el conocimiento que los Adeptos puedan transmitirnos es superando nuestras propias cualidades humanas instintivas —que representan verdaderos impedimentos a la hora de pretender ponernos en sintonía con su Mundo—, transmutándolas en cualidades intuitivas, lo que implica todo un proceso cuya duración dependerá del empeño y dedicación con que realicemos el estudio y apliquemos en nuestra personalidad, ese conocimiento milenario llamado Teosofía. Proceso el mismo, que no debemos ni podemos evitar, cuando la evolución misma y nuestro propio Ser Interno nos lo reclaman. El camino de evolución es de un solo sentido y si pretendemos adquirir el conocimiento para obtener en el futuro el estado de consciencia de los Adeptos, debemos armonizar nuestro estado de consciencia con el de Ellos y para lograrlo, es indispensable realizar un cambio de Conducta en nuestra personalidad; debemos ganar el *derecho Kármico* para poder acceder a su conocimiento e "ir nosotros a su Mundo, pues Ellos no pueden venir al nuestro" —según sus propias palabras en una de sus cartas al Sr. Sinnett— ya que no puede ser de otra manera. La Ley de Karma que rige el proceso de la Evolución, así lo determina.

Los editores
Noviembre de 2015

Comentarios a la presente edición:

Para el presente trabajo realizado por el grupo de traductores del Centro de Estudios de la Teosofía Original en Argentina, se tomó como base la traducción realizada en 1902 por D.C.M., publicada por la sección Mexicana de la Sociedad Teosófica, Adyar. Debido a la gran cantidad de cambios, de estilo, de un uso contemporáneo del idioma, como así también correcciones en la traducción misma cotejándola con el original en el idioma inglés, lo consideramos una nueva traducción; aun así, es justo y necesario el agradecimiento de parte nuestra al esfuerzo realizado por los traductores en aquellos días.

A través del texto se encontrarán aclaraciones entre corchetes que en todos los casos corresponden a notas de los presentes editores, así mismo el texto entre paréntesis corresponde al original en idioma inglés. Las notas a pie de página fueron incorporadas al texto, por entenderse que facilitan la lectura. Siempre que fue posible, las palabras en idiomas orientales fueron escritas en su transliteración establecida en la actualidad, así el lector encontrará por ejemplo que la palabra *chela* esta ecrita en su transliteración del hindi *celā*. Se tuvo especial cuidado en la traducción de la palabra *self*, de la cual no existe un equivalente en nuestro idioma, dejándola entre corchetes donde se encontraba que la traducción no alcanzaba a transmitir toda su implicancia.

También se tomó la decisión de publicar el texto tal como lo fue en su primera versión, sin agregarle las correcciones realizadas por H. P. Blavatsky (*Apendice II*), sin embargo a lo largo de todo el texto se han señalado los lugares donde H.P.B. sugiere alguna aclaración o indica una corrección.

Introducción a la Primera Edición

Los presentes escritores están obligados a rechazar toda pretensión de haber hecho algo más que delinear a grandes rasgos los asuntos tratados en estas páginas. De todos modos ellos saben que el mundo, en estos días, espera recibir tan escasa verdad acerca del origen y la infancia del hombre, que recibe de mala gana todo cuanto se salga de las más vagas conjeturas y de los más nebulosos esquemas; y que está siempre dispuesto a condenar lo que él llamaría la temeraria credulidad de un individuo, que se aventura fielmente a reconocer ciertos campos de investigación, que él declara inexplorables.

El pequeño grupo de maestros esotéricos, los herederos de la sabiduría secreta de las edades, no han encontrado hasta hace poco otro medio que el silencio para la preservación de la misma. Pero ha llegado el tiempo de que el mundo reciba una porción de aquella riqueza acumulada.

La elección, sin embargo, del presente método, tan distinto de todas las ideas preconcebidas sobre lo conveniente en estas cosas, con seguridad despertará sentimientos del carácter más variado. Surgirá naturalmente la pregunta de por qué el descubrimiento de libros y manuscritos antiguos innegablemente auténticos y evidentemente históricos, no se ha aprovechado para promover el renacimiento de la sabiduría olvidada, si es que la actual generación tiene, de alguna manera, que adquirir un completo conocimiento de la historia del origen e infancia de sus antepasados. Sin embargo, el carácter alegórico de los escritos antiguos que los hace ininteligibles para todo el mundo, excepto para el lector iniciado, impide el adoptar este camino: de ahí la necesidad del presente plan.

En este libro se ha intentado mostrar a la humanidad actual, lo que era el hombre edades antes de la época comúnmente considerada como la era de su primera aparición sobre la tierra; y se verá que las condiciones tempranas de la raza, así como el desarrollo progresivo de la misma, será de gran interés e instrucción, aun tratándose del pequeño relato que sigue.

Quizás se preguntará: ¿Cuál es la fuente de información? ¿Quiénes son los Maestros? Son los sabios de Oriente, los herederos del conocimiento de los Magos, de los Caldeos, de los Egipcios y de los antiguos Ṛṣis de la India; los que esto escriben han recibido enseñanzas de uno de ellos, un Maestro querido y venerado, conocido por muchos, tanto en Occidente como en Oriente, y una parte de las mismas es ofrecida al mundo en las siguientes páginas. Los autores están satisfechos de la exactitud, pero no de la plenitud de la información que exponen, y presentan la misma con la sincera esperanza de que el mundo le preste a esta, la consideración de una mente abierta y sabia, para su propia ilustración, a pesar de las imperfecciones que los escritores pueden haber producido.

Los que han escrito este libro eran completamente extraños entre sí, hasta que se encontraron en la última primavera, y las circunstancias que motivaron dicho encuentro, se encuentran narradas en los prólogos siguientes [Ver *Apéndice I*]. El estudiante místico de psicología, que sabe lo inadecuada que es una simple exposición de hechos para la presentación de incidentes psíquicos, apenas necesitará excusarse por la forma en que se han hecho estos relatos.

CAPÍTULO PRIMERO

PRELIMINARES

Será conveniente antes de entrar en la cuestión de la evolución del hombre, exponer brevemente lo que el hombre es, según la Doctrina Esotérica. Se ha dicho en recientes publicaciones teosóficas que el hombre es un compuesto de siete principios. Pero este análisis ha sido lamentablemente mal entendido la mayoría de las veces. Se ha generado la impresión de que un ser humano septenario, es [como] un tipo de cebolla muy complicada la cual puede pelarse capa tras capa, hasta que ya no quede nada; que los diferentes principios que constituyen al hombre se han juntado por medio de algún proceso de combinación químico y mecánico. Pero el hecho, es que estos principios yacen en diferentes planos de existencia, y no pueden por consiguiente, reaccionar uno sobre otro, como acontece con las cosas que se hallan en un mismo plano. La percepción de cada uno de estos principios implica y requiere un cambio correspondiente en las condiciones de la conciencia perceptiva. El hilo que une estos diversos principios, es lo que puede llamarse la unidad de conciencia, la individualidad o la mónada. Los que adoptan el lenguaje idealista, expresan lo mismo de un modo diferente.

No es nuestro propósito describir en detalle los diversos principios del hombre. Para el lector que conoce la división del hombre en cuerpo, alma y espíritu, estas páginas no ofrecerán ninguna dificultad. El cuerpo o envoltura física de la entidad humana, incluye en sí mismo el principio de vida que anima al hombre, lo mismo que al animal, al vegetal y otras formas de existencia que no es necesario aquí mencionar. El alma es el

hombre etéreo, que, visto desde fuera del cuerpo, es conocido con los nombres de fantasma, doble, doppelgänger o cuerpo astral; contiene dentro de sí mismo el duplicado astral del cuerpo, el principio del deseo y la forma inferior de inteleción. El espíritu, que consiste en la forma superior de intelección y en el ego espiritual, se halla cobijado por el Espíritu Uno, que constituye la base permanente de toda existencia. A menudo, sin embargo, por razones de conveniencia, se hace la división en cuerpo y espíritu, o sea el hombre sensible y el suprasensible.

Acerca de esta materia, nuestro reverenciado Maestro dice:

"Así como el hombre es un ser séptuple, así también lo es el universo; siendo el microcosmos septenario, en relación al macrocosmos septenario, como la gota de lluvia a la nube de donde ella ha caído, y a la cual con el tiempo ha de volver. En el Uno están comprendidas o incluidas otras tantas tendencias para la evolución del aire, del fuego, del agua, etc., (desde sus condiciones puramente abstractas hasta las concretas), y cuando estas últimas son llamadas elementos, es para indicar sus potencialidades productivas de innumerables cambios de forma o evoluciones del ser.

Representemos por X la cantidad desconocida, esta cantidad es el principio uno eterno e inmutable y a, b, c, d, e, cinco de los seis principios menores o componentes del mismo, *viz*., los principios de la tierra, del agua, del aire, del fuego y del éter (ākāśa), según el orden de su espiritualidad, y empezando por el inferior. Hay un sexto principio correspondiente al sexto principio humano —el cual es llamado en Oriente Buddhi— (para evitar confusión, recuérdese que, considerada la cuestión desde el orden descendente de la escala, el Todo abstracto, o principio eterno, sería numéricamente designado como el primero, y el universo fenomenal como el séptimo, tanto si pertenece al hombre como al universo; mientras que considerado desde el otro lado, el orden numérico estaría invertido); pero dicho principio no nos es permitido nombrarlo, excepto entre Iniciados. Puedo, sin embargo, insinuar que está

conectado con el proceso de la más elevada intelección. Llamémosle N y además de estos existe, debajo de todas las actividades del universo fenomenal, un impulso energizador procedente de X, al cual denominaremos Y. Algebráicamente expresada, nuestra ecuación será: a + b + c + d + e + N + Y = X. Cada una de las seis primeras letras representa, por decirlo así, el espíritu o la abstracción de lo que ustedes llaman elementos (su pobre idioma inglés no me ofrece otra palabra). Así el espíritu gobierna la línea completa de la evolución en todo el ciclo de la actividad cósmica, siendo en su propio departamento, la causa informadora, vivificadora, y evolucionadora detrás de las innumerables manifestaciones en ese departamento de la naturaleza.

Aclaremos esta idea con un solo ejemplo. Tomemos el fuego: d, el principio ígneo primario residente en X, es la causa última de toda manifestación fenomenal del fuego en todos los globos de la cadena. Las causas próximas son los agentes ígneos desarrollados secundariamente, y que rigen separadamente los siete modos en que desciende el fuego en cada planeta, teniendo cada elemento sus siete principios, y cada principio sus siete subprincipios, y así estos agentes secundarios deben convertirse a su vez en causas primarias.

Siendo "d", un compuesto septenario, cuya fracción superior es puro espíritu. Tal como lo vemos en nuestro globo, se halla en su condición más grosera y material; tan grosero a su modo como lo es el hombre en su envoltura física. En el globo que precedió inmediatamente al nuestro, el fuego era menos grosero que aquí y en el anterior a este, lo era menos todavía. De modo que el cuerpo de la flama era más y más puro, y cada vez menos grosero y material, en cada uno de los planetas precedentes. En el primero de todos de la cadena cíclica, aparecía como una *brillantez* objetiva, casi pura, el Mahā Buddhi, el sexto principio de la *eterna luz*… En cada globo de la cadena hay siete manifestaciones de fuego, de las cuales la primera en orden podrá compararse, en cuanto a su calidad espiritual, con la última manifestada en el planeta inmediatamente anterior, el

proceso, como ustedes pueden inferir, se invierte en el arco opuesto. Las miles de manifestaciones específicas de estos seis elementos universales no son, a su vez, más que los tallos, ramas y ramitas del único y primordial árbol de la vida.”

La división septenaria adoptada por las diversas escuelas de la filosofía Esotérica, ha sido acusada repetidas veces de pueril. Sin embargo, un conocimiento más íntimo del asunto no puede menos que impresionar por el carácter estrictamente científico de este método de clasificación. Siguiendo a los idealistas místicos, podemos dividir el campo entero de la existencia en diferentes estados de consciencia, con sus funciones u objetos apropiados. Según estos filósofos, la existencia es coextensiva con la consciencia; una inconsciencia absoluta, es una negación absoluta. Ahora, es dentro de la experiencia ordinaria que la consciencia se manifiesta en tres diversos estados, a saber: la consciencia de un hombre despierto, la consciencia de un hombre soñando, y la consciencia de un hombre en un estado de sueño sin ensueños. Los dos primeros estados son conocidos por todo el mundo, el último requiere unas pocas palabras para explicarlo. Es verdad que a veces, estando despiertos, tenemos alguna idea de la consciencia durante el sueño, pero no tenemos ninguna en lo absoluto de la consciencia del sueño sin ensueños; su existencia, sin embargo, se prueba por el hecho de que la identidad del ego nunca se pierde, y de que el principio y el fin de tal sueño están enlazados el uno con el otro en la conciencia. Si hubiese habido una cesación de toda consciencia por un momento, no habría razón concebible para su reaparición. Además de estos tres estados, todos los místicos sostienen, como indudablemente es el caso, que hay un cuarto estado de consciencia, que puede llamarse consciencia trascendental. Se puede obtener una vislumbre de este estado en aquella condición anormal de éxtasis.

En cuanto a los objetos de dichos estados de consciencia, fácilmente puede verse que abarcan el campo entero de la existencia. Todo lo que es susceptible de percepción por medio de los sentidos, pertenece al primer estado de consciencia, que

está condicionado por nuestras nociones familiares de tiempo y espacio. Los objetos percibidos en los sueños, aunque tengan todos los elementos de la realidad para el soñador, no son idénticos a los objetos de la consciencia en estado de vigilia, por más que sean semejantes a ellos. Las nociones de tiempo y espacio que tiene el soñador, son diferentes de las que tiene el hombre despierto. Un cambio en estas nociones implica un cambio correspondiente en la naturaleza de los objetos a los cuales se confiere la característica de la realidad. Un avaro soñando en la adquisición de riquezas, experimenta un placer tan vivo como si realmente recrease su vista con sus acumulados tesoros, mientras que, estando despierto sin embargo, la riqueza adquirida en sueños no le provocará el menor interés. De igual manera, cuando se sueña, el hecho de que la adquisición no ha de mantener su realidad en la vida de vigilia, hace que, si alguna atención se le prestara, no sería más que momentánea, para ser luego expulsada de la mente, cuando esta se sumerjiese más profundamente en la contemplación de los objetos soñados. Este último fenómeno es observado por todos aquellos que prestan alguna atención a sus sueños y a las leyes que los gobiernan. Los objetos de la consciencia despierta, son usualmente llamados materiales, y sus contrapartes perceptibles por e1 soñador, han sido llamadas astrales, adoptando la fraseología de Paracelso y sus seguidores. No haremos más que mencionar de paso los objetos de los dos restantes estados de consciencia, porque no es nuestro propósito ocuparnos de ellos en este momento.

Casi no hay necesidad de hacer notar que los cuatro estados de consciencia anteriormente mencionados, no están separados los unos de los otros por barreras infranqueables, sino que están todos ellos íntimamente relacionados y forman un todo sintético. Un poco de atención bastará para demostrar que estos cuatro estados, combinándose de la manera que hemos visto, deben producir seis estados, siendo la unidad sintética de todos ellos el séptimo. Si se toman los cuatro puntos de un cuadrado para representar los cuatro estados, sus combinaciones, los

cuatro lados del cuadrado y las dos diagonales —seis en total— producirán la figura misma. El resultado de la combinación considerado separado de sus componentes estará representado por un círculo que los circunscribe. En este símbolo, el cual tiene su origen en la remota antigüedad, el círculo es el Todo infinito del cual procede la existencia fenomenal, simbolizada por el cuadrado y sus diagonales. De ahí que la *cuadratura del círculo* se tome a menudo para simbolizar el proceso de la evolución.

La interdependencia entre el sujeto y el objeto de la consciencia, será percibida claramente teniendo en cuenta las anteriores consideraciones. Los siete estados de consciencia considerados en relación al sujeto, o sea el hombre, son los siete principios individuales, y en relación al objeto, o sea la materia, son los siete principios cósmicos universales; en ambos casos, sin embargo, el séptimo principio incluye en sí mismo a los otros seis, y de hecho, aunque formando el último término en ambas clasificaciones, es uno en realidad. En el infinito el sujeto y el objeto se funden el uno dentro del otro.

Cada uno de estos principios se divide en siete; y cada subdivisión se divide a su vez en siete; de hecho, la división septenaria se extiende indefinidamente. Nuestro venerado Maestro dice sobre este punto: “Siempre que se les presente alguna cuestión de evolución o desarrollo en un reino cualquiera, recuerden siempre que todas las cosas obedecen a una regla septenaria de series en estas correspondencias y mutuas relaciones en toda la Naturaleza”. Siendo ilimitado el número de las divisiones septenarias, ninguna nomenclatura es capaz de expresar las verdaderas interrelaciones de todos los términos. Pero si nos abstenemos de una división tal, cada septenario se hallará completo en sí mismo, y la comprensión de un septenario, facilitará las investigaciones siguientes, hacia adelante o hacia atrás, siguiendo la Ley de Correspondencias.

Hay una particularidad en estas divisiones septenarias, que requiere una mención especial. Al trazar el proceso por el cual

el estado actual del hombre y su universo han evolucionado desde los estados anteriores, es evidente que el comienzo debe ser el polo opuesto. El presente estado es objetivo y material, y el punto de partida debe ser por lo tanto, subjetivo y espiritual; no debe, sin embargo, olvidarse que estos términos son relativos y no absolutos. En la realidad última, el espíritu y la materia son idénticos; no siendo la materia, bajo este punto de vista, más que lo que Kant denomina realidad objetiva, y el espíritu consciencia abstracta. Los filósofos místicos sostienen que la realidad última es consciencia absoluta, la cual tiene existencia objetiva y no es insubstancial o irreal. Según el lenguaje de algunos filósofos brahmanes la realidad última es la unión mística de Prakṛti (la Materia) y Puruṣa (el Espíritu).

Pero volvamos a nuestra materia dejando abstractas consideraciones metafísicas que no deben detenernos más tiempo que el necesario para dilucidar el tema que nos concierne más inmediatamente. En todo septenario, lo primero y lo último serán respectivamente la Materia y el Espíritu, o el Espíritu y la Materia, según se considere desde el lado de la evolución o el de la involución. El proceso de la evolución es ilimitado, y el último principio tiene siempre que retornar hasta el primero, aunque en un plano más elevado; si la curva de la evolución volviese a entrar en sí misma, el proceso llegaría a un final. El símbolo adecuado de la evolución, no es un círculo, sino una espiral desarrollándose eternamente.

La evolución, o sea la manifestación de un Nóumeno permanente en una infinita variedad de existencia fenomenal, envuelve en sí misma la noción de ciclos, y sólo puede ser comprendida estudiándola en un período de tiempo particular y determinado. En el universo fenomenal, encontramos que no puede pensarse ningún punto de tiempo sin pensar en puntos de tiempos previos. Claro está, por lo tanto, que siempre que un objeto existe en un momento dado, debe haber existido antes, sea en una o en otra forma. La forma preexistente, según se dice, causa la forma subsecuente y una consideración más profunda nos mostrará que la causa y el efecto difieren tan sólo

en la forma, pero son idénticos en la substancia, y que el efecto contiene siempre en sí mismo la causa. Una de las proposiciones fundamentales de los sistemas filosóficos del Oriente, es que el efecto es el desarrollo de la causa en el tiempo. El único método que puede presentar a la generalidad de los lectores los hechos recónditos de la evolución espiritual del hombre es el de las deducciones partiendo de las verdades universales referentes a la naturaleza de su consciencia. Estas verdades metafísicas han de tenerse, por lo tanto, siempre muy presentes para la debida comprensión del asunto.

La evolución, como hemos visto, solo puede ser estudiada en su progreso durante un período de tiempo dado; y este período de tiempo está dividido en ciclos y subciclos, de acuerdo al desenvolvimiento de los siete principios y de sus ilimitadas divisiones septenarias. La literatura existente de la Doctrina Esotérica no expone más que un sólo capítulo del gran libro de la Evolución, el período de nuestro manvantara planetario. Al principio, de este período, el universo material, o más bien objetivo de la humanidad emerge lentamente de su estado espiritual o condición subjetiva, y después de alcanzar la plenitud de su desarrollo, se resume de nuevo en la existencia espiritual. La condición espiritual prenatal del universo humano es tal, que es subjetiva para todos los egos que pueden llamarse en algún sentido, humanos.

El proceso evolutivo del cual nosotros somos el resultado, requiere para su completo desarrollo siete planetas, correspondientes a los siete principios del universo humano. La evolución de todo el sistema es demasiado vasta y complicada para poder describirla dentro de límites razonables. Sólo puede trazarse una pequeña sección de la misma, dejando que el estudiante descubra lo que falta, con la ayuda de la Ley de Correspondencias.

Se ha dicho que el manvantara planetario, lo mismo que toda la escala de la existencia que en él se despliega, están divididos en un número indefinido de septenarios. Recordando esto y

además el hecho de que el proceso evolutivo obra en sentido espiral y en períodos alternativos de relativa actividad y reposo, el tema resulta de fácil comprensión. Para nuestro presente propósito podemos considerar el proceso evolutivo como una espiral con siete vueltas. Emergiendo del estado espiritual o condición subjetiva, que para nuestros egos aprisionados en la materia, es un vacío perfecto, la existencia que se desenvuelve describe la primera vuelta produciendo la primera representación de la vida espiritual en el universo material u objetivo. Este es el primer principio de nuestro sistema planetario. Para un ser cuyas percepciones puedan concebir como objetiva la condición espiritual prenatal de nuestro universo, este primer principio tendrá una analogía con el primer principio espiritual, porque la ley de los septenarios impera tanto en la existencia espiritual como en la material. Pero para otro ser, cuya percepción objetiva no penetra más allá del primer principio material, los siete principios espirituales estarán todos presentes en este solo. La siguiente oleada de la evolución, que produce el segundo principio, está representada por la vuelta que estaba contenida en la primera en una condición potencial o inmanifestada, y que a su vez contiene a la primera, de igual modo que el efecto contiene la causa. El mismo proceso se continúa hasta el final. Entrando en detalles, cada una de las siete vueltas es realmente en sí misma una espiral formada por siete vueltas, entre las cuales subsisten las mismas relaciones que entre las vueltas mayores, y todas las subdivisiones proceden del mismo modo. El ejemplo adoptado tiene aplicación a los principios y subprincipios evolucionados lo mismo que al tiempo empleado en su evolución.

No puede caber dentro de los límites del presente tratado el reseñar la historia de la evolución durante un manvantara de nuestro sistema planetario, ni trazar el desarrollo de sus siete principios. Sólo trataremos directamente el progreso de la evolución humana en el planeta, nuestra actual morada. No hay que perder de vista, sin embargo, y nunca nos cansaremos de repetirlo, que por analogía el proceso puede ser extendido indefinidamente por el estudiante reflexivo.

Desde que las primeras mónadas humanas empezaron su presente curso objetivo, la humanidad, o mejor dicho su contraparte espiritual, ha recorrido tres veces toda la cadena planetaria y por cuarta vez ha alcanzado el cuarto planeta de la serie, la Tierra. Durante estos circuitos planetarios que han sido llamados Rondas, las mónadas, reconocibles como humanas en la Tierra, no pueden ser llamadas así [*Ap. II*, 1], rigurosamente hablando, cuando se desenvuelven en otros planetas [*Ap. II*, 2]. Únicamente en la actual cuarta Ronda se han desarrollado hombres como los que nosotros podemos concebir [*Ap. II*, 3].

Antes de alcanzar la perfección a que puede llegar en una Ronda, la humanidad tiene que pasar en esta Tierra por siete circuitos menores llamados Anillos. Las anteriores exposiciones de la Doctrina Esotérica, encaminadas a tratar tan sólo las líneas más salientes de la evolución humana, guardan silencio en la cuestión de los Anillos. Sea como fuere, la introducción de este nuevo factor no podrá producir confusión si nos atenemos a la Ley de Correspondencias. El Anillo que ahora estamos recorriendo es el cuarto [*Ap. II*, 4 - 5].

Simultáneamente con el desarrollo de la humanidad a través de las Rondas y Anillos, la misma tierra experimenta un desarrollo correspondiente. Con cada Ronda se añade una dimensión a la concepción humana del espacio [*Ap. II*, 6]. La cuarta dimensión del espacio será un hecho común en la consciencia humana antes que la cuarta Ronda haya terminado [*Ap. II*, 6]. La existencia, que a cada nueva Ronda empieza a desarrollarse desde su estado espiritual al objetivo o contraparte material, experimenta un desarrollo adicional en cada Anillo [*Ap. II*, 7].

Escasa dificultad se hallará en aplicar estas observaciones a las Rondas y Anillos, o a las subdivisiones de los últimos de las cuales se tratará más adelante (actualmente, cada uno de los cinco elementos que componen nuestra Naturaleza sensible, contiene en sí mismo cierta porción de los otros cuatro en sus formas sutiles, o mejor dicho, en su condición intermedia entre lo que podría llamarse materia y espíritu. El fuego, por ejemplo,

contiene en sí mismo ocho partes de su *propia* contraparte sutil o astral y dos de cada uno de los otros cuatro. El número de los componentes (dieciséis) en un elemento, corresponde con las cuatro Rondas y los cuatro Anillos [*Ap. II*, 8]. Lo complejo del tema nos impide dar más detalles, únicamente con los cuales podría resultar completa la exposición). En cuanto a la duración de las diversas divisiones del tiempo, arriba mencionadas, hay que notar que en cada septenario el período va disminuyendo en una proporción determinada hasta que se alcanza el mínimo en el cuarto, desde el cual, aumentando en la misma forma, alcanza el máximo en el séptimo.

Ningún ser humano, a excepción de los Adeptos de cierto grado, puede sustraerse a la atracción de la Tierra, antes de haber recorrido los siete Anillos, pero hay hombres excepcionales que por virtud de sus esfuerzos personales se han adelantado a sus compañeros en un Anillo completo, y se hallan así desarrollando su quinto principio (el intelecto) en un plano superior. De estos se ha dicho que son los seres normales de la quinta Ronda, porque la diferencia entre Rondas y Anillos no ha sido hasta ahora justamente definida. Cuando un ser humano escapa a la necesidad de transitar estos Anillos, y pasa al próximo planeta más avanzado, deja de ser estrictamente un ser humano, no cabiendo dentro de nuestro plan el explorar el misterio de tal existencia planetaria [*Ap. II*, 9].

CAPÍTULO SEGUNDO

EL HOMBRE SUPRA-MUNDANO

Todos los recuerdos existentes del hombre proceden de un común punto de partida, que es el de sus primeros ensayos de existencia material. Nadie, ni aun aquellos que tienen tanto que decir acerca de la naturaleza espiritual del hombre, suele tener en consideración el hecho más importante, el hecho asombroso, de que mucho antes de llegar el crepúsculo matutino de su nacimiento material, el hombre había pasado, en este planeta, por una era de inmensa duración como ser espiritual; un ser cuyo destino era un descenso gradual en la materia, pero en cuyas manos se hallaba, en gran parte, su propio porvenir. Antes de ser un hombre espiritual y finalmente hombre —un hijo de esta tierra— fue un espíritu planetario. Poco a poco fue haciéndose dueño, en sentido material, de su nueva morada, el árbitro de su propio destino en ella. Aunque sujeto a todo cuanto le rodea y a limitaciones físicas pasó por varias gradaciones de estados hasta que llegó a ser apto para comprender la cosmogonía de la cual él formaba parte [*Ap. II*, 10].

Este es el lugar oportuno para citar algunas observaciones de nuestro Maestro acerca de la evolución del hombre, a partir de su condición espiritual preexistente, observaciones que son susceptibles de aplicación a todos los casos especiales: “Existen y deben existir errores en las razas etéreas de las muchas clases de Dhyān Chohans o Devas (entidades avanzadas de un período planetario precedente. Para los detalles, *vide infra*), lo mismo que en los hombres. Sin embargo, los fracasos están demasiado lejos en el progreso y la espiritualidad del estado de Dhyān Chohan como para que estos sean devueltos

forzosamente al vórtice de una nueva evolución primordial a través de los reinos inferiores. Sucede lo siguiente: cuando un nuevo sistema solar debe empezar su evolución, estos Dhyān Chohan son conducidos por la corriente "al frente" de los elementales (entidades del plano de existencia subjetivo que en los tiempos futuros han de ser desarrolladas en humanidad, *vide infra*) y permanecen como una fuerza espiritual latente o inactiva, en el aura de un mundo naciente del nuevo sistema, hasta que llegue el nivel de la evolución humana… Entonces se convierten en una fuerza activa y se unen a los elementales, para desarrollar poco a poco el modelo completo de la humanidad."

Este desarrollo de las entidades espirituales en la existencia material, o, según se llama comúnmente, "el descenso del espíritu en la materia", no es más que un factor en el gran problema de la evolución humana, siendo el otro la formación de su cuerpo físico. Así como la naturaleza del hombre es dual —física y espiritual— así también hay dos elementos en su evolución. Por la línea espiritual es el hombre un descendiente de los Dhyān Chohans, y por la material lo es del tipo más perfecto de la vida animal existente en los comienzos de su asociación con la materia. El estudiante encontrará quizás alguna dificultad en armonizar los dos aspectos de la evolución, mas si se atiene debidamente a la ley de analogía, no dejará de hallar el hilo que debe guiarle por el intrincado laberinto de este tema.

Se ha indicado más arriba que con anterioridad a la aparición de las primeras entidades humanas, otras formas de existencia se habían desarrollado en la Tierra. Los seis grados de existencia que precedieron al hombre fueron los tres reinos elementales, imperceptibles para nosotros [*Ap. II*, 11], y los reinos mineral, vegetal y animal. No se debe suponer, sin embargo, que estos reinos tuviesen alguna de sus actuales propiedades físicas en el tiempo del primer impulso de la evolución humana. Por el contrario, es un hecho que todas las propiedades físicas que conocemos han progresado a la par de

nuestro progreso. Es una ley general que, desde el momento en que un reino superior viene a la existencia, todos los reinos inferiores sufren un retardo en su evolución. Bajo la acción de esta ley de retardo [*Ap. II*, 12], los reinos inferiores han hecho poco o ningún progreso desde que se inició la corriente de la evolución humana [*Ap. II*, 13].

No necesitamos hablar aquí de los reinos elementales, puesto que el hombre común difícilmente posea algún conocimiento de su naturaleza. Al considerar los otros tres reinos, hay que hacer notar que cuanto más a fondo se lleva la investigación, se encuentran menos señales de progreso durante el período humano. El reino mineral es el que menos ha progresado; viene tras él en la línea ascendente el reino vegetal, siendo el reino animal el que más se ha desarrollado de los tres [*Ap. II*]. Cuando las entidades humanas empezaron su movimiento de avance desde su estado espiritual hacia la existencia física, el tipo superior de la forma animal subió un escalón para recibirlas. No hay que suponer, sin embargo, que las formas físicas, ya desarrolladas estuvieran esperando la llegada de las entidades humanas para ir a habitarlas, pues lo cierto es que las entidades espirituales al manifestarse ellas mismas objetivamente, desarrollaron de las formas animales preexistentes los tipos superiores. La condición de las formas inferiores de existencia en el momento del nacimiento del hombre en la Tierra, podrá verse con alguna claridad a la luz de las condiciones de las primeras razas de hombres, que más adelante se describirán. El estado de los reinos inferiores durante las épocas de su respectivo predominio está fuera del alcance de nuestra comprensión, de igual modo que las capas de materia a través de las cuales progresaron, están fuera de los límites de nuestra actual percepción. No podemos dejar este punto de la cuestión sin advertir que los cambios de las formas inferiores de vida que acabamos de considerar, no son los mismos que estudian el geólogo y el paleontólogo, cuyas observaciones están confinadas a uno de los muchos planos de la existencia material, es decir, al único que podemos conocer. Tampoco debemos omitir el

hecho importante, de que las entidades que actualmente evolucionan en los reinos inferiores de este planeta, no alcanzarán la condición humana en este período planetario.

Estas observaciones preparan el camino para el estudio de la condición del hombre al aparecer por primera vez en la Tierra durante el presente Anillo [*Ap. II*, 14]. Los primeros representantes de la humanidad, tal como la conocemos en esta Tierra, fueron, rigurosamente hablando, hombres supra-mundanos o espirituales, y no seres terrestres. Sus principios más groseros no descendían más allá de un cuerpo etéreo o, más correctamente, astral; eran hombres únicamente en el sentido bajo el cual la semilla es el árbol, y, yendo más lejos, la energía potencial es la semilla misma. Las siete razas puramente espirituales que en este Anillo precedieron la aparición del hombre físico [*Ap. II*, 15], estaban compuestas de seres de los cuales el hombre de ciencia no tiene el menor conocimiento histórico y cuya existencia rechazará, como es de suponer. Lo primero que alegará en su defensa es la afirmación de que el mundo no era habitable en la etapa anterior a la edad de piedra; y decirle que el planeta era morada de criaturas humanas vivientes antes del período glacial, es violentar su buen sentido geológico. Hasta llega a ponerse en duda el hecho evidente de que la existencia del hombre europeo, se remonta hasta la edad Terciaria Superior.

Hay que tener presente que, cuando la palabra "habitable" se aplica a este planeta, su significación se halla limitada por el sentido en que definimos al primer hombre y sus necesidades. Y además debe tenerse presente, como el hecho antropológico fundamental sobre el cual basamos las afirmaciones que seguirán, que con la evolución de las siete razas espirituales que precedieron al hombre, la Tierra se hizo apta para ser habitada [*Ap. II*, 16]. Los siete dioses egipcios de los elementos, son los símbolos de estas siete razas primitivas, y los siete Elohim de los hebreos, son idénticos a los siete Ṛṣis de la India.

Las primeras razas carecían de lenguaje [*Ap. II*, 17], lo mismo que sus prototipos espirituales [*Ap. II*, 18], no siendo

aquellas más que copias materializadas de estos. Si las razas posteriores de hombres se hallaron dotadas de lenguaje, fue porque habían sido modeladas "a imagen de los siete dioses" de la palabra o lengua viviente de los Taos. No hay pueblo que no posea esta tradición, ni raza que no la haya conservado. Hasta los salvajes Hurones tienen sus "siete espíritus del aliento", o palabra o pensamiento articulado; cuyos espíritus invocan, y son solamente los prototipos de las primeras razas dotadas de lenguaje. Hasta el tiempo de la primera raza que "cayó en la generación", las razas humanas tuvieron todas y cada una sus paradigmas. Estas razas espirituales, fueron a su vez desarrolladas e instruidas por espíritus planetarios de un orden de existencia muy superior al que ninguna raza de hombres haya todavía alcanzado. La palabra "espiritual" no debiera ser mal entendida. En este caso no se refiere a seres humanos desencarnados, sino a órdenes de existencia todavía no desarrollados en el seno de la materia para formar parte del mundo material en el cual fueron colocados por la ley cósmica. En otras palabras, no representaban aquel principio que en el hombre sobrevive como una entidad después que ha sido desechada la materia grosera, sino seres cuyo destino era alcanzar desde otro plano, el de la materia, y llegar a él por medios tan naturales como aquel por el cual la larva se desarrolla transformándose en mariposa.

La naturaleza, que actualmente sólo es perceptible para nosotros en sus cinco aspectos materiales rudimentarios, tiene en reserva para aquellos que se esfuerzan en descubrir sus misterios por medio de los principios sexto y séptimo desarrollados, un tesoro de sabiduría que enriquece a quien lo contempla; y las verdades fundamentales que estas páginas contienen, no son más que una pequeña parte del caudal de conocimiento que el estudiante solícito puede descubrir por sí mismo, con sólo aplicar a esta investigación la mitad del ardor con que niega la existencia de estados y hechos de los cuales no tiene conocimiento. El experimentador metódico siente desprecio hacia el errático hijo del genio que no conoce regla ni rutina,

sino que balbuceando números a medida que los números se presentan, da expresión a los pensamientos que brotan de las profundidades interiores. El mundo está, empero, con el hombre inspirado, porque él pulsa cuerdas de simpatía que vibran y encuentran eco en el corazón humano, despertando a cada vibración algún recuerdo dormido de su existencia espiritual, o algún presentimiento de su vida futura, muy confusamente definidos en la conciencia de la progenie de la materia.

Las verdades internas o del alma que los hombres de esta raza sólo vagamente conciben, serán percibidas por la próxima raza, la sexta [*Ap. II*, 19], como formas objetivas, y su belleza interior será percibida con tanta facilidad como la existencia de un mundo espiritual, lo es por los hombres más adelantados de esta quinta raza.

Las primeras entidades humanas que hubo en la tierra eran gérmenes vivientes en movimiento, los "globos alados" de Egipto, o "Escarabajos", como hoy se llaman. De estos gérmenes en el transcurso de los siglos evolucionaron las siete razas de seres etéreos [*Ap. II*, 20], los antecesores del hombre en la Tierra —seres prehumanos— si así podemos definirlos. Estas manifestaciones embrionarias de la vida no poseían en su estado primitivo más que un instinto, el del movimiento, y se movían (aparentemente) al azar, no obedeciendo a otro fin que el de producir muchas de las formas inferiores de vida que nos rodean.

Si nosotros fuéramos dueños de los secretos de la naturaleza, fácilmente penetraríamos estos misterios. Existen hombres que han alcanzado un grado tal de desarrollo espiritual y físico, que les permite percibir la acción interior de las leyes cósmicas, y este desarrollo se logra por medio de la educación de los siete sentidos del hombre en su doble naturaleza, espiritual y física. Estas afortunadas excepciones son tan poco conocidas por los demás hombres que es casi imposible convencer de su existencia a las personas de cualquier época. Los habitantes de la Tierra, al tiempo de la aparición del hombre primitivo, eran además de animales (por supuesto diferentes de los conocidos

hoy día), “espíritus de la naturaleza”. Eran los espíritus, que representaban los prototipos astrales de los árboles y demás órdenes de vegetación, como también los respectivos prototipos de los minerales y metales. No poseían ningún sentido evolucionado, y no estaban provistos más que de un sentimiento, el del ciego instinto. También había elementales de una categoría distinta, los cuales sucesivamente evolucionaron hasta llegar a ser hombres, según veremos más adelante. Nuestros primeros antepasados, los primeros descendientes físicos del hombre supra-mundano, eran seres nacidos en una condición que nosotros no podemos comprender, pero de la cual podemos adquirir ciertos indicios de parte de aquellos que han conservado para nosotros el conocimiento, cuyos fragmentos ahora nos ofrecen. La cuna de la primera raza objetiva del hombre en el Anillo actual fue el Polo Norte, que en la época de que hablamos estaba casi en la eclíptica. Desde aquel período los polos y el ecuador han cambiado de lugar. Podrá esto sorprender a aquellos astrónomos que creen haber resuelto completamente el problema de la precesión de los equinoccios por medio de una cadena de razonamientos matemáticos, y podrán quizás rechazar con desprecio esta afirmación, pero lo cierto es que la inclinación del eje de la tierra sobre el plano de la eclíptica sufre un cambio secular, y los descubrimientos futuros, corroborarán nuestro aserto (sabemos perfectamente que esta afirmación está en contradicción con la física matemática, cuya ciencia acaba de ser enriquecida con los valiosos y profundos escritos del Sr. G. H. Darwin. Mas ¿qué físico se atreverá a afirmar que son conocidos todos los datos necesarios para la solución de la cuestión? No será ciertamente ningún astrónomo que haya intentado resolver el problema todavía en pie de la aceleración secular del movimiento de la luna). El geólogo, cuya masa de conocimiento científico ha recibido importantes refuerzos del descubrimiento de yacimientos carboníferos en latitudes muy altas, aun ahora encontrará quizás sugestiva esta afirmación.

Antes de continuar debe ser reiterado que las diferentes épocas de la historia de la evolución humana a que nos

referimos, fueron períodos durante los cuales vivieron y desaparecieron de la Tierra en sus tiempos señalados miles de seres; de lo contrario, podrían surgir erróneas apreciaciones con relación a este tema, que sólo pretendemos exponer en sus líneas más salientes, y no en sus detalles.

Nos proponemos trazar la historia de la evolución humana en este Anillo [*Ap. II*, 21], desde su estado espiritual hasta el físico. Pero no es posible trazar el curso del desarrollo a través de todas las siete razas del Anillo [*Ap. II*, 21], o septenarios menores, las subrazas. El diseño general que sigue pondrá a los lectores en condición de obtener por sí mismos los detalles. La Ley de Correspondencias prevalece hasta el final. Lo que es cierto para una subraza especial de una raza, es cierto, en un plano superior, para la correspondiente subraza de la raza siguiente.

CAPÍTULO TERCERO

EVOLUCIÓN FÍSICA DEL HOMBRE O DESCENSO EN LA MATERIA

Al trazar el desarrollo del hombre objetivo desde sus predecesores subjetivos mencionados en el anterior capítulo, debe tenerse siempre presente, que al comienzo de cada Anillo, el proceso descripto se repite constantemente; pero con cada período subsecuente, la duración de este proceso se va acortando. La naturaleza encuentra más fácil repetir esto nuevamente en un plano más elevado que evolucionar a través de un proceso nuevo. La facilidad adquirida por la naturaleza de repetir algo que haya verificado anteriormente, está bien ilustrada en el desarrollo del feto humano: en el corto espacio de siete meses, el germen embrionario recorre el diapasón completo de la evolución orgánica, porque la humanidad, considerada como un todo, en su ascenso hasta su actual posición, ha pasado ya por todos los pasos intermedios. El desarrollo de los sentidos físicos de la entidad humana y de su envoltura física, constituyen su descenso en la materia, o evolución física. Nos proponemos en este capítulo trazar un breve esbozo de la evolución física de la primera raza objetiva del presente Anillo [*Ap*. *II*, 22].

Cuando hablamos de "Pobladores Primitivos", no nos referimos a los pobladores que habitaron sobre la Tierra, sino a la primera raza objetiva de este Anillo [*Ap*. *II*, 23], que es conocida por las razas posteriores, como la raza de los hombres Adámicos. Ha sido mencionado en el capítulo precedente, que el número de las razas etéreas del presente Anillo, fue siete. Cada una de estas razas desarrolló un sentido astral, hasta que la

séptima raza tuvo los siete sentidos desarrollados, hasta el punto que permitían las condiciones existentes [*Ap. II*, 23]. Es difícil para hombres que no tienen más que cinco sentidos imaginar lo que son los otros dos [*Ap. II*, 26], pero no debe olvidarse, que nuestro actual estado no es en ningún modo perfecto. Los hombres de la séptima raza de este Anillo [*Ap. II*, 24], experimentarán quizás la misma dificultad en concebir cómo podríamos nosotros haber existido con sólo cinco sentidos. Cuando la corriente de la evolución tomó el primer impulso hacia la vida objetiva, la humanidad tenía que desarrollar en el plano material, uno tras otro, los siete sentidos astrales de que estaban dotados sus ancestros prehumanos. La primera raza de este Anillo es bien sabido que tuvo, como todas las otras razas, siete subrazas [*Ap. II*, 25]. Cada una de estas subrazas desenvolvió, hasta el límite que permitía su desarrollo material, uno de los siete sentidos. La séptima subraza tenía los siete sentidos desarrollados físicamente hasta cierto grado. La primera subraza, de la segunda raza, tomó el sentido desarrollado anteriormente, en el punto en que fue dejado al final de la primera raza, y lo llevó a un grado superior. La segunda subraza, trató el siguiente sentido, desarrollado de un modo semejante; por lo tanto cada uno de los sentidos, alcanzó una mayor perfección en cada subraza de la raza siguiente, hasta que por fin, a la mitad de la tercera raza, el hombre llegó al estado en que hoy le conocemos, aunque menos desarrollado [*Ap. II*].

Las razas sucesivas han llevado esta evolución en sentido progresivo, siguiendo el mismo orden [*Ap. II*, 27]. El tipo común de una raza, es siempre preservado por sus varias subrazas, las cuales, a cada paso que dan, adquieren más y más desarrollo en el plano físico, con una pérdida correspondiente de algún particular sentido astral, poseído por sus predecesores supra-mundanos.

El hombre empezó así a avanzar en el plano físico, desarrollando uno de los siete sentidos. La primer subraza, de la primera raza objetiva [*Ap. II*, 28], adquirió paulatinamente el sentido de la vista física, el cual, y esto hay que notarlo bien,

incluía en sí mismo los seis restantes en estado latente o potencial. Simultáneamente, con el desarrollo de este nuevo sentido, se verificaba un desarrollo correspondiente en la naturaleza externa. Los sentidos astrales del hombre supramundano, no percibían más que la contraparte astral de todos los objetos de la naturaleza, tal como hoy los conocemos. Es muy difícil para la generalidad de los hombres de hoy día, darse cuenta de cómo la actual naturaleza sensible, pudo existir meramente como su sombra, y al mismo tiempo poseer un carácter real y objetivo. Pero debe recordarse que, cuando un soñador percibe objetos astrales, no halla en ellos ninguna falta de realidad. Con la naciente facultad de la vista, el mundo lentamente comenzó a asumir un carácter diferente; la naturaleza externa adquirió gradualmente visibilidad, tal como nosotros la entendemos, aunque desprovista de las demás propiedades que nosotros invariablemente asociamos a los objetos visibles.

Las propiedades de los objetos correspondientes a los otros sentidos, no habían aún evolucionado; estos mismos sentidos eran todavía desconocidos. Para estos hombres primitivos, las hojas no susurraban, las flores no tenían olor ni desplegaban a la vista variedad de colores. Siendo la vista su único sentido desarrollado, no tenían ellos noción alguna de la distancia ni de la solidez. Más, al comienzo, este sentido era de un alcance ilimitado. El hombre prehumano podía sondear los misterios del sol y del cielo, y podía observar las estrellas que burlan al más potente telescopio. La primera subraza, con su vista recientemente desarrollada, no podía formarse idea de la obscuridad, porque ningún objeto era completamente opaco. La luz variaba de intensidad, pero para los primeros representantes de la raza, todavía no había empezado a hacerse sensible el contraste que nosotros percibimos entre el día y la noche. La vista en dicha época no se había desarrollado aún lo suficiente para la percepción del color. Los primeros hombres no pudieron observar la diversidad de tonos del arco iris y la hierba, los árboles y los animales, no eran para ellos, como son para nosotros, de diferentes colores. La evolución de la percepción del color, está íntimamente ligada con la evolución de las razas

y subrazas de la humanidad. Cuando empezó a desarrollarse el sentido de la vista, el hombre no percibía ninguno de los colores del prisma. Para él, todo aparecía perfectamente incoloro, esto es, blanco; mas, antes que la primera subraza de la primera raza objetiva hubiese alcanzado su punto culminante [*Ap. II*, 29], y cedido su lugar a sus sucesores, el color rojo se hizo perceptible. Cada subraza desarrolló la percepción de un nuevo color del prisma en el orden en que están colocados, empezando por el rojo; y cada raza sucesiva tuvo que recuperar para sí, la percepción de los colores del arco iris, aunque continuamente en períodos de tiempo decrecientes, y reconociendo cada vez una mayor variedad de matices. Los primitivos antecesores de nuestra raza no percibieron más de tres colores principales: rojo, amarillo y verde; dos de ellos perfectamente, y el tercero sólo hasta cierto grado limitado [*Ap. II*, 30]. El que nuestros ojos, hoy día, puedan gozar de tanta profusión de colores, es debido al hecho de que nosotros estamos ahora recobrando, y al mismo tiempo enriqueciendo el conocimiento que fue un día patrimonio de los hombres de las razas precedentes. Hacia el final del período de esta subraza, la vista humana, hasta entonces ilimitada, empezó a sentir las limitaciones de la distancia y de la opacidad. Esto fue debido a la influencia de un sentido naciente que señaló la aparición de la subraza siguiente. La presencia del nuevo sentido, el tacto, modificó considerablemente la percepción de las cosas, y mediante la combinación de estos dos sentidos, empezaron a desarrollarse, nuevos conceptos, como los de la solidez, distancia y temperatura.

No debemos omitir aquí, que hacia el final de este período empezó a manifestarse, aunque muy limitadamente el sentido del oído, el cual, según se verá, no adquirió gran desarrollo, hasta una época posterior. La segunda subraza heredó el sentido de la vista, y desarrolló, por sí misma el del tacto. Este último sentido, tenía en sus comienzos un alcance mucho mayor que en los períodos sucesivos. Esto podrá parecer a primera vista, de difícil comprensión, mas, aquellos que han observado como los ciegos desarrollan su oído y su tacto hasta un grado de finura y delicadeza extraordinarias, entenderán como la multiplicidad de

los sentidos embota la agudeza de cualquier facultad en particular. Para la gente primitiva, el tacto era algo así como la facultad psicométrica, que posee cierto tipo de clarividente, aunque mucho más intensa. Lo cierto es que esta facultad adquirió un grado tal de desarrollo interior, que revelaba la naturaleza íntima así como la exterior de los objetos a que se aplicaba. Por medio del tacto fue abierta una nueva fuente de placer, y fue establecido un nuevo lazo entre el hombre y el mundo exterior. A medida que surgía sentido tras sentido, se forjaba anillo tras anillo en esta cadena, y velo tras velo, encubría la extensa perspectiva de sus recuerdos espirituales. Gracias a la continua asociación con las *cosas del barro*, el hombre fue adaptándose a su nuevo hogar, hasta que al fin sus pensamientos cesaron de divagar.

El sentido del tacto, que germinó en la primera subraza, alcanzó el límite de su desarrollo en la segunda. Con la evolución de la siguiente subraza, el hombre dejó de ser un ser etéreo, convirtiéndose en una criatura relativamente materializada, dotada de varios sentidos rudimentarios, de los cuales, sólo uno, la audición, se acentuó, y vino a ser peculiarmente característica de la tercera subraza.

Esta subraza disfrutó de las tres facultades, de la vista, del tacto y del oído; las dos primeras como sentidos físicos desarrollados, por haberlos materializado las dos subrazas precedentes, y la última como sentido físico y espiritual a la vez. Siendo esta facultad una nueva herencia, fue al principio enteramente espiritual, exactamente de la misma manera que la transmisión del pensamiento es una facultad espiritual para la quinta raza, que es la nuestra [*Ap. II*, 31], debiendo empero convertirse en facultad física para los hombres de la sexta raza. En tanto que una facultad es puramente espiritual, no puede ser propiedad común de toda la raza; será poseída por hombres constituídos de un modo diferente de la generalidad de sus prójimos, o bien por aquellos que se han sometido a cierta disciplina con objeto de adquirirla. Pero, cuando la raza *en bloc* se eleva al nivel de estos pocos [*Ap. II*, 32], la facultad en

cuestión deja de ser espiritual, y es disfrutada por la raza en general como una herencia fisiológica [*Ap. II*, 33].

La extensión del poder del oído que poseyó la tercera subraza de la tercera raza humana [*Ap. II*, 34], era tan grande con relación a la nuestra, que raya con lo increíble. El oído espiritual había recibido su máximo desarrollo, y el mismo oído físico alcanzó un elevadísimo grado de agudeza. Hasta el sonido de la hoja al nacer, recreaba con su música natural los oídos de estos primitivos habitantes de nuestro planeta. Cuando los colores, uno tras otro, aparecieron en la flor primitiva, su danza rítmica no era percibida por el sentido del oído todavía nuevo. El placer exquisito que experimentarían ellos al oír esta música, debía haber tenido cierta semejanza con el que nosotros, que tenemos ampliamente desarrollada la percepción musical, sentimos al escuchar los divinos compaces de una sinfonía o de un oratorio. Un nuevo encanto se añadió a la vida, y el hombre contempló con creciente satisfacción y complacencia, el amigable mundo que le rodeaba.

El rítmico movimiento de los cuerpos celestes que nos circundan, lo que los hombres llaman la música de las esferas, y que creen no es perceptible para los oídos mortales a causa de su crudeza, era para estos hijos primogénitos de la naturaleza un alegre acorde perdurable.

> ¡Mira cómo la bóveda del firmamento está tachonada de innumerables patenas de oro resplandeciente! No hay ni el más pequeño de esos globos que contemplas que con sus movimientos no produzca una angelical melodía que concierte con las voces de los querubines de ojos eternamente jóvenes. Las almas inmortales tienen en ella una música así; pero hasta que cae esta envoltura de barro que las aprisiona groseramente entre sus muros, no podemos escucharla.

(*El mercader de Venecia*, William Shakespeare, Acto V, Biblioteca de clásicos universales, con prólogo de Luis Astrana Marín.)

La crudeza física nos hace inaccesibles a muchos otros goces de la naturaleza además de su música, como saben muy bien aquellos cuyos sentidos han sido refinados por entrenamiento o por la naturaleza. En aquellos tiempos el oído espiritual se encontraba desarrollado plenamente, y la armonía entre la naturaleza espiritual y física del hombre, permitió que dicho sentido fuese más agudo de lo que jamás ha sido para la generalidad en ninguna de las razas siguientes. Pero hay hombres que viven actualmente, que no sólo han conservado el maravilloso poder de la audición que poseyeron nuestros ancestros de la tercera raza, sino que por medio de un cultivo constante han desarrollado esta facultad hasta un grado aun más notable de perfección. Los seres humanos excepcionales a que aludimos, han conservado maravillosamente este poder del oído, y, según es bien sabido, en la India y en otras partes, hablan a través del espacio, y pueden ser oídos por aquellos cuyo sentido espiritual de la audición puede controlar su contraparte física y subordinarla cuando lo desean. La distancia no constituye obstáculo para el oído espiritual, y las almas que se hallan en simpatía espiritual se llaman y responden mutuamente desde los confines del mundo.

La cuarta subraza, según se verá, principió con tres sentidos bien desarrollados, la vista, el tacto y el oído. El sentido del olfato, que pertenece especialmente a esta subraza, fue en su origen una facultad tanto espiritual como física. El sentido espiritual del olfato tenía muchas de las propiedades que nosotros asociamos a la vista, al tacto y al oído. Aun hoy día, los naturalistas saben que este sentido en algunos insectos suple a casi todos los demás sentidos; la importancia del sentido del olfato para ciertos animales, especialmente los perros, apenas si necesita mencionarse. La evolución de este sentido añadió otra capa a la naturaleza, justificando así el hecho de que los antiguos adoptasen la cebolla como símbolo de la evolución. Diferentes objetos, que anteriormente podían sólo ser vistos, tocados y oídos, adquirieron entonces por primera vez la propiedad del olor.

El sentido del gusto fue desarrollado por la quinta subraza [*Ap. II*, 35]. Al principio el cuerpo humano no necesitaba alimento para mantener la vida, y aún en época tan avanzada como el tiempo en que la cuarta raza desarrollaba el sentido del olfato, el hombre no comía nada [*Ap. II*, 36], sino que por medio de ósmosis, absorbía los elementos nutritivos del aire. Únicamente cuando su cuerpo se hubo condensado, y se hubo vuelto en cierto sentido, grosero, reparó el sistema teniendo que introducir alimento en su estómago. La primera y la segunda razas no sintieron la necesidad de suplir con alimentos el desgaste de los tejidos. Propiamente hablando, el hombre en nuestro planeta no llegó a ser un animal comedor, en nuestro Cuarto Anillo, hasta el final de la segunda raza [*Ap. II*, 37].

Los sentidos desarrollados por la sexta y séptima subrazas son inconcebibles, para nosotros, que sólo poseemos cinco sentidos desarrollados —aunque en un grado mucho mayor que el alcanzado por la humanidad en alguno de los períodos precedentes— y teniendo los otros dos sentidos en un estado muy rudimentario.

En aquellos días no se experimentaba nada desagradable a través de los sentidos. En realidad, ningún sentido en sus comienzos puede transmitir al hombre sensaciones desagradables. Siendo el desagrado el resultado de la desarmonía o de la violencia del orden natural de las cosas, sólo puede haberse presentado después de que los sentidos se hubieron asociado lo suficiente con los objetos externos. El dolor físico, fue, por decirlo así, acarreado por el mal uso de nuestros sentidos, no por su uso. El mito bíblico de que Dios maldijo la tierra a la caída de Adán, tiene un sentido profundamente significativo. El hombre en su estado natural no conocía el abuso de ningún sentido u órgano, y por ende, se hallaba libre de todo sufrimiento relacionado con su ejercicio. Durante la niñez, aunque la agudeza de los sentidos es mucho mayor que después, los niños no experimentan en tan alto grado como los adultos los sentimientos penosos que sus sentidos son capaces de producir. Pueden, por ejemplo, resistir malos olores

sin mucha incomodidad. La vista de los niños es más clara y de mayor alcance que la de los adultos; pero sus ojos no pueden distinguir delicados matices de color. El oído de los niños posee un alcance mucho mayor que el de los mayores; pueden percibir notas mucho más altas y sonidos mucho más bajos que la generalidad de los adultos, pero no perciben los semitonos ni otras divisiones más delicadas. En la aurora de la vida la fuerza de los diversos órganos es extraordinaria, y el placer recibido por su ejercicio es intenso. Sonidos discordantes para el oído común son a menudo atractivos en los oídos jóvenes. La analogía puede seguirse hasta el fin, pudiendo notarse las diferencias entre las cualidades de los sentidos de los jóvenes y las de los adultos. El gusto de los niños por los sabores fuertes y su incapacidad de simpatizar con delicadas sensaciones, son bien conocidos, y la observación de la vida infantil pone en evidencia que la naturaleza prefiere primero trazar los contornos y después completar los detalles. Ha sido siempre la tendencia de la evolución superior de las razas el producir variaciones cada vez mayores en cada sentido fundamental. A cada paso hacia arriba los sentidos perdían en poder y ganaban en variedad y en riqueza. Para nuestros ancestros, muchos objetos que a nuestro paladar presentan diferencias notablemente apreciables, aparecían perfectamente iguales. Lo mismo sucede con el color, con el sonido y con las demás secciones de la esfera sensitiva. Los refinamientos de la mesa moderna nos pueden dar alguna idea de la compleja delicadeza de nuestro paladar comparada con las sencillas necesidades, sin ir más lejos, de la Edad Media.

Llevando el asunto más lejos, la atención es dirigida a los que pueden ser llamados sentidos compuestos, que se forman cuando más de un sentido es impresionado a un mismo tiempo por un mismo objeto. Los epicúreos darán testimonio del refinamiento que alcanza su gusto cuando un plato de comida les halaga, tanto por el aroma como por el sabor, mientras que los efectos de la música acompañada de luz con luminosidad variable son muy conocidos, cuando menos en Oriente.

Hemos hablado de dos series de sentidos, los poseídos por los hombres supramundanos y los poseídos por sus descendientes terrestres. Los todavía superiores sentidos espirituales, llamados *Tanmātras* por los filósofos indos, no los hemos mencionado siquiera, son por decirlo así, los sentidos abstractos, en los cuales el sentido y su correspondiente objeto son uno. El hombre actual tiene en el plano inferior de su existencia, los cinco sentidos groseros, mientras en su cuerpo astral obtiene el dominio de sus sentidos astrales, y en tal estado se halla enteramente en la misma situación que sus progenitores supramundanos. Hay que mencionar en este punto, que el brahmán, en las antiguas escrituras sánscritas, es llamado a menudo "el hijo del fuego" [*Ap. II*, 38], lo que realmente significa el hombre astral, o sea el ser humano supramundano; porque los brahmanes pretenden ser los únicos que han permanecido fieles a las tradiciones de sus gloriosos antecesores cuando el resto del mundo se había entregado al culto de dioses extraños. Más elevados que estos sentidos astrales son los sentidos verdaderamente espirituales, sus contrapartes abstractas. Estos siete sentidos en su triple naturaleza espiritual, astral y física, son los que los Mahātmas superiores —aquellos maestros de la naturaleza— poseen en un estado sumamente desarrollado. Ellos han conservado por medio de un cultivado estudio, las excelencias de todas las razas anteriores, y han combinado con ellas su propio progreso individual, mientras que la humanidad ha ido moviéndose en el ciclo descendente.

CAPÍTULO CUARTO

EL HOMBRE PRIMITIVO

El bosquejo precedente, aunque escazo, indica con suficiente precisión para el propósito de estos fragmentos, el curso de la evolución que dio origen al hombre en el plano material, y que, en realidad, generó este plano en sí mismo. Hemos visto como el hombre, emergió de su condición espiritual, y lentamente desarrolló la vida objetiva al corporizar los equivalentes espirituales de los siete sentidos, de los cuales la humanidad presente posee cinco de un modo activo, y los dos restantes en una condición latente o potencial. Durante el período de la primera raza, hemos dicho, el desarrollo objetivo del hombre y de su planeta, progresó hasta un punto que, si bien no era completamente espiritual, no era tampoco material, en el sentido que damos a este término. Durante las siete subrazas de la segunda raza [*Ap*. *II*, 39], la corriente de la evolución creció turgente con el desarrollo de la materia. Pero el hombre, ni aún entonces, se hallaba cristalizado y condensado en grado suficiente para poder ser reconocido por sus actuales descendientes como perteneciente a su raza; era todavía semietéreo, con pocos atributos de los que hoy día consideramos como peculiarmente *humanos*; en efecto, en el sentido físico, él no era realmente un hombre [*Ap*. *II*, 40], porque aún en la segunda raza, su cuerpo semietéreo estaba libre de enfermedad, y la completa armonía del organismo corporal le daba la fragancia de la salud perfecta. Los animales, en la era primitiva de su existencia, eran odoríferos como los árboles, las flores y las plantas, y el hombre era una fragante flor cuando vivía la vida natural. Aún hoy, después de

innumerables siglos de vida malsana, y de abuso de las funciones naturales y de promiscuidad, es todavía un joven animal bien oliente, necesitando tan sólo abluciones de agua pura para conservar su organismo limpio y su aliento tan fresco como el de la vaca, el único animal, con excepción, hasta cierto punto, de la oveja, que no ha degenerado del todo. Esto puede arrojar alguna luz en la cuestión de por qué tantas naciones han considerado a la vaca como un animal sagrado, o en todo caso la han tratado con especial consideración. En la India y en el antiguo Egipto es bien sabida la veneración que se tributaba a la vaca, y aun entre otras naciones que se han convertido en devoradores de vacas, este animal representa un importante papel en sus mitos.

Es casi imposible dar una idea exacta de los seres humanos que alguna vez caminaron esta Tierra; sus primitivos poseedores. Sólo el vidente puede representárselos, y sólo aquellos cuyos poderes imaginativos son de un orden muy superior, pueden concebirlos. La sola descripción de un hombre perfectamente transparente, cuyo mecanismo corporal era claramente perceptible, y cuyos pensamientos eran tan definidos como sus manos, es de aquellas que el hombre moderno sensualmente desarrollado, es incapaz de comprender.

Hemos señalado brevemente el hecho de que antes de recurrir a la comida, el hombre tomaba su principal alimento del aire. Durante mucho tiempo careció del desarrollo facial que hoy le hace posible el tener boca, que ocupa mucho en comparación con el espacio pequeño, que corresponde a su cara. Es este un rostro inusualmente desproporcionado, revelando falta de simetría, y casi siempre manifestando de un modo claro, todos los signos fisiológicos de un animal carnívoro.

La tercera raza señala el principio de un nuevo estado de las cosas [*Ap. II*, 41]. La evolución, que hasta aquí había procedido a través de capas etéreas de materia, fue causando gradualmente una manifestación más completamente objetiva; el proceso

constante de diferenciación que forma la obra de la evolución, alcanzó en ese momento a cada individuo humano. Con anterioridad a ese tiempo, la ley a que obedece la evolución no había alcanzado suficiente complejidad para ser diferente en el caso de cada individuo, y en la tercera raza, fue cuando la ley cósmica en los individuos asumió, en cierto grado, la forma de voluntad personal. No debe suponerse, que al principio del período de la tercera raza, la voluntad personal brotase de repente por algún proceso milagroso a modo de Minerva completamente armada. La naturaleza aborrece los saltos, tanto en lo más grande como en lo más pequeño, tanto en la existencia material como en la espiritual. El desarrollo material atenuó, lenta pero perceptiblemente la conciencia del hombre de su naturaleza espiritual, y en el período que estamos estudiando, produjo en nuestro planeta condiciones apropiadas para la existencia de seres en los cuales los principios psíquicos estaban equilibrados, en notable proporción, con los principios materiales. Los mundos duales, material y espiritual, estaban entonces tan adecuados para los fines del hombre, como este lo estaba para aquellos. En este período fue cuando un gran número de seres humanos, incapaces de adaptarse a las circunstancias alteradas de la existencia, tuvieron que retirarse de la escena de la actividad. La ley de Karma, o sea la aplicación rigurosa de la ley de sucesión inviolable de causa y efecto a la conducta personal, empezó a afirmarse. Todos los seres humanos que no pudieron armonizarse con las operaciones de esta ley, fueron por diferenciación expulsados de la escena como ineptos para vivir bajo las nuevas condiciones, los más aptos sobrevivieron. Sería indudablemente un estudio interesante el seguir el curso de estos aparentes fracasos de la naturaleza pero este es un asunto ajeno a nuestro objetivo actual. Así como hubo casos excepcionales en que aparecieron seres que no pudieron adaptarse a las últimas limitaciones de la continuidad de la existencia, así también, tanto en esta como en todas las demás edades, hubo algunos que progresaron hasta mucho más allá del límite ordinario de

desarrollo asequible en la raza, lo cual se llevó a cabo por la fuerza de su desarrollo individual.

El crecimiento de la voluntad personal, es el hecho más importante en la historia de la evolución humana; es el "fruto prohibido" [*Ap. II*, 42], que dio origen al conocimiento del bien y del mal. Si examinamos con cuidado la naturaleza de la voluntad personal, veremos que su manifestación toma la forma de un deseo, por parte de su poseedor, de compeler a todo cuanto le rodea a amoldarse a sus aspiraciones e ideas. Teniendo a la vista esta característica de la voluntad personal, no es difícil seguir sus operaciones. Pero hay otro factor en la cuestión que también se debe considerar.

Hemos dicho anteriormente, que cuando la primera aparición del hombre en la Tierra, él encontró, además de los animales, varias clases de seres etéreos ya desarrollados. Estos seres son llamados elementales o espíritus de la naturaleza, a causa de su asociación con los cinco elementos en que los ocultistas dividen el presente estado del campo total de la naturaleza sensible. Cuando el principio subyacente de esta división sea entendido, se encontrará que el simple aprendiz de química, con su número siempre creciente de elementos, no podrá implicar en ella, el menor absurdo. La clasificación se desarrolla sobre una idea completamente distinta, aunque igualmente científica. El hombre no puede obtener ningún conocimiento de los objetos sensibles que en su totalidad forman la naturaleza externa, a menos que afecten a uno u otro de sus sentidos físicos. Para que una cosa exterior exista, debe responder a uno de los cinco perceptores sensoriales. Cuando la humanidad desarrolle otros sentidos, otros elementos serán descubiertos, como les consta aún hoy mismo a aquellos que, bajo circunstancias excepcionales y por medio de un forzado entrenamiento, han producido en ellos mismos un progreso prematuro.

Estos seres elementales, o espíritus de la naturaleza, como se llaman a veces, son los mismos que las misteriosas criaturas mencionadas por los rosacruces bajo diversos nombres. Son,

según se ha dicho en uno de los capítulos anteriores, de dos clases diferentes. La primera clase se compone de lo que puede vulgarmente llamarse el alma de los diversos elementos; son centros de fuerza en la semiconsciente materia etéreo-plástica (la luz astral), que a modo de una placa sensible recibe la impresión de cada pensamiento que brota en la mente del hombre. A la otra clase pertenecen unos seres más individualizados, semi-inteligentes y constituyendo un reino subhumano, del cual se desarrollaron los seres humanos, hasta la "caída del hombre en la generación", de cuyo asunto nos ocuparemos más adelante. Nuestros maestros son muy reservados en la cuestión de los elementales y aquí expondremos únicamente lo necesario para facilitar la comprensión de los principios generales de la evolución. Es necesario advertir, sin embargo, que las ideas ontológicas que hemos anticipado, requieren que consideremos la vida orgánica que vemos manifestada en el protoplasma, tan sólo como una de las múltiples formas bajo las cuales encuentra expresión el principio de la vida universal.

Todos los biólogos saben que la acción vital es capaz de desarrollar a la vez calor, luz y electricidad; y nosotros hemos de añadir que el desarrollo de estas fuerzas, no solamente en algunos casos sino siempre y en todas partes, es debido a la acción de este principio. Todos los átomos de la naturaleza están penetrados e impregnados por él. El universo es una gran consciencia, y todas y cada una de las cosas, desde el átomo más diminuto hasta el ser más noble de los que conocemos o podemos concebir, no son más que manifestaciones finitas de esta consciencia. Hay, por lo tanto, una infinita variedad de existencias; existencias cuya limitada manifestación en esta Tierra varía con el estado y condición de la misma.

Cuando surgió la voluntad personal del hombre, actuaba a lo largo de la línea de menor resistencia. Cualquier pensamiento que se despertaba en el hombre hallaba instantáneamente, por razón de su poder dinámico, una expresión objetiva en el mundo elemental a su alrededor. A medida que la voluntad

personal ganaba en fuerza, estas impresiones del pensamiento en los seres elementales empezaron a ser más y más duraderas. Aunque en el período que tratamos eran desconocidos los conflictos entre hombre y hombre, sin embargo, cada hombre, debido a su personalidad, era imbestido con un manojo de deseos que le eran peculiares, y la acción de las diversas voluntades en estos seres elementales inferiores produjo la primera forma de conflicto en la Tierra.

Hoy día estos seres elementales tienen una función importantísima en la naturaleza. Modelados por la voluntad de todas las generaciones de hombres precedentes, han venido a convertirse ahora en una especie de agentes Kármicos que a todo individuo que no sea un Adepto le impiden traspasar en su desarrollo los límites de su raza. Cuando en el transcurso del tiempo estas impresiones adquirieron bastante fuerza y consistencia, el fondo del conflicto varió según la línea de menor resistencia. Entonces los espíritus elementales superiores sintieron la presión de la voluntad humana opuesta, y como también estaban demasiado desarrollados como para ser fácilmente inducidos por esta fuerza poderosa, la lucha se hizo más violenta. El conflicto aumentó en intensidad cuando primero la mujer y después el mismo hombre, fueron objeto de tales ataques. Estos puntos importantes, sin embargo, se hallan en otro lugar tratados con más extensión.

Los seres elementales superiores fueron desarrollados dentro de los hombres, hasta el tiempo en que el nacimiento físico y la muerte física aparecieron sobre la Tierra producto de la voluntad personal. Fácilmente puede concebirse, que cuando los hombres empezaron a adquirir cada cual su interés distinto, el esfuerzo colectivo necesario para el desarrollo de los seres elementales, empezara a disgregarse, y la reproducción física de las especies se asociara a la creciente tosquedad de la constitución humana, a medida que el hombre se fue convirtiendo en comedor de animales. Esta es la historia de su “caída en la generación”. “Cayó” por el ejercicio de su voluntad personal. Pero su desarrollo material, sólo desde un punto de

vista, puede considerarse como una “caída”, puesto que, desde otro punto de vista, la “caída” no fue más, que una curva necesaria en la espiral del progreso; la aurora de un día más espléndido, como la humanidad no ha visto otro igual jamás. Y esta regeneración debe ser llevada a cabo por el Christos, la Sabiduría encarnada, el verdadero Espíritu humano.

La cuestión de la “caída” sugiere, naturalmente el problema del libre albedrío. No tenemos deseos de entrar en una minuciosa discusión sobre un asunto tan manoseado. Bastará indicar que la voluntad humana es libre, en tanto que cada individuo actúa motivado por la adquisición de la felicidad. Pero lo que a cada quien le agrada, depende de una necesidad anterior, la necesidad de su propia naturaleza; pero aun en este caso, la voluntad es libre, porque la necesidad de la propia naturaleza no es una imposición externa, sino una ley eterna, encarnada en el yo. Sin embargo, si por libre albedrío hay que entender el poder de eliminar de la existencia a nuestro propio yo, y de aniquilar nuestra propia naturaleza, esta libertad debe decididamente ser negada. Ninguna voluntad promiscua de este tipo, tiene lugar en el Cosmos. En todo momento la voluntad del hombre es libre, él hace únicamente lo que le place, pero hay sin embargo, un orden que gobierna su manifestación. Así como las matemáticas pueden inferir los pasados, y pronosticar los futuros movimientos de un cuerpo celeste, por los datos proporcionados por la observación de unas pocas posiciones sucesivas, así también es concebible una matemática superior, que puede calcular el pasado y el futuro en la historia de la vida de una entidad humana, apoyándose en datos concretos. El desarrollo futuro del proceso humano no depende del cálculo, de igual manera que los movimientos de un planeta no son influidos por los cálculos del astrónomo.

A propósito de esto, debemos decir algunas palabras sobre la necesidad del mal y la acusación de pesimismo que tan repetidamente se dirige contra las escuelas de pensamiento orientales. Existe, sin duda alguna, una necesidad cíclica para la corriente del progreso humano, de alcanzar sus límites extremos

y volver luego a su punto de origen, enriquecido y más purificado en su largo viaje. El filósofo no se quejará de esto al recordar que a cada paso que se aleja del feliz estado espiritual, la humanidad avanza hacia su extrema perfección y gloriosa resurrección. El dar voces de desconsuelo porque es necesario alcanzar los estados superiores y más perfectos recorriendo un sendero que no está sembrado de flores, es demostrar a la vez ignorancia y egoísmo; ignorancia de la gloriosa visión que nos espera al retornar y egoísmo en lamentarse de sufrimientos individuales que enriquecen al gran todo —la mente universal—, realizando ideas que yacen en esta, potencialmente eternas. El pensamiento filosófico es siempre optimista; únicamente la visión distorsionada de las cosas es lo que da origen al pesimismo. La espiritualidad viviente que constituye el fundamento de los sistemas orientales, ciertamente nos aconseja que no nos hundamos en el estancamiento de los placeres materiales y de la grosera vida física; pero de ningún modo considera la vida en sí misma como un mal. Al contrario, los maestros orientales han insistido siempre en el papel importante que nuestra vida terrestre desempeña en el gran plan que está desarrollando a cada paso, más y más elevados estados de perfección. El buddhismo y el vedantismo, son los dos sistemas contra los cuales esta crítica se dirige más frecuentemente. Pero una justa apreciación de la ley de causalidad, tal como se entiende en estos sistemas, desvanecerá este falso concepto. Todo cuanto sucede, bueno, malo o indiferente, es causado por la acción de la ley eterna encarnada en la substancia eterna, que es también la absoluta bienaventuranza. El nihilismo de la Europa moderna, es el único pesimismo verdadero. La misma falsa comprensión que representa al Nirvāṇa y Mokṣa como una aniquilación, es la que lanza sobre las religiones orientales la acusación de pesimismo.

No podemos dejar esta cuestión sin dar a conocer una idea importantísima que evolucionó bajo la acción de la voluntad personal. La mayor concentración de energía en el ego, demandada por el ejercicio de la voluntad, su reacción natural sobre el objeto a que la voluntad se dirigía, y la oposición de

este objeto hacia el ego, forzaron al hombre a afianzar más fuertemente la concepción de una existencia exterior a él. Esta acentuación de la voluntad obscureció muy rápidamente su conciencia de la condición menos diferenciada o espiritual, que había abandonado. El aumento del interés personal destruyó aquel arrojo que proviene de la desinteresada y afectuosa armonía de todo cuanto rodea al hombre. Hasta que peligros extraños empezaron a asaltarle por todas partes, no sintió la falta de un protector, la falta de un representante intermediario entre él y su Creador, la Inmutable Ley. Simultáneamente con la idea del peligro, apareció en él la idea de la fuerza, siendo el miedo el compañero natural de aquél. Esto le indujo a crear para sí mismo, una fe en algún poder externo a él, un poder que él temía y del cual dependía, y así echó los cimientos de todos los cultos artificiales que hasta hoy han infestado el mundo con los numerosos errores a que dieron origen. Mirando a su alrededor, el hombre primitivo vio en el Sol su fuente de poder, la fuente de luz y de energía vivificante. Él le temió, y en consecuencia, trató de estar en buenas relaciones con él.

Percibió que los rayos de luz más fuertes eran de color rojo, y buscó para los fines del culto objetos de dicho color; y cuanto más difícil de obtener era el objeto, mayor era su valor propiciatorio a los ojos del adorador. Esto condujo a la adopción de la sangre como la ofrenda más apropiada, y dicho líquido corrió libremente en el altar del Sol. La violencia fue la más funesta manifestación de la decadencia espiritual del hombre, y repercutió sobre él desde los seres elementales, a quienes él tenía el deber de desarrollar.

Cuando esta obligación fue ignorada, y se acentuó la separación de intereses, el hombre común forzosamente afianzó el antagonismo que existía entre él y los espíritus elementales. A medida que aumentaba la violencia en el hombre, estos espíritus se iban haciendo fuertes en su manera de obrar, y, fieles a sus naturalezas, que habían sido maltratadas por la negligencia de aquellos quienes eran en cierto modo sus guardianes, respondieron automáticamente con resentimiento.

El hombre ya no pudo contar más con el poder del amor o de la armonía para guiar a otros, porque él mismo había dejado de ser impulsado personalmente por su influencia; la desconfianza había destruido la simetría de su yo interno, y seres que no podían percibir sino únicamente recibir las impresiones proyectadas sobre ellos, se adaptaron rápidamente a las condiciones alteradas. Al mismo tiempo, la naturaleza misma tomó el nuevo estado de las cosas, y allí donde antes todo era alegría y frescura, ahora había síntomas de pena y decaimiento. La influencia atmosférica hasta entonces inadvertida, empezó a ser notada; se sintió un estremecimiento de frío en la mañana, una disminución de calor magnético al mediodía, y una universal falta de vida, al aproximarse la noche, que empezó a ser mirada con alarma. Un cambio en el objeto debe acompañar cada cambio en el sujeto. Hasta que las cosas llegaron a este punto, nada tenía el hombre que temer de sí mismo ni de todo cuanto le rodeaba.

Y a medida que se hundía más y más en la materia, fue perdiendo la consciencia de las formas de existencia más sutiles y atribuyó todo el antagonismo que experimentaba a causas desconocidas. El conflicto siguió agravándose, y a consecuencia de su ignorancia, el hombre sucumbió más fácilmente como víctima. Entonces, como ahora, hubo en la raza excepciones de individuos, cuyas facultades perceptivas más refinadas sobresalían o estaban por encima de la materialización; y ellos solos, en la marcha de los acontecimientos, pudieron sentir y reconocer la influencia de aquella primitiva progenie de la Tierra.

Llegó un momento en que una ocasional aparición era vista con espanto, y era considerada como un mal presagio. Reconociendo este infundado temor en el hombre, los elementales llegaron finalmente a dar realidad a los peligros que tanto temía el hombre, y se concertaron para amedrentarlo. Para ello encontraron poderosos aliados en un orden de existencia que fue generado cuando la muerte física hizo su aparición, como luego veremos; y sus fuerzas combinadas empezaron a manifestarse por la noche, la cual causaba temor al hombre, por ser enemiga de su protector, el Sol.

La muerte marca el principio de la curva que la evolución humana está actualmente describiendo. Durante las dos primeras razas fue desconocida [*Ap. II*, 43]; mas, así como todo sentimiento entra en reposo al agotarse su actividad, así también el hombre se sumió en el estado subjetivo, cuando su vida objetiva hubo alcanzado su apogeo. El hombre primitivo no tenía el sentido físico de la edad, no estaba "predestinado" que él hubiese de decaer, ni se había "dispuesto que todos los hombres tuviesen que morir", como el Salmista de la antigüedad afirmó. No era inevitable para él este resultado, pues tenía el privilegio de vivir o morir a elección suya, exactamente como tiene hoy día el privilegio de ver con claridad, o de mantenerse en la ceguera y obscuridad. No todos los hombres han muerto. Aun los mismos judíos aluden, en su leguaje cabalístico, a la raza primitiva, que no murió. Enoch "Caminó con Dios", y no murió (Enoch, simboliza la humanidad, eterna en el espíritu e igualmente eterna en la carne, por más que la carne muera en su forma. Pero también simboliza la raza, la séptima en uno de sus extremos. En la Tabla Séltida, Enoch viene después de Adán, formando este último, el otro extremo, el punto de partida [*Ap. II*, 44]). Algún que otro hombre en todas las edades ha escapado a la muerte por haber recobrado el uso de sus poderes espirituales, y subyugado los elementos de su naturaleza que le arrastraban a aquel término fatal.

Los grandes maestros de todas las épocas que han brillado en el árbol de la humanidad como sus flores más selectas, han escapado en cierto sentido a la muerte. Es muy cierto que la envoltura corpórea se ha disuelto, pero el hombre interior, que consiste en el ego espiritual y en los principios intelectuales y volitivos conserva su integridad, y la muerte sólo quita la escoria que cubre el oro verdadero, los principios superiores de la naturaleza humana. Atraídos por la intensidad de su amor hacia su raza, estos sublimes seres humanos, obrando como verdaderos salvadores, la instruyen y la conducen a mayores alturas. El mundo no les ve, porque un tupido velo de grosera materia los oculta a su vista, privándole de tan gloriosa

presencia. Pero de cuando en cuando aparecen individuos, que aun viviendo en la carne, pueden hablar con ellos, y transmitir al mundo su sabiduría. Otros hay también que, a causa de su desarrollo imperfecto, no pueden comunicarse conscientemente con estos maestros espirituales, pero, obrando bajo su influencia, pasan por nuestro planeta como brillantes meteoros de inteligencia y filantropía, y, gracias a un desinteresado amor y generoso sacrificio, infunden en la especie humana una corriente de vida espiritual, aunque inconscientes ellos del impulso que los anima.

Todos los Adeptos superiores escapan, en cierto sentido, a la muerte. El proceso que conduce a este punto de la evolución fue conocido en el lenguaje místico de la Edad Media, con el nombre del Elixir de Vida. El cuerpo del hombre está siempre en armonía con sus íntimos deseos y aspiraciones. Si los deseos y apetitos terrenales uno tras otro son eliminados del hombre, su cuerpo, que cambia sin cesar sus átomos constitutivos, cesa de atraer aquellos materiales necesarios para proporcionar un vehículo apropiado a las tendencias inferiores; una vez conquistadas estas, el cuerpo se vuelve más y más etéreo hasta que al fin el último vestigio de la envoltura fisica es dejado atrás, y el individuo se encumbra convertido en un espíritu glorioso.

Es interesante observar la manera como Milton ha descrito este proceso en *Comus*:

> "Hasta que una frecuente comunicación con los habitantes celestes
> empieza a lanzar un rayo de luz en la forma exterior,
> al templo inmaculado de la mente,
> y lo vuelve gradualmente a la esencia del alma,
> hasta que todo se hace inmortal."

Comus, A Mask Presented at
Ludlow Castle, 1634, versos 459-463

Esto es en un sentido, escapar a la muerte, pero en otro, no es más que prolongarla por un período larguísimo. ¿Cómo hemos

de hacer esto? Es bien sabido que uno de los principales elementos de la longevidad es un intenso deseo de vivir. Cada día ocurren ejemplos de personas que atraviesan felizmente crisis de enfermedad, sostenidas sólo por un fuerte deseo de vivir y de acabar alguna tarea pendiente. El deseo de vivir, si está basado únicamente en motivos de goce egoísta de la vida, nunca será suficientemente fuerte para llevarnos muy lejos; en efecto, la voluntad enérgica que descubre los secretos del Elixir de Vida es completamente desinteresada. El individuo sacrifica su propio progreso en otras esferas de existencia a fin de poder continuar trabajando para el bien de su raza. Podrá causar sorpresa el atribuir una actividad benévola a personas con las cuales la humanidad no se relaciona conscientemente, pero el motivo por el cual no suele verse la labor de estos hombres divinos, es que ellos obran a través de los principios superiores en el hombre. El poder productor de nuestras energías varía según el plano en el cual obran. Un albañil que trabaja de sol a sol, ejecuta una obra que, si se aprecia en moneda, se hallará no ser más que una pequeña fracción del valor en moneda de una hora de trabajo ejecutado por un hombre de ciencia. Esto pone de relieve la diferencia entre los efectos producidos por una cantidad determinada de energía, en el plano físico y en el intelectual. Aquellos que conocen las leyes de la dinámica psíquica saben que el trabajo producido por una cantidad fija de energía en el plano intelectual es, a su vez, inmensamente menor que el producido por la misma cantidad de energía obrando en el plano del espíritu, el principio supremo en el hombre. Es menos razonable, por lo tanto, esperar que los maestros de la ciencia divina trabajen con nosotros en el plano ordinario, que el querer convencer a Sir William Thomson, por ejemplo, de que se hiciera zapatero.

En este punto tenemos que sentar un hecho: la voluntad de vivir debe ser bastante fuerte para vencer las tendencias heredadas del cuerpo que le impulsan a repetir procesos fisiológicos de sus antepasados. Claramente se deduce de lo

dicho que el segundo factor del problema no es un cuerpo físicamente poderoso bien nutrido por una abundante alimentación, sino un cuerpo sano, y al mismo tiempo sin tendencias físicas fuertemente desarrolladas; no es necesaria en modo alguno la fuerza muscular, siendo lo principal una voluntad más fuerte que los instintos. Claro está que todo aumento de poder en el cuerpo, requiere un aumento proporcional de poder de voluntad que lo regule. El triunfo de la voluntad sobre el cuerpo físico se caracteriza por la destrucción, una tras otra, de todas las tendencias animales. Todos los apetitos artificiales deben ser extirpados desde el principio; por ejemplo: los estimulantes alcohólicos, el comer carne, en resumen, toda inclinación a alimentar excesivamente el cuerpo y a satisface sus insanos apetitos. Vienen a continuación los deseos sexuales.

De otras inclinaciones hay que librarse, siguiendo el orden de su materialidad: "en primer lugar, la avaricia, luego el miedo, después la envidia, la vanagloria, el egoísmo, el odio, la ambición, y, por último, la curiosidad, o sea la codicia intelectual".

El proceso que dura años y años es una muerte lenta, y cuando un hombre se ha hecho inmortal por el Elixir de Vida, ya nada queda de él en nuestra Tierra, y por lo tanto está ya completamente muerto bajo todo concepto.

La muerte, aunque tan natural para nosotros ahora como el nacimiento o la vejez, siempre nos aparece cubierta de un negro velo de temor. Es la sombra que obscurece nuestros paisajes más espléndidos y que envuelve en una lobreguez abrumadora los felices sucesos de nuestra vida. Es el veneno que está latente en el fondo de la más dulce copa de placer, el misterio inexplicable de la existencia, que ha cegado los ojos perspicaces, y burlado las más aventuradas mentes. Pero, las negras olas de este océano inexplorado, en cuyas orillas el intelecto más fuerte del hombre físico queda sumido en la más cruel desesperación, y no ofrece resistencia a los poderes

despertados del espíritu humano. El concepto de muerte, como todos los demás conceptos humanos, está sujeto a un progreso y a una decadencia periódicos. No obstante, una cosa hay de cierto, y es, que cuanto más material es nuestra vida, y cuanto mayor es la tenacidad con que nos aferramos a los goces de la carne, tanto más horrible nos parece la muerte. Hasta el más consumado creyente en la aniquilación, cuando su vida, sin darse él cuenta, ha sido iluminada por la luz superior, podrá sinceramente inscribir en su tumba: "Yo no existía, y fui concebido; tuve mi corta jornada, y estoy satisfecho de volver a ser nada". Los diversos símbolos de la muerte en las diversas épocas de la historia, pueden enseñarnos preciosas lecciones, si los interrogamos debidamente. Desde los tiempos en que el descarnado esqueleto de la Muerte marchaba majestuosamente sembrando el horror en su camino, y segando vidas humanas con la inexorable guadaña, hasta la época en que la muerte es concebida como un hermoso ángel, corriendo el velo del reposo sobre los pesares y sufrimientos de la humanidad, se observa una continua evolución y progreso en la idea. La muerte es una desgracia, exactamente del mismo modo que lo es la embriaguez, la obscenidad y la inmoralidad; fue la propia creación del hombre, un modo artificial de destruirse a sí mismo; una cosa tan dependiente de su voluntad, como el comer, beber, andar y dormir. Entiéndase bien que no pretendemos que se infiera de esto, que el hombre, bajo alguna circunstancia, pudiese haber prolongado indefinidamente su vida; sino que podía haber ido desprendiéndose de su envoltura exterior, de una manera consciente e inteligente, y con la misma facilidad con que el gusano de seda se desprende de su capullo, o el polluelo de la cáscara del huevo. Se podía haber desnudado del cuerpo gastado, utilizando otro nuevo, como hace con los vestidos, y no con mayor dificultad. La muerte, entre las razas primitivas, tenía una cualidad característica, que después perdió. Antes de que apareciese la responsabilidad personal, la muerte marcaba simplemente el paso de una vida objetiva, tal como esta era entonces, a la siguiente, con sólo un breve

intervalo de reposo. No teniendo deseos personales, el hombre obedecía a la ley general, y no vivía aquella vida subjetiva, en la cual nosotros, en la actualidad, desplegamos las fuerzas espirituales que hemos engendrado durante la vida terrestre, fuerzas cuya actividad se halla cohibida por las limitaciones de la existencia material. En otras palabras, al principio no había para el hombre ni cielo ni infierno. Hoy, las condiciones han cambiado completamente. El desarrollo de la voluntad personal inviste a todo hombre con una masa de deseos que le son peculiares; su progreso en el plano material desde este punto depende de sus méritos personales. Pongamos el caso de una persona que tenga un gran apego a la vida material: es fácil concebir, que cuando el péndulo de su existencia, habiendo alcanzado el punto extremo de la curva marcado con el signo de la muerte, empieze a retroceder para pasar al estado subjetivo, sus inclinaciones materiales tendrán una tendencia a impelerla hacia la Tierra, obstruyendo así el libre paso del ego, desde un plano de existencia a otro. Este conflicto produce el "mundo de deseos", a veces llamado en Oriente *Kāma Loka*; y la energía engendrada en dicho estado, obrando desde un centro (la personalidad del hombre), forma lo que se llama su elementario. El elementario, no es un ser independiente, porque no existe al principio del desarrollo, y está destinado a desaparecer, cuando la entidad se halle bien establecida en el plano superior de la vida subjetiva, llamado bde-ba-can [de aquí en adelante se escrbirá por su pronunciación: *dewachén*], hacia el cual se dirige. No es este lugar a propósito para entrar en un estudio detenido acerca de la naturaleza de los elementarios, pero hay que tener en cuenta, que cuando se describen los elementarios como principios descartados de los hombres, no se debe entender que los diversos principios se separen uno de otro por un proceso de descomposición química o de disgregación mecánica. El cambio de planos de existencia que experimenta la entidad humana, hace que se desprendan aquellos fragmentos que son los residuales efectos de la permanencia de la mónada en aquel particular estado del cual se aleja rápidamente.

Milton, siguiendo a su primer maestro, Platón, ha descrito con bastante exactitud los elementarios:

> "Mas cuando la concuspiscencia,
> por medio de miradas impuras, gestos atrevidos, y palabras soeces,
> pero, sobre todo, por depravados y repetidos actos pecaminosos,
> lleva la corrupción al interior,
> el alma se coagula por efecto del contagio,
> se materializa y embrutece hasta perder del todo
> la cualidad divina de su primitivo ser.
> Tales son aquellas densas y tétricas sombras nebulosas,
> que se ven a menudo en los osarios y sepulcros,
> persistentes y sentadas junto a una fosa recién abierta,
> como apenadas por dejar el cuerpo amado,
> y ligadas por la sensualidad carnal
> a un estado de envilecimiento y degradación".

Comus, A Mask Presented at
Ludlow Castle, 1634, versos 463-475

De lo que queda dicho resultará con perfecta claridad, que en las razas primitivas los elementarios no existían; estos no aparecieron hasta que la humanidad hubo descendido considerablemente en la materia. La íntima relación del misterio de la muerte con la naturaleza de los elementarios, es evidente. La alianza de los elementarios con los espíritus elementales, ya se ha indicado anteriormente. Se desarrolló a causa de la dependencia natural de los últimos con respecto al hombre, el cual sufre sus desgraciadas consecuencias aún hoy mismo, de muchas maneras y con intensidad siempre creciente. Los elementarios, activamente galvanizados por los seres elementales, empezaron a aparecerse al hombre bajo tan variadas formas como sus esperanzas y miedos lo permitían. Y como su ignorancia de las cosas espirituales se hacía cada día más densa, estos agentes introdujeron una fuente de error que aceleró su degeneracion espiritual. Con esto se verá que la negligencia del hombre en sus deberes para con los espíritus de

la naturaleza, es la causa que le ha lanzado en un mar de dificultades, en el cual han naufragado muchas generaciones de sus descendientes. El hambre, las plagas, las guerras y otras catástrofes, no están tan desconectadas de la acción de los espíritus de la naturaleza, como puede suponer la mente escéptica. Solamente los Adeptos, en estos últimos tiempos, han permanecido fieles a los elevados deberes del hombre hacia estas criaturas poco desarrolladas. El primer rayo despertador del conocimiento olvidado, al comienzo de un ciclo más brillante como el que ahora se ha establecido, revela a nuestra vista los elementarios por razón de su más inmediata conexión con la humanidad. Mas, el hombre sepultado durante edades en el materialismo, es casi enteramente incapaz de asimilar el saber así comunicado, lo cual da por resultado un confuso estado mental en lo referente a las cosas espirituales.

Los Adeptos han aprovechado esta oportunidad para instruir al hombre respecto a sus relaciones con los elementarios y los espíritus de la naturaleza. Y para que esto resulte eficaz, estas grandes almas recapitulan la historia del hombre en la Tierra, le llevan al punto de partida, y le leen la crónica indeleble de su propio recorrido, lo cual pueden hacer, gracias a su conocimiento superior; y este conocimiento lo han puesto ellos al servicio de la humanidad a fin de detener al materialismo en su fatal progreso, y de evitar, mientras sea aún posible, algunos de sus males. La historia verdadera de la infancia del hombre, se vicia cada día con más y más errores y fantasías, y todo el interés en su origen y destino, va desapareciendo rápidamente. Está en la mente de algún que otro individuo que la verdad acerca de él mismo y de su linaje, no ha sido dicha. El don que ahora los Adeptos ofrecen al hombre, es la llave para abrir algunos de los misterios de su existencia, pero el método de pensamiento ordinario es tan diametralmente opuesto a la intuición que el mundo en general rechaza el don, y desacredita el testimonio de aquellos que lo ofrecen.

CAPÍTULO QUINTO

EVOLUCIÓN DEL SEXO

Sin retroceder mucho en el ciclo de la evolución, puede afirmarse que hubo una época en que los seres humanos eran bisexuados. La memoria de este estado se conserva en muchos mitos religiosos. Sólo citaremos el caso de Ardhanārīśvara, el Señor bisexuado entre los brahmanes. Entre los pueblos occidentales hallamos este conocimiento en las escrituras judías, con sólo tener ojos para verlo "Macho y hembra los creó y los bendijo, y llamó el nombre de ellos Adam". (*Génesis* v. 2.)

Hasta la última época de la segunda raza [*Ap*. *II*, 45], los únicos gérmenes de sexo, perceptibles, estaban confinados al plano mental. Una tendencia de los individuos hacia lo general y lo abstracto, causó el desarrollo del hombre, y una tendencia hacia lo particular y lo concreto, condujo a la evolución de la mujer. Prescindiendo de las diferencias secundarias entre los dos sexos, observamos que esta es la distinción fundamental; en realidad, las diferencias secundarias son producidas por la presión de los atributos mentales ya mencionados, al querer manifestarse en el plano físico. Por regla general, el hombre tiene más capacidad para el pensamieno abstracto, y la mujer para el concreto. Recordando este hecho, tenemos una guía segura para poder predecir la próxima siguiente encarnación de un ser humano. Por mucho que ejercite el pensamiento abstracto, nadie podrá, sin embargo, a menos que sea un Adepto, trascender la media de la raza. Al alcanzar el límite de los atributos masculinos, la encarnación femenina se hará necesaria. El hombre, para ser perfecto, necesita desarrollar en sí mismo todas las excelencias peculiares de la mujer, además

de las propias, y de una manera similar, la mujer debe desarrollar las del hombre.

A la luz de las enseñanzas esotéricas, se descubrirá una verdad más profunda en estas frases que de otro modo carecerían de sentido: “Y el Señor Dios, hizo caer un profundo sueño sobre Adam, y este durmió, y tomó una de sus costillas, y cerró la carne en su lugar; y de la costilla que el Señor Dios había tomado del hombre, hizo la mujer”. (*Génesis*, II, 21, 22)

Obedeciendo a la necesidad de realizar plenamente todas las posibilidades de la Naturaleza, el sexo se diferenció. Cada una de las dos series de atributos mentales arriba mencionados exigía su desarrollo hasta el último límite. Las entidades determinaron su sexo por medio del cultivo especial de una de estas series de atributos. Los órganos en desuso empezaron a desaparecer y los demás, se vigorizaron con el ejercicio. A esta evolución del sexo se hace referencia a menudo, bajo el nombre de “caída en la generación”, la cual data del tiempo en que el hombre se convirtió en un comedor de animales. Con la diferenciación del sexo, vino el instinto sexual y la reproducción de las especies del modo que hoy prevalece.

El sentimiento sexual no era al principio más que un instinto indefinido, y cuando se hubo acentuado, era satisfecho tan natural y tan inconscientemente como cualquier otra necesidad fisiológica. La desgracia más grande que acompaña al ejercicio de esta función entre nosotros, como saben las personas cuya sensibilidad no se ha corrompido, es la falta de consentimiento natural en la pareja. En las primeras edades, cuando el engaño y el disimulo no existían, tal cosa era imposible.

A medida que el hombre iba añadiendo a su vida capa sobre capa de materialidad, fue perdiendo sus poderes espirituales. El más precioso de los que perdió de esta manera, fue su capacidad de desarrollar seres elementales en hombres. Los cabalistas mencionan hijos de Adam antes de conocer este a Eva. Estos eran los elementales, los cuales, mediante los esfuerzos del hombre se desarrollaban en humanidad, del mismo modo que

él, a su vez, había sido desarrollado por los espíritus planetarios. Habiendo perdido el poder de *creación*, la ley natural forzó al hombre a retroceder a la *procreación*. Y hasta que el hombre se hubo apartado mucho de las condiciones originales, poseyó la Tierra y todas sus pertenencias, y gozó de ellas en paz. Las mujeres no gritaban ni padecían al parir; lejos de esto, el parto era una cosa tan simple como el sueño o la vigilia, o el andar de un lado a otro.

A medida que avanzaba el progreso material del hombre, su ser interno se iba cubriendo por la grosera envoltura de su naturaleza exterior, y cada ser humano, encerrado en sí mismo, se separaba de sus semejantes. La pérdida de la transparencia del pensamiento, que de este modo se llevó a cabo, perjudicó muchísimo las relaciones sexuales; y si en otro tiempo las relaciones entre el hombre y la mujer se habían dado libremente y en buena armonía, más tarde, por efecto del progresivo obscurecimiento espiritual, dichas relaciones se dañaron por la discordia y la falta de armonía. La barrera que la creciente materialidad levantó entre la naturaleza interior y la exterior, dio por primera vez origen a ciertas malas interpretaciones en las relaciones de los seres humanos, de las cuales resultó finalmente la aparición de sentimientos de duda y desconfianza entre ellos; esto fue, de hecho, la primera noción de la falsedad. La imposibilidad de ver el mecanismo de la mente ajena, produjo frecuentes conflictos entre las afirmaciones que uno hacía acerca de sí mismo, y lo que otro creía acerca de uno; esto originó confusión, la cual con el transcurso del tiempo se agravó, convirtiéndose en falsedad y sospecha. Las mujeres eran originalmente los iguales de los hombres, tanto en fuerza física como en otras cualidades; pero, en ciertos casos, un hombre más fuerte que la mujer que rechazaba sus deseos, no dudaba en subyugarla a su pasión, a causa de no acertar a comprender en ella un sentimiento diferente del suyo propio. Esto fue el primer pecado sexual. Tras este apareció otro y más grave. Donde quiera que hubiese numerosos varones igualmente atraídos por una misma mujer, el rival afortunado tenía ocasión

de satisfacer al mismo tiempo dos pasiones de su naturaleza, esto es, la vanidad y la lujuria. Esto dio margen a que la pasión sexual echase raíces más profundas en la naturaleza humana, y la materializase hasta un grado inferior; y el sentimiento sexual de instinto que era, pasó a ser una pasión compleja profundamente arraigada en la mente, cerrando esta a la luz espiritual interior.

Desde etonces, el hombre exigió de la mujer la satisfacción de estos dos apetitos, y esta, degradada de su condición natural, tuvo que ajustarse a este alterado estado. El hombre, cuya vanidad sólo era temporalmente satisfecha por la posesión de la mujer, exigía de parte de esta una humillación constante a fin de alimentar su ardor. Una de las formas que tomó este sentimiento fue el deseo, en apariencia generoso por parte del hombre, de salvar a la mujer de la fatiga corporal; mas, el verdadero origen de este rasgo del carácter masculino fue, si se reflexiona, su tiranía sexual. La reacción de este sentimiento sobre la mujer produjo, si cabe, efectos aún más desastrosos que en el hombre. En el altar de su vanidad, tuvo ella que sacrificar la verdad y fingirse esquiva al abrazo de él, cuando no había ningún triunfo sobre un rival, para alentar aquella pasión. La mujer fue debilitándose por la continuidad de la tiranía, que la privaba de los ejercicios corporales fuertes, y la maternidad, que, como hemos dicho, no iba acompañada de dolor alguno al principio y vino luego junto con el sufrimiento y hasta con la muerte. No debe imaginarse, que en aquellos días, los males que acabamos de mencionar los hubo a su plena madurez, ni alcanzado alguna de las grandes proporciones a que han llegado hoy día. La gente primitiva llevaba una vida muy sencilla; no conocía más que los gérmenes del mal que se han desarrollado de un modo tan alarmante y se han convertido en mancha de nuestra civilización. Entre los habitantes actuales de la tierra, aquellos que han conservado la sencillez de los tiempos primitivos, son los que se hallan más libres de aquellos ponzoñosos efectos del exceso de indulgencia que destruye la llamada vida civilizada.

La "caída en la generación" separó aún más al hombre, de los espíritus de la naturaleza, que él tenía el deber de elevar al

nivel de la humanidad, y avivó la hostilidad de estos hacia él. El efecto de dicha hostilidad en la mujer, fue aún más desastrozo que en el hombre, en razón de su mayor debilidad, especialmente en los tiempos de su padecimiento.

Aquel que estudie atentamente los ritos, ceremonias y supersticiones religiosas que han prevalecido entre las diferentes naciones, observará la universalidad de la creencia de que la mujer embarazada tiene más necesidad que nadie de protección contra las influencias nocivas. De este modo la mujer perdió la posición que un día ocupó, y en la historia subsiguiente del mundo, su condición nunca ha mejorado; los privilegios perdidos por ella al principio no los ha recobrado más, y nunca los recobrará hasta que la naturaleza espiritual del hombre no se establezca y destruya felizmente sus inclinaciones materiales. No puede haber completa redención para la mujer hasta que llegue esta hora y hasta que una escuela de filosofía, que no exija otro sacrificio que el del yo al alma, efectúe una reforma en el hombre interno uniéndolo con las aspiraciones y las vocaciones más prácticas; hasta entonces la única puerta, a través de la cual puede la mujer ser conducida a la libertad, permanecerá cerrada. Su liberación no depende de leyes ni decretos, como no dependió su sometimiento en primera instancia.

Todos los sistemas eclesiásticos, la monstruosa prole del egoísmo del hombre y su instinto religioso, han negado a la mujer la igualdad espiritual; la injusticia hacia este sexo llegó al colmo con el entronamiento de un Dios personal, con un Hijo partícipe de Su gloria, pero sin esposa, sin madre y sin hija. El materialismo del hombre en ningún lugar se halla tan enfáticamente expresado como en su concepción de un Padre Supremo. El ha eliminado de su Dios ideal todos los atributos de mujer; solo en el nacimiento milagroso de su Hijo pueden hallarse algunos de los elementos más delicados de la condición femenina. Por más que la religión mahometana sea la única que haya negado explícitamente la inmortalidad a la mujer, sin embargo, todas las religiones modernas, en su cielo ideal, que

viene a ser la recompensa de una vida santa, rara vez tienen para la compañera del hombre más que un obscuro rincón; ella debe perder su sexo para poder entrar en el reino de los cielos.

La teoría aceptada de las relaciones entre los sexos ha sido basada, en lo que se refiere al mundo cristiano, en las enseñanzas de San Pablo; y como estas enseñanzas han sido tomadas en su sentido literal y no en el oculto, se ha hecho la más grande injusticia al maestro y a sus enseñanzas, resultando de ahí errores muy deplorables para el mundo. Es siempre más fácil para un hombre el creer lo que se amolda a sus ideas preconcebidas que aceptar con ecuanimidad lo que se opone a sus creencias, y la esclavitud que la costumbre ha impuesto sobre la mujer fue para él un precedente sobre este punto.

Verdad es que el profeta judío enseñó a su pueblo que no era conveniente al hombre el estar solo, pero los misticismos de la cábala han sido tan materializados para amoldarse a tantas necesidades y ocasiones, que es difícil poder confiar en la palabra escrita de hoy día; siendo el significado verdadero de tal consejo completamente incomprensible para el mundo en general. El materialismo ha ocultado de nuestra vista las doctrinas de la cábala, y lo que queda para el uso práctico de los maestros religiosos no son mas que verdades tan sencillas como las que, por razón de su misma sencillez, no pueden ser desfiguradas para adaptarse a diversas interpretaciones.

La cuestion de la mujer, con relación a la vida aria, tiene tanta importancia práctica, hasta en estos últimos tiempos, que exige ser tratada aquí con algún detenimiento. La posición de la mujer en el Oriente ha sido un tema inagotable de lamentaciones; mas, sin incurrir en el absurdo de defender dicha situación como una posición perfecta, podemos arriesgar la observacion de que el estado legal de las mujeres indas y mahometanas es igual, sino superior, al de sus hermanas cristianas, y, por raro que parezca, la ley mahometana es la más liberal en este punto, a pesar de que el Corán priva de alma a la mujer. Esto es, quizás, una cruel ironía, que nos demuestra la

ineficacia de la ley cuando esta no se apoya en una predominante regla moral. Sea cual fuere hoy día la situación de la mujer inda, lo cierto es que hubo un tiempo, del cual se conserva algún recuerdo en el *Sāma Veda*, en el que, sea espiritualmente, sea de otro modo, no se hacía, por parte de los arios, diferencia alguna entre los dos sexos. El mérito, dice un poeta sánscrito, debe respetarse en los merecedores, y no por la edad ni el sexo. La ley sálica, tanto la política como la espiritual, fue el fruto de un ciclo inferior de descenso que sumió a la humanidad en la barbarie.

Durante el período de la historia aria a que nos referimos, la mujer tenía derecho al cordón brahmánico como signo de igualdad con respecto a su hermano [la recepción del cordón brahmánico implica el ingreso en dicha casta; hoy en día los brahmanes varones lo utilizan cruzado en el torso]; ella estaba autorizada para estudiar y para enseñar los Vedas, de cuyos dos privilegios se la ha despojado más tarde, degradándola al nivel del más bajo *śūdra* [Persona perteneciente a la última de las cuatro castas de la India]. En aquellos días, y aún en tiempos muy posteriores, era optativo en la mujer el casarse o elegir el celibato; y aun el matrimonio no significaba muy menudo más que un consorcio espiritual, una especie de unión que no era del todo desconocida durante la Edad Media en Europa. Sin duda se encontrarán mencionadas, en las escrituras brahmánicas, las mujeres de los antiguos sabios. Pero es un error el tomar al pie de la letra estas afirmaciones y deducir que la vida conyugal es compatible con el desarrollo espiritual, siendo así, que en muchos casos, tales esposas eran simplemente discípulos no necesariamente del sexo femenino. Alguna luz nos puede dar en este asunto el considerar lo que Salomón entiende por "*pacto nupcial*" entre él y su Dios. La alegoría que nos presenta a Kṛṣṇa, habiéndose casado con mil seiscientas doncellas arrebatadas al rey Nāraka (el infierno), será también inteligible si se lee correctamente. En la mayoría de los casos las esposas eran en realidad discípulos femeninos, cuyo número no tenía limitación, y de ahí viene la errónea acusación de poligamia que

a veces se echa en cara a los antiguos Adeptos de la India. Un notable ejemplo de esta clase de unión espiritual figura en el *Bṛhad Āraṇyaka Upaniṣad*, en donde el sabio Yājñavalkya instruye a sus dos esposas, Gargi y Maitreyī, en la naturaleza del Nirvāṇa y otros misterios sagrados. Hay que observar, de paso, que, aunque se dice que Yājñavalkya tuvo dos esposas, no hace, sin embargo, mención de sus hijos. Los maestros esotéricos saben que no sólo Yājñavalkya era un Adepto, sino que lo eran también sus dos esposas discípulos. El gran predominio del celibato durante la época del apogeo espiritual de la India, nos lo demuestra lo hecho por el famoso legislador Manu al haber mandado de un modo expreso a los brahmanes, que se casasen y engendrasen un hijo —y posteriormente dos— antes de adoptar la vida religiosa; y no se consideraba como una violación del deber conyugal el rompimiento de los lazos matrimoniales al nacer el hijo, rompimiento que no implicaba necesariamente el del consorcio espiritual. Entre las castas superiores, la vida del hombre se dividía en tres partes. Los primeros veinticinco años eran dedicados al estudio, los siguientes veinticinco a las tareas mundanas, y el resto de la vida a la adquisición de la sabiduría espiritual en el retiro.

En tiempos posteriores, cuando el progreso material hizo caer en desuso estas reglas, e hizo más duradero el lazo matrimonial, los derechos y los deberes maritales se fundaron sobre principios extrictamente científicos. Las leyes sociales y religiosas se encaminaban a proteger la vida matrimonial de los excesos sensuales, y a asegurar a la mujer cierta independencia de la tiranía sexual. Mientras la mente popular conservó la elevada norma de espiritualidad, la mujer tenía el derecho de poner fin a las relaciones matrimoniales adoptando la vida religiosa. Los ritos conyugales eran siempre regulados por ciertas consideraciones astronómicas, astrológicas y fisiológicas. Son incalculables los grandes males que sufre la moralidad sexual a consecuencia de la promiscuidad de los hombres con las mujeres en el período en que estas se hallan sujetas a ciertos cambios fisiológicos. La infracción de la sabia regla que

separaba a las mujeres de los hombres durante este período, no sólo ha embotado la sensibilidad moral de los hombres y de las mujeres, sino que es un tormento incesante para todas las finas naturalezas; y las personas dotadas de percepciones clarividentes, saben que las influencias que rodean a la mujer durante dicho período, son particularmente penosas. Aún en nuestros días, la vida doméstica de los indos está regulada de manera que las mujeres que se hallan en tal estado, son protegidas contra las influencias derivadas de los hombres a los cuales ellas son peculiarmente susceptibles. Pero la humanidad en general, ignorante de estas fuerzas sutiles que gobiernan su bienestar, trae sobre ella consecuencias que son tan trascendentales como nocivas.

Los efectos de la templanza y del vegetarianismo sobre las inclinaciones sensuales, son muy conocidos, y consultando los almanaques de la India, puede uno ver cómo debe regularse la alimentación durante los días en que le están permitidos al hombre las relaciones sexuales. No es este el lugar de una detenida explicación de la vida íntima matrimonial entre los arios, baste decir que el matrimonio era considerado como un sacramento, porque se partía del principio de que el hombre no se casaba principalmente por el deseo de satisfacer su naturaleza sexual. Y ningún matrimonio podía ser consumado, hasta que el hombre no estuviese plenamente seguro de que no era el instinto sexual la influencia que le atraía a su esposa. No es esto decir que estas sabias regulaciones sean observadas hoy día en todo su rigor, pero el ideal se conserva todavía. Los móviles complicados qué gobiernan a la sociedad, no eran elementos de la economía social de aquellos tiempos, y las consideraciones que han degradado el matrimonio de su cualidad de unión psíquica hasta el nivel de un simple contrato civil, eran entonces desconocidas; de aquí que el matrimonio fuese una institución más pura, que ofrecía pocas tentaciones de extravíos egoístas y de intercambio carnal. La apoteosis de la parte bestial de la naturaleza humana, llegó cuando la sociedad se desenmascaró, y permitió la disolución del matrirnonio, por

rehusar cualquiera de las partes a someterse al abuso sexual. Esto es el colmo del Materialismo. La gente parece olvidar que puede haber tanta inmoralidad en el estado matrimonial, como fuera de él, sino más. Si el mundo civilizado nombrase una comisión para estudiar las intimidades de las relaciones conyugales, se hallaría que los males físicos y morales producidos por la inmoralidad legalizada, superan a todo cuanto pudiera creerse. Que todo médico experimentado, estudie esta cuestión, y los descubrimientos serán humillantes para todo hombre y mujer que se respete a sí mismo. El proceso efímero del cortejo, que precede a los matrimonios modernos, aun en el caso más favorable, no es más que convencional; y se ha establecido para un objeto que requiere profundas consideraciones científicas, para su recta consecución. Entre los brahmanes de los primeros tiempos, y todavía en gran parte en nuestros días, los matrimonios eran arreglados ateniéndose a ciertas razones, que serán admitidas como altamente científicas por aquellos que tienen conocimiento de las ciencias secretas, especialmente la astrología. Según sean las peculiaridades físicas y mentales que la posición de los cuerpos celestes indica al tiempo del nacimiento, los hombres y mujeres se dividen en cuatro clases, llamadas técnicamente "castas": el Brahman, el Kṣatriya, el Vaiśya y el Śūdra, según predominen en ellos las idiosincracias espiritual, guerrera, comercial o servil. Partiendo de otro punto de vista, se hace una clasificación en tres partes: Deva, Hombre y Rakṣasa. Un hombre perteneciente a una casta superior, podía tomar una esposa de las castas inferiores, pero no *viceversa*. Es más, un Deva podía casarse con una mujer perteneciente a la clase Hombre; pero un varón de esta última clase, no podía hacerlo con una mujer de la primera; tampoco podía verificarse el matrimonio entre un individuo de la clase Rakṣasa y cualquiera de las otras dos. Hay muchas más reglas fundadas en consideraciones astrológicas y otras de un carácter demasiado técnico, para ser tratadas aquí. La Quiromancia, ciencia de las diversas señales del cuerpo, contribuía también a la determinación de las parejas convenientes.

Es incompatible con el objeto de este libro, el dar una relación detallada de cada paso del retiro a la vida espiritual. Con los primeros hombres, las pasiones animales, no estaban suficientemente desarrolladas para poder producir grandes males. En primer lugar, era un ser sano, en el cual todas las funciones se ejecutaban simultáneamente con armónica actividad y sin producir choques ni fricciones; de ahí que todas las inclinaciones originadas por un estado enfermizo de los nervios, fueran para él desconocidas. Los efectos que el aire puro y una alimentación apropiada, como también una vida libre de ansiedad, producen en el carácter moral, nadie puede ponerlos en duda. La existencia libre y feliz de los primeros hombres, permitiéndoles encontrar goces en todo cuanto les rodeaba, no dejaba lugar a que se presentara esa laxitud que yace en el fondo de todos los abusos y de los apetitos artificiales. Mas, cuando las condiciones de la vida empezaron a cambiar, y el hombre, dejando de ser un simple niño de la naturaleza, empezó a desarrollar nuevas condiciones por medio del ejercicio de la voluntad personal, entonces sobrevinieron los excesos. Lentamente y por grados el hombre llegó a verse obligado a buscar habitaciones artificiales; y la aglomeración de individuos, produciendo malsanas condiciones mesméricas y atmosféricas, produjo fatales resultados, cuyo efecto inmediato fue el exceso de población, la mayor desgracia que ha caído sobre la humanidad. En vano el estadista y el economista se empeñarán en la extirpación de este mal, hasta que la naturaleza del hombre no se purifique y la de la mujer no se ennoblezca.

La esclavitud de la mujer y la privación de su libertad personal y de conciencia, son las causas principales que han minado los fundamentos de la existencia; han hecho del mundo una cárcel para la especie humana, y han dado a la enfermedad, a la miseria y a la muerte un dominio tan concreto sobre la raza, que el hombre necesita toda su fuerza y su tiempo para combatir dichas plagas, no quedándole apenas un momento para abordar los elevados problemas de la existencia. La verdad debiera mostrase a todos los ojos deseosos de ver, y a la consciencia

despertada del hombre se la debiera dejar que trabaje para su propia salvación. A este fin se ha hecho aquí una tentativa para esparcir un poco de luz sobre la esfera que la mujer debiera propiamente ocupar; pero el tema no se ha agotado, ni mucho menos. Esperamos, sin embargo, haber dicho lo suficiente para conducir una reflexiva consideración. El incremento de la práctica del celibato, es el único medio para obtener un verdadero progreso de la raza; pero un celibato que no sea resultado de la restricción, sino la consecuencia del desarrollo espiritual, produciendo una profunda convicción y una general elevación de carácter.

La objeción más común que se opone al celibato es, que si fuera adoptado por todos, llevaría al mundo a su fin; pero esta objeción sólo puede tener importancia para aquellos que atribuyen un valor exagerado a la presente vida objetiva. El fin del mundo, con lo cual se entiende únicamente la terminación del presente estado transitorio de nuestra conciencia, no es en manera alguna una calamidad tan espantosa. Y, además, tal objeción es infundada porque el peligro temido, cualquiera que sea su magnitud, no ocurrirá nunca, puesto que siempre se hallará un suficiente número de individuos que llevarán a cabo la tarea de perpetuar la raza. Hay, sin embargo, una objeción que necesita ser contestada: algunos alegan que únicamente los más nobles y desinteresados entre los hombres, son los que se sienten impulsados por los instintos más elevados de su naturaleza a adoptar el celibato, dejando así para los menos dignos la tarea de la propagación. Aquí hay que indicar que, esta especie de argumento supone una completa ignorancia del poder dinámico del pensamiento, poder que los célibes utilizarán en favor de aquellos que desean sucesión; y así, la humanidad en general, lejos de deteriorarse, irá mejorando.

Un hombre que descubre la verdad en su propia naturaleza, y se consagra a las más elevadas cuestiones de la vida, es considerado como un miembro inútil de la familia humana, y neciamente despreciado por el materialista utilitario. Mas, el verdadero mérito de un hombre tal, es evidente para los que

están dotados de mente espiritual; es un héroe entre los hombres y un benefactor de su raza. El primer paso que ha de dar para emprender su obra, es desprenderse de todo lazo físico, y establecer, como primera regla de su vida, la necesidad de liberarse de los vínculos mundanos. Para él, la sentencia "no podeis servir a Dios y a Mammón" [dios de las riquezas; dios o espíritu del mundo], es el primero y más importante hecho, y el segundo, es la renunciación, una tras otra, de todas las ilusiones que obscurecen la vida. Concediendo a todo el mundo la mayor libertad de acción, él pretende para sí el derecho inalienable de todo espíritu libre, esto es, el derecho de no tener otros dioses que aquel a quien sirve, o sea, su propia consciencia. En tanto que el hombre se halle trabado por la indulgencia ante cualquier debilidad, y, sobre todo, mientras sea culpable de subyugar a otro ser humano al egoísmo sexual, en tanto que esto suceda le será imposible avanzar en su obra y difundir la verdadera sabiduría. La principal fuente de error en todas las investigaciones de índole espiritual de los tiempos pasados, proviene no tanto del modo de investigación como del carácter de los investigadores.

La sabiduría espiritual del mundo ha sido el don de los célibes.

No es muy difícil ver la conexión que existe entre el celibato y la vida espiritual. Las relaciones conyugales que acentúan las diferencias entre el hombre y la mujer, son absolutamente incompatibles con la vida superior. El Adeptado es la herencia peculiar del célibe. "Aquel que desea descendencia —dice un proverbio indo— desea la muerte; los inmortales deben ser célibes". Aquellos que están enterados de lo que es llamado con el nombre de evolución del cuerpo astral, saben de qué manera el sentimiento sexual, consume aquella energía que es la única capaz de liberar al hombre astral de su envoltura física. Lo que el hombre ha sido, lo mismo y mucho más volverá a ser. La inmaculada concepción, aceptada como dogma por muchas religiones, será indudablemente la forma general de reproducción cuando aparezcan las razas superiores, razas cuyos hombres y

mujeres serán todos “iluminados”. Este conocimiento de la reproducción espiritual, es uno de los más elevados secretos del Adeptado, pero hasta que llegue su día, el deber de toda persona dotada de entendimiento epiritual, consiste en acelerar el progreso de la raza, por medio de la pureza individual, que es el primer paso en el camino que conduce al Adeptado. En realidad, los Adeptos son para nosotros, los actuales representantes, no sólo de la altura espiritual de dónde descendió nuestra raza, sino también de aquella otra altura mucho más elevada que ha de alcanzar. Estos célibes sublimes, que no son producto de ninguna edad ni país especiales, por medio de una labor constante mantienen vivo el ideal de la raza y sus posibilidades; y la forma según la cual el Adepto transmite su saber, no es la sucesión hereditaria, sino la propagación espiritual, por cuyo medio el espíritu del maestro Adepto, infunde verdades en la mente interna del neófito.

¿Será necesario decir algo más en apoyo de esta afirmación? El lector que pida pruebas, no tiene más que recordar los ejemplos de todas las épocas. Los maestros espirituales, tanto paganos como cristianos, eran hombres desligados de aquellas relaciones que por razón de su injusticia hacia la mujer, fueron fatales para el desarrollo superior del individuo. ¿Quién, entre los profetas de la Cristiandad, no tuvo que empezar por liberarse de los lazos de familia antes de poder dar comienzo a su obra? ¿Qué mayor campeón del celibato que Pablo? ¿Quién tan benigno y tan indulgente en su reconocimiento de la debilidad y de la naturaleza sensual del hombre, que aquel que predicaba el celibato con estas palabras: “Y esto digo para vuestro propio provecho; no para tenderos un lazo, sino para lo que es honesto, y para que sirváis al Señor, sin distracción”? (I^a^ *Corintios*; VII, 35).

CAPÍTULO SEXTO

La Cuarta Raza—Los Atlantes

Hasta ahora hemos ido siguiendo la evolución de la raza humana, y no hemos hablado de sus diversas tribus y ramas; pero se ha dicho que durante cada Anillo, siete razas distintas aparecen y desaparecen en el planeta. Durante el Anillo actual, nuestra Tierra ha visto el predominio de cuatro razas distintas, siendo hoy la quinta, la raza dominante. No debe suponerse que sea necesaria la desaparición completa de una raza para que otra pueda pisar la arena de la vida; mas, el período durante el cual una raza adquiere el predominio, se dice que pertenece a la misma. Geológicamente hablando, la edad presente es la del hombre, pero esto no quiere decir que los peces no naden en nuestras aguas, los reptiles no se arrastren por nuestros caminos, y los cuadrúpedos no habiten en nuestros bosques. Por más que la quinta raza sea la predominante, no debe olvidarse que la cuarta y hasta la tercera, tienen aún representantes vivos en la Tierra. Entre los actuales habitantes de la Tierra, las ramas negras o negroides son las más primitivas, y por lo tanto, las menos influyentes; viene luego las razas rojo-amarillas; y la *crema* de la población terrestre, es la raza blanco-morena. Vulgarmente hablando, esta raza es la familia Aria de la humanidad, y las lenguas que hablan revelan entre ellas una afinidad que es reconocida hoy día como un hecho confirmado.

Para comprender el progreso de la humanidad a través de las diversas razas, es preciso recordar los largos períodos de tiempo ocupados por cada una de estas razas. Así, la raza actual tuvo su orígen hace más de un millón de años; y fue precedida por la cuarta y la tercera razas, cada una de las cuales tuvo su época de

supremacía. La cronología bíblica y aun los cómputos geológicos se ofenderán ante esta afirmación, que está, sin embargo, apoyada por la experiencia de Adeptos vivientes, como también por la cronología sagrada de los antiguos. Si se pudieran sacar a la luz los anales de los templos del antiguo Egipto, de Caldea, o de la India, veríamos como la historia y la ciencia modernas no han hecho más que recoger y entrelazar algunos hechos perdidos, sin tener la menor idea de su posición en el tiempo. La Geología difícilmente concederá la posibilidad de la existencia del hombre antes del período glacial, pero los maestros esotéricos saben que anteriormente a esta época florecieron civilizaciones más grandes que las de Grecia o Roma. Tarea gigantesca sería querer destruir todos los errores que existen en esta materia. No perderemos tiempo ni fuerzas en este empeño de combatir la progenie de los errores que infestan al Mundo, pero señalaremos algunos acontecimientos relacionados con la historia antigua de nuestra raza, dentro de los límites permitidos, y mostraremos su concordancia con hechos admitidos.

Todos los ocultistas saben que la primera civilización en el Anillo actual empezó con la tercera raza [*Ap. II*, 46], de la cual quedan algunos restos entre los australianos de cabeza aplastada. Estos especímenes degradados de la humanidad, por extraño que parezca, descienden de ancestros cuya civilización precedió muchos eones a las de Fenicia y Babilonia. A primera vista será quizás difícil explicarnos la supervivencia de representantes de una elevada civilización primitiva, que no ha dejado huellas fáciles de reconocer. Los estudiantes de ciencias ocultas saben, sin embargo, que el fin de cada período de apogeo de una raza está señalado por un gran cataclismo causado alternativamente por el fuego o por el agua. Si la Europa civilizada de hoy día llega a experimentar una de estas convulsiones de la Naturaleza, su civilización desaparecerá; no tiene pirámides que recuerden a sus sucesores sus pasadas grandezas; y aquellos de sus habitantes que puedan escapar, careciendo de todas las condiciones de la vida civilizada, pronto

caerán en la barbarie. Aunque la civilización empezó con la tercera raza, no por esto debe suponerse que los hombres de la segunda raza fueran salvajes, puesto que las condiciones de su existencia, según se verá, eran tales que hacían tan imposible la civilización como la barbarie, en la forma en que hoy día las conocemos.

La primera civilización cuyas huellas inequívocas han llegado hasta nosotros, pertenecía a la cuarta raza [*Ap. II*, 47], la llamada Atlante. A este período pertenece la civilización mencionada en libros tales como el *Popul Vuh*, el *Uttara Rāmāyaṇa* y otros. En la célebre epopeya sánscrita de Vālmīki, se hallan abundantes datos sobre la civilización de una raza de atlantes que habitó cerca del continente de la India. La prosperidad material de este pueblo estaba muy por encima de la de los Arios de aquel tiempo. Su conocimiento de las fuerzas secretas de la Naturaleza, era maravilloso; ellos sabían navegar en vehículos aéreos, valiéndose de un agente sutil que Bulwer Lytton menciona bajo el nombre de *Vril*. Las casas, como las de los antiguos peruanos, estaban pavimentadas con oro. Las armas de destrucción que usaban comúnmente eran tan superiores a las que nosotros conocemos, que difícilmente podríamos formarnos una idea de ellas. El arte, la literatura y la ciencia tuvieron su origen durante el período en que vivió esta raza; pero los arios tuvieron que desarrollar su propia civilización antes de ponerse en contacto con los atlantes. Muy poco de la literatura de los atlantes se conserva hoy, y su arte y ciencia apenas han dejado algún vestigio, excepto en China. Por sus conocimientos superiores la cuarta raza desarrolló una civilización material, que ha excedido a todas las que se han visto en la Tierra. Su vasta literatura ha deaparecido casi del todo; si bien una de las principales obras astronómicas sánscritas, llamada *Sūrya Siddhānta Plakṣadvīpa*, es la producción de un astrónomo atlante. En este libro se mencionan las siete islas de la Atlántida (Plakṣadvīpa y otras), y su posición geográfica se halla indicada con exactitud científica. Otro astrónomo célebre, al cual se alude siempre con el nombre de Asura Maya, era oriundo de la

Atlándida, por más que el profesor Weber, interpretando de un modo enteramente erróneo el significado de la primera parte de dicho nombre, trate de transformarlo en el griego Ptolemaios. Asura era el nombre genérico de todos los atlantes, que eran los enemigos de los héroes espirituales de los arios (dioses). Esta tosca descripción de los atlantes se refiere solamente al período en que se pusieron en contacto con los arios [*Ap*. *II*, 48], y por consiguiente estaban ya en decadencia en el ciclo de su supremacia. El recuerdo de su grandeza antes de este período (y hay que tener en cuenta que los atlantes alcanzaron el punto culminante de su civilización y progreso mucho antes que los arios salieran de sus pañales) se conserva en libros inaccesibles al mundo en general, y guardados con celoso cuidado en las bibliotecas secretas de los templos y lamaserías, y en las criptas y cavernas de los místicos iniciados.

Causará quizás alguna sorpresa el ver descritos los atlantes en las escrituras brahmánicas con el nombre de *Rakṣasa*, — palabra que significa "comedores de cosas crudas"— como también la ponderación que allí se hace de la maravillosa agudeza de su olfato; mas, la solución de esta dificultad se hallará en el orden de desarrollo de los sentidos en las diversas razas y subrazas. La nuestra, que es la quinta, ha desarrollado el sentido del gusto, más que ninguna de las anteriores, mientras que el sentido del olfato alcanzó su mayor grado de perfección en la cuarta raza.

La historia oculta enseña que en tiempos del establecimiento de los arios, una gran parte de la India estaba ocupada por los atlantes y también lo estaban algunas partes de Europa, especialmente Grecia e Italia, para no citar sus colonias africanas en Egipto y en las costas del Mediterráneo. A propósito de los ancestros atlantes de los griegos y de los romanos, dice uno de nuestros maestros:

"Los antiguos griegos, los atlantes, no podían ser calificados ni siquiera de *Autóctonos*, palabra convencional que se usa para expresar el origen de un pueblo cuyos antepasados no han

podido descubrirse, y que, en todo caso, entre los helenos, significaba ciertamente algo más que simplemente "nacidos del suelo" o primitivos aborígenes; y sin embargo, la pretendida *fábula* de Deucalión y Pirra no es seguramente más increíble ni maravillosa que la de Adán y Eva, fábula, esta, que apenas cien años atrás nadie se hubiera atrevido siquiera a poner en duda. Y en su significación esotérica, la tradición griega es quizás más verdaderamente histórica que muchos de los pretendidos acontecimientos *históricos* durante el período de las Olimpíadas, por más que, tanto Hesíodo como Homero hayan omitido a aquella en sus épicas."

"Quizás", dice el mismo maestro (*The Theosophist*, Octubre 1883.), "si los historiadores hubiesen sabido algo más de lo que sabían acerca de los *autóctonos* italianos —los yapigios— podrían haber dado a los "antiguos romanos", este último nombre. Pero entonces hubiera resultado esta otra dificultad histórica: la historia *sabe* que los invasores latinos empujaron y finalmente encerraron a esta raza misteriosa y miserable entre las peñas de la Calabria, demostrando así la ausencia de toda afinidad de raza entre unos y otros. Por otra parte, los arqueólogos occidentales se mantienen en sus propias opiniones, negándose a aceptar otra cosa que sus propias conjeturas; y han fracasado en su tarea de poner en claro las inscripciones indescifrables trazadas en una lengua desconocida y en caracteres misteriosos que figuran en los monumentos yapigios, y así es que durante largos años los han considerado como imposibles de descifrar (...) Los anales de los ocultistas no hacen diferencia entre los atlantes antecesores de los antiguos griegos y romanos. Sus documentos, parcialmente corroborados, y a su vez contradichos por la historia admitida o autorizada, enseñan que de los antiguos latinos de la leyenda clásica, llamados ítalos —de aquel pueblo, en una palabra, que cruzando los Apeninos (como sus hermanos indoarios —dicho sea de paso— habían cruzado *antes que ellos* el Hindu Kush) entraron por el norte de la península— de dichos latinos, decimos, no sobrevivía, muchos siglos antes del tiempo de

Rómulo, *más que un nombre y una lengua naciente*. La historia profana nos enseña que los latinos de la "era mítica" se helenizaron de tal modo entre las ricas colonias de la *Magna Grecia*, que nada quedó en ellos de su primitiva nacionalidad latina. Los latinos, propiamente dicho, se afirma son aquellos italianos preromanos que, estableciéndose en el Lacio, se habían conservado desde el principio, libres de la influencia griega, fueron los antecesores de los romanos. En contradicción con la historia exotérica, la crónica oculta afirma que si bien, gracias a circunstancias demasiado largas y complicadas para mencionarlas aquí, los ocupantes del Lacio conservaron su nacionalidad primitiva por un poco más de tiempo que sus hermanos que habían entrado por vez primera en la península con ellos, después de haber dejado el Oriente (que *no* era su patria originaria), la perdieron, muy pronto, por otros motivos. Libres de los Samnitas durante la primera época, no permanecieron, libres de invasores. Al paso que el historiador occidental hace una amalgama de hechos históricos incompletos y mutilados, de diferentes naciones y pueblos, combinándolos en forma de ingenioso mosaico, según el plan mejor y más provechoso, y rechaza del todo las fábulas tradicionales, el ocultista no presta la menor atención a la vana autoglorificación de pretendidos conquistadores ni a sus inscripciones sobre piedra. (…) El ocultista sigue las afinidades etnológicas y sus divergencias en las varias nacionalidades, razas y subrazas, de una manera mucho más fácil; y es guiado en este camino con tanta seguridad como el estudiante que examina un mapa geográfico. Así como este distingue fácilmente por los diversos colores de sus contornos, los límites de los diversos países y sus posesiones, su superficie geográfica, y su limitación por los mares, ríos, y montañas, así el ocultista, siguiendo las (para él) perfectamente distinguibles y definidas *sombras áuricas y gradaciones de color en el hombre interno*, puede determinar de un modo infalible a cuál de las varias y distintas siete familias humanas, como también a qué grupo particular respectivo, y aun al más pequeño subgrupo de estas pertenece

tal o cual pueblo, tribu, o individuo. Esto parecerá nebuloso e incomprensible a la multitud, que nada sabe de las variedades étnicas del aura nerviosa, y no cree en teoría alguna acerca del "hombre interno", únicamente científica para los pocos. Toda la cuestión estriba en la realidad o no de la existencia de este hombre interno que la clarividencia ha descubierto, y cuyo *od* o emanaciones nerviosas, von Reichenbach ha demostrado. Si se admite tal entidad y se comprende intuitivamente que hallándose más íntimamente relacionado con la Realidad invisible, el tipo *interno* debe ser todavía más pronunciado que el tipo físico exterior, en este caso poca o ninguna dificultad habrá en concebir nuestra idea. Porque, si hasta las idiosincrasias fisicas respectivas y los caracteres especiales de una persona determinada, permiten generalmente distinguir su nacionalidad a cualquier observador y con mucha más razón al etnólogo experto, y así es que todo el mundo distingue al primer golpe de vista un inglés de un francés, un alemán de un italiano, por no hablar de las diferencias típicas entre las familias fundamentales de la humanidad y su división antropológica; poca dificultad puede haber en concebir que las mismas diferencias de tipo y de carácter, aunque mucho más pronunciadas, deben existir entre las razas *internas* que habitan en aquellos "tabernáculos de carne". Además de esta diferenciación psicológica y *astral*, fácilmente discernible, existen los registros documentales en sus series no interrumpidas de tablas cronológicas, y la historia de la ramificación gradual de las razas y subrazas de las tres Razas *geológicas* primordiales, obra de los Iniciados de todos los templos arcaicos y antiguos hasta la fecha, se halla contenida en nuestro *Libro de los Números* y en otras obras".

Las divisiones de la raza humana, a que se ha hecho anteriormente referencia bajo el nombre de "familias raíces", son, más propiamente hablando, razas geológicas. Los maestros de la doctrina esotérica, saben que la Tierra se halla habitada en la actualidad por "Tres razas primitivas completamente distintas, cuya evolución, formación y desarrollo, han procedido *pari passu* y en líneas paralelas a la evolución, formación y

desarrollo de tres *strata* geológicos; siendo dichas razas, la Negra, la Rojo-Amarilla y la Blanco-Morena".

Las mismas escrituras sagradas de la india, accesibles al mundo, nos revelan muchos vislumbres sobre los atlantes orientales. Durante el primer período del establecimiento de los arios en la India, los recién llegados estuvieron en guerra constante con los atlantes, a los cuales encontraron en posesión del territorio. En una época muy posterior, de la cual se lee una hermosa y completa relación en el *Rāmāyaṇa*, los atlantes estaban diseminados por toda la superficie del país. Sus incursiones en los asentamientos arios fueron pocas y a largos intervalos, y sólo en las regiones menos pobladas tuvieron los arios que combatir, con éxito casi constante, con las tribus dispersas de los atlantes. Pero existía un poderoso imperio atlante que abarcaba varias islas de los mares indos, y su Emperador Rāvaṇa, fue, a pesar de las muchas leyendas simbólicas que lo envuelven, un personaje histórico a quien muchos principados arios del continente, estaban obligados a pagar tributo. Los poderes maravillosos, que obtuvo sobre las fuerzas ocultas, se hallan alegóricamente descritos en aquella célebre epopeya inda. La subverción de su imperio por Rāma, el héroe ario, marcó la extinción de la supremacía atlante en esta parte del mundo, por más que en algún que otro punto se veían ricas y poderosas colonias de atlantes luchando todavía largo tiempo por la existencia. En la batalla de Kurukṣetra, que según los cálculos brahmánicos tuvo lugar 5.000 "años ha", algunos príncipes arios pelearon al lado de sus aliados atlantes. Antes de esta fecha, Yudhiṣṭhira, jefe de uno de los partidos beligerantes, hizo construir su palacio, cuyo explendor no pudo eclipsar ninguno de los demás príncipes arios, por un atlante llamado Maya, que había heredado algo del conocimiento trascendental de su raza.

Hemos dicho que los atlantes poseían un conocimiento completo de algunas de las fuerzas más sutiles de la Naturaleza, ahora generalmente desconocidas para los hijos de los hombres. Con el auxilio de estos conocimientos pudieron llevar adelante

su desarrollo hasta un punto casi inconcebible para la generalidad de los hombres de hoy día; y el abuso de estos mismos conocimientos fue lo que los condujo a la ruina y a la extinción como raza dominante. Los Adeptos de nuestros días poseen todo el conocimiento de los atlantes, y mucho más, pero el gran desarrollo de su naturaleza moral, es siempre una salvaguarda contra el abuso de poder. Aquellos que se hallan familiarizados con el método de instrucción seguido por los Adeptos, saben cuan cuidadosos se muestran en no confiar jamás el conocimiento oculto a personas de cuya integridad moral y pureza de intenciones no están absolutamente seguros. El público profano considera la ciencia de las fuerzas ocultas de la Naturaleza como cosa de magia, cosa que, aun siendo verdad, es de poca importancia práctica; y no se hace cargo, ni por un instante, de los fines benéficos a malignos a que se aplica esta ciencia, según el carácter moral de los que la practican. La llamada magia, según Bulwer Lytton indica en su *Extraña Historia*, es de dos clases:

"La oscura y mala, que pertenece a la hechicería y a la nigromancia; la pura y benéfica, que no es más que la filosofia aplicada a ciertos misterios de la Naturaleza, muy distante de los caminos trillados de la ciencia, pero que ha profundizado el conocimiento de los antiguos sabios, y puede todavía descifrar los mitos de las razas extinguidas".

Aunque algunas de las fuerzas ocultas de la Naturaleza puedan ser conocidas y manejadas por personas cuya moral es de carácter, ruin y egoísta, los misterios más sublimes serán siempre reservados a los hombres puros y generosos. No hay necesidad de exponer aquí los efectos finales que producen sus propias prácticas perversas, sobre los devotos a la magia negra. Los tormentos de un infierno teológico, no son nada, comparados con el castigo que la ley inmutable impone a los hijos del mal. Los grandes cataclismos que ponen fin a la degeneración cíclica de las razas, se producen cuando el aumento de estos magos negros, espiritualmente degradados, hace inevitable un conflicto general entre ellos y los Adeptos de

la Buena Ley; la lucha continúa hasta que un cataclismo periódico, barre la raza condenada, y prepara el terreno para el desarrollo y prosperidad de la raza siguiente. En todas las religiones, la memoria de tales conflictos se conserva bajo diferentes nombres y símbolos. Este es el combate de Miguel y sus ángeles contra el Dragón; de los Hijos de la Luz contra los Hijos de la Oscuridad; de los Devas contra los Asuras. El último de estos grandes conflictos fue seguido por la submersión del último continente de la Atlántida "El gran acontecimiento", dice nuestro Maestro, "el triunfo de nuestros hijos de la *niebla de fuego* (los Adeptos), los habitantes de Śambhala, cuando era todavía una isla del mar del Asia Central, sobre los egoístas, si no enteramente malvados *magos* de Poseidón (el último de los continentes atlantes), ocurrió exactamente hace 11,446 años". (Se debe tener en cuenta que esta cita ha sido escrita en el año 1881).

Hay que mencionar aquí que los que aniquilaron el poder de estos magos negros, no eran todos Adeptos de la quinta raza, sino que muchos hombres de la cuarta, elevados por una educación espiritual artificial, hasta el nivel de los Adeptos de la quinta raza, estuvieron en este gran conflicto al lado de la parte victoriosa. Algunos siglos después de este acontecimiento, que quitó a los magos negros su predominio, mas, no la existencia, hallamos a los magos negros atlantes, contrarrestando alguna que otra vez el progreso y desarrollo de los estudiantes de la verdadera ciencia oculta. La escuela de la magia negra dista mucho de estar extinguida hoy día; en realidad, numéricamente hablando, los magos negros son más fuertes que los seguidores de la Luz; y el místico siente, desde el principio de su carrera, la perniciosa influencia de estos poderes del mal. En la gran epopeya sánscrita del *Mahābhārata*, encontramos la terrible lucha entre Anuśālvā, rey de los magos negros del Bengala Norte-oriental, país aún hoy día famoso por la hechicería y la brujería, y Kṛṣṇa con su clan, cuya lucha terminó con la completa derrota del primero. En los tiempos de la decadencia del buddhismo en India, el centro de los magos

negros Indos, se hallaba en Malwa en el Rajputana. Actualmente existen dos escuelas principales de magia negra en el Oriente: una de ellas tiene sus centros principales en Cachemira y sus cercanías y la otra en Bután y en el extremo Oriente. Los magos negros existen bajo varios nombres; sus ritos y prácticas son horribles y repugnantes, y por medio de ellas invocan el auxilio de algunos de los peores principios de la Nauraleza (elementarios peligrosos y aun más viles y peligrosos elementales). El poder así adquirido, lo emplean los magos negros para castigar a sus enemigos o bien para sus depravados fines. Están siempre al acecho para hacer daño a los hombres, y ocurre a menudo que una persona que toma una buena resolución, se siente malignamente contrariada por ellos en su propósito. La gran diferencia que hay entre los Adeptos y los magos negros, es que el poder de los últimos sólo puede ponerlo en actividad la fuerza de un egoísmo concentrado. El mago negro, acentúa su personalidad (el quinto Principio) a costa del sacrificio de su espiritualidad, que es el sexto Principio, la chispa divina en el hombre; y en consecuencia, cuando la personalidad se desvanezca, como debe suceder cuando con el transcurso del tiempo toda la Naturaleza se espiritualice, le aguardará el destino del Margrave, de la *Extraña Historia*; todo lo perderá y, retornando, tendrá que empezar de nuevo desde el peldaño inferior de la escala. Esta es la eterna condenación de los malvados, la aniquilación de la que hablan los tratados de ocultismo. Esto no significa la negación absoluta, sino la pérdida de todos los recuerdos que se acumulan en torno de una individualidad, desde el comienzo de su carrera cíclica; toda individualidad como tal, es inmortal.

En *Isis Develada*, la cuestión de la Atlántida se estudia con alguna extensión, constituyendo esto un valioso refuerzo a nuestra reserva de conocimiento. En dicha obra, hallamos esta antigua leyenda oriental: —“Había una isla en un extenso mar, en el sitio que es actualmente el desierto de Gobi. Esta isla estaba habitada por una sociedad de Adeptos, los “Hijos de Dios”, llamados en los libros sagrados indos, *Pitṛs Brahmanes*,

y por otro nombre, aunque sinónimo, en la cábala caldea; su isla formaba parte del perdido continente de la Atlántida".

"Esta raza (de Adeptos)" —dice el autor de la obra referida—, "podía vivir con la misma facilidad en el agua, en el aire o en el fuego, porque tenía un control ilimitado sobre estos elementos (...) (Estos Adeptos) fueron los que comunicaron a los hombres los más portentosos secretos de la Naturaleza, y les revelaron la "palabra" inefable, hoy *perdida* (...) La hermosa isla estaba incomunicada por el mar, pero había pasajes subterráneos, sólo conocidos por los jefes, que comunicaban con ella en todas direcciones".

Para terminar, otro autor dice que "la Atlántida se halla mencionada en los libros sagrados del Oriente (todavía vírgenes de las manos sacrílegas del Occidente), bajo otro nombre en la lengua sagrada *hierática* o sacerdotal. Y entonces se verá que *Atlantis* no era sólo el nombre de una isla, sino el de un continente entero, muchas de cuyas islas e islotes han sobrevivido hasta nuestros días. Los más remotos ancestros de algunos de los habitantes del hoy miserable refugio de pescadores "Aclo" (en otro tiempo *Atlan*), próximo al golfo de Uraha, estaban a la vez tan íntimamente unidos con los antiguos griegos y romanos, como con los chinos de la cuarta raza".

CAPÍTULO SÉPTIMO

LOS ARIOS PRIMITIVOS

Cada raza desarrolla uno de los siete principios del hombre, dentro de los límites del Anillo. La cuarta raza basó su civilización en el desarrollo del cuarto principio, el deseo físico; y todos sus esfuerzos tuvieron por objeto la satisfacción de la naturaleza sensual. Nuestra quinta raza, no terminará su carrera sin haber desplegado una civilización, en la cual todas las facultades intelectuales (el quinto principio del hombre) alcancen el desarrollo máximo de este Anillo [*Ap*. *II*, 50]. La sexta raza será altamente espiritual, y antes de su fin todos los seres humanos alcanzarán el "esclarecimiento". La perfección de la séptima raza es inconcebible para nosotros, pues entre sus Adeptos habrá un espíritu planetario.

La civilización de los arios tuvo una evolución completamente distinta de la que le precedió. Los arios no se pusieron en contacto con los atlantes hasta que hubieron desarrollado en un grado considerable una civilización propia. En este capítulo nos proponemos reunir algunos hechos relacionados con el origen y la infancia de esta civilización, que, aunque naturalmente muy influida por la cuarta raza, tuvo que formarse por su propia vitalidad inherente, hasta que el pueblo ario fue dispersado en distintas direcciones.

La quinta Raza ha desarrollado ya cinco subrazas; siendo la primera la indo-aria y la última los principales pueblos europeos. En el proceso evolucionario un ser humano tiene que pasar, hablando en general, a través de todas las razas y subrazas durante el Anillo [*Ap*. *II*, 51], pero hay excepciones que, aunque relativamente escasas, son en realidad numerosas.

No es necesario, por ejemplo, que un brahmán tenga que encarnar como europeo para completar su progreso, si él puede desarrollar en sí mismo todas las peculiares características del europeo sin dicha encarnación. En realidad, dentro de los límites de una misma raza, un individuo puede mediante su propio esfuerzo regular sus encarnaciones sin ser un Adepto, el cual dentro de ciertos límites, es naturalmente dueño de su porvenir, lo que no es necesario discutir aquí. Siendo los arios la quinta raza del Anillo actual, claro está que ocupan una posición muy importante en la cadena de razas, entre las cuales las tres primeras prepararon el terreno para la aparición de tipos más perfectos. La cuarta raza marcó el punto de separación entre el período de inocencia ignorante y el de conocimiento responsable, pues cuando la humanidad haya atravesado el presente ciclo de progreso material, alcanzará un nivel de perfección al que jamás había llegado. La quinta raza, sucediendo, como sucede a la cuarta, que constituye el punto crítico antes mencionado, mostrará, antes de su término, un adelanto evidente en la humanidad, reuniendo las excelencias materiales y las espirituales hasta un grado muy notable; adelanto cuyos primeros vislumbres se revelaron en la civilización de los indo arios. Mas, cuando la ola de la evolución empiece el ciclo ascendente, se escalarán cumbres mucho más altas de perfección, más adecuadas para resistir la influencia del tiempo. Ninguna raza humana de las que han existido en nuestro planeta, tiene para nosotros tanta importancia como la primitiva dentro de la familia aria.

La civilización indo-aria fue en cierto modo única. Los indo-arios alcanzaron un alto nivel de desarrollo material, conservando al propio tiempo una gran parte de la conciencia espiritual de sus antecesores de la tercera raza. Combinaron la civilización material de los atlantes con la espiritualidad superior del período precedente.

La cuna de la raza aria primitiva fue el Asia Central, desde donde se dispersaron, corriéndose por diversas partes del globo. Desde esta dispersión data la verdadera historia de la raza aria,

porque entonces tuvieron principio su mayor progreso, su mayor desarrollo y sus adelantos en las artes y en las industrias, que nosotros erróneamente suponemos recientes y desarrollados por nuestras necesidades. Pero este abandono de los hábitos de vida ancestrales que condujo a la mayor prosperidad de la raza, finalmente dio como resultado su ruina, o mejor dicho, su oscuración cíclica. ¿Qué es lo que produjo la dipersión del pueblo ario y el abandono de la patria de sus antepasados?

La causa inmediata fue el exceso de producción [¿población?], porque cuando la presión se hizo sentir demasiado, el pueblo empezó a disgregarse y a buscar nuevos puntos de residencia, y finalmente este pueblo, antes tan unido, acabó por diseminarse por toda la faz de la Tierra. Esta división y dispersión dio origen a lo que era desconocido entre los arios de los tiempos anteriores, el derramamiento de sangre humana, y personas entre las cuales al principio reinaba la unidad, habiéndose vuelto extrañas entre sí, se vieron obligadas a resistir mútuas usurpaciones. La marcha de estos acontecimientos fue acelerada por el estado embrionario de la facultad de la memoria en los tiempos primitivos. Una vez fuera de la patria de sus antesesores, las tribus dejaron de reconocer a sus hermanos. La multiplicación de necesidades ocasionada por este cambio dio lugar a la insatisfacción y al descontento. El separarse del feliz hogar de su juventud hizo vibrar la primera nota de dolor en las tribus errantes en medio de sus largas y penosas marchas. Los que se establecieron en climas más fríos hicieron reclamos contra los que se quedaron en el Asia Central; mientras que los que emigraron a las zonas tórridas cayeron víctimas de enfermedades, y por primera vez experimentaron dolor por la muerte prematura de sus amigos; y entonces, con la aparición de la pobreza, la "Edad Dorada" llegó a su fin.

Por extraño que parezca, la separación y dispersión de este pueblo dio origen a la música y a la poesía de nuestra raza. Estas artes tuvieron su cuna en la rama de la raza aria que partió hacia el norte. Su gran anhelo por la patria conmovió sus almas

hasta lo más profundo, y se exhaló en rudos y arcaicos cantos. El desarrollo de la poesía y de la música fue ayudado por la guerra, que siguió las huellas de la dispersión de la raza y necesitó gritos de excitación durante el combate.

La influencia de este cambio de condiciones no se hizo sentir menos en la religión. La música y la poesía dieron un colorido absolutamente nuevo a la expresión del pensamiento espiritual. Las más elevadas percepciones del hombre se habían embotado, y por lo general, sólo con el auxilio de su imaginación podía concebir las cosas espirituales. Esta circunstancia hizo de la poesía el vehículo apropiado para el sentimiento religioso; gracias a esta alianza, la poesía obtuvo considerables ventajas, mientras que la religión perdió una gran parte de espiritualidad. En el período del que hablamos, las ideas, al igual que los hombres, empezaron a cubrirse con vestidos; y la metáfora, que para los antiguos era una realidad, y no una mera figura retórica, se convirtió en el lenguaje de la vida ordinaria.

Antes de abandonar esta parte de nuestro asunto, debemos precavernos contra una impresión errónea que de lo contrario podría formarse. No debe suponerse que la relación anterior sea cronológica, que la decadencia de los arios haya comenzado inmediatamente después de la dispersión de los primeros arios. Era necesario anticipar algunos hechos relacionados con este acontecimiento para hacer el cuadro un poco más completo. En realidad, entre el abandono de la patria de sus mayores, los primeros arios, y su decadencia final, medió un período de gran prosperidad y gloria. No es nuestro propósito tratar aquí sobre las varias ramas de la raza aria, sino únicamente de aquella más numerosa y más importante familia que dio gran esplendor a la India, y cuyos descendientes todavía pueblan aquel país. Los primitivos colonizadores de la India fueron la flor de la raza aria; alcanzaron una altura de civilización que todavía no ha tenido igual, y de cuya verdadera grandeza sólo los primeros destellos empiezan apenas a manifestarse al mundo. Estos arios fueron la personificación del mayor desarrollo que haya visto este planeta. Y cuando el mundo reciba la prueba entera acerca

de este punto, será debidamente comprendida la verdadera significación de la filosofía vagamente delineada por los custodios de la Antigua Sabiduría bajo el nombre de Teosofía.

Los indo-arios habían condensado en grado notable los conocimientos adquiridos por sus predecesores, y habían desarrollado por sí mismos muchas verdades hoy día ignoradas, salvo por los pocos que se adelantan a este ciclo y están voceando fuertemente en el desierto el antiguo, antiquísimo mensaje, a un mundo indiferente y desconfiado. Eran al principio más bien intuitivos que intelectuales; mas, cuando el desarrollo del intelecto hubo casi anulado la intuición, se materializaron hasta el punto de dudar de su propia naturaleza superior.

Aun en su época más primitiva la vida aria era principalmente pastoril; es un error el sostener que nuestros primitivos ancestros vivían de la caza. No eran lo que podríamos llamar un pueblo atrevido, pues no tenían las inclinaciones que conducen al desarrollo de la osadía. Carecían de lo que la gente del siglo XIX llama energía agresiva. Físicamente, los arios del período del que hablamos eran superiores a sus actuales representantes. Su cuerpo estaba libre de enfermedades, y no estaba sujeto a la muerte prematura; mientras que la duración natural de su vida era mucho mayor que actualmente. La complexión de los primeros indo-arios era diferente de la que presenta la generación actual de los indos (varios matices de moreno), pues su color era casi blanco puro, con un ligero tinte dorado. Considerada en conjunto, la época que fue testigo de su origen y desarrollo, será por todas las edades, conocida como la era más notable en la historia del mundo.

Es digno notar lo poco que de la historia de este pueblo maravilloso se sabe en general. Este asunto se halla envuelto en la oscuridad, y a no ser por la presencia de los ingleses en la India, largos períodos y quizás, siglos hubieran transcurrido antes de que el Occidente reconociese las gemas de sabiduría

que aquel pueblo había dejado. El renacimiento intelectual que hoy día empieza en la India, es debido principalmente a la influencia de Inglaterra.

El contacto con extrañas ideas liberales introducidas en la India, ha dado por resultado el despertar, entre su pueblo, de un interés más profundo y más reflexivo en su propia literatura antigua. La primera pregunta formulada por un extranjero indagador acerca de la India, era, "¿Cuál es vuestra historia? ¿Quiénes eran vuestros ancestros?" Y la gente, desconcertada, miraba en torno suyo buscando, en medio de su estupor, alguna prueba que pudiese demostrar que ellos eran los indignos descendientes de sus poderosos antepasados.

Pero el tiempo, que cura muchos males, con frecuencia se constituye en vengador. La indiferencia que ha seguido a la degeneración de este pueblo, aunque de larga duración y casi irremediable, debe ser compensada antes de que pase mucho tiempo. Un espíritu de investigación se ha infiltrado en este pueblo que, harto tiempo ha, se halla sometido al dominio de la superstición y del clericalismo.

El resurgimiento ha empezado; una nueva luz, muy tenue y todavía lejana, brilla en el cielo oriental. Bajo la favorable influencia de una filosofía que encarna en sí el alma misma de la Verdad, se verificará un Renacimiento de este gran e inolvidable pueblo. Pronto, toda la India será aria en pensamiento y en vida; tan fuerte será este resurgimiento, que los países más distantes responderán como un eco al grito de su despertar. El interés propiciado por el pueblo ario del Oriente y por su literatura, no corre peligro de extinguirse. La fusión del pensamiento europeo con el oriental conservará viva la llama, y la presencia de los ingleses en la India aumentará constantemente su esplendor.

CAPÍTULO OCTAVO

DESARROLLO DEL LENGUAJE Y DE LA RELIGIÓN

Nada se ha dicho en los capítulos precedentes sobre la cuestión del desarrollo del lenguaje. Como el curioso lector puede haber observado, los primeros gérmenes del lenguaje, fueron sembrados en la quinta subraza de la primera raza, cuando apareció el sentido del gusto. La adquisición, por parte del hombre, del órgano de este sentido, hizo posible la evolución del lenguaje; y en combinación con el sentido del oído, aquella facultad dio origen a la palabra. Mientras se conservó el poder espiritual de la transmisión del pensamiento, no se sentía ninguna necesidad de otro modo de comunicación entre los hombres; mas, la rudeza creciente del cuerpo humano impuso pronto al hombre la necesidad de hallar algún otro medio. Su primera tentativa en este sentido fue la imitación de los sonidos de los pájaros y de los animales. Esto parecerá sin duda herético a algunas escuelas de filólogos modernos que tan rotundamente niegan la teoría imitativa del lenguaje. Estos filósofos pretenden que el lenguaje es contemporáneo a la razón, y en apoyo de su tesis alegan, entre otras cosas, la voz griega *lógos*, que significa a la vez razón y palabra. Pero hay que tener presente que el lenguaje, como todas las cosas, procede por ciclos. Ni la filología ni la historia han podido observar más allá de un pequeño segmento de uno de estos ciclos, y de ahí que hayan nacido un sin número de errores respecto al origen del hombre primitivo, así como al de todas sus facultades, incluso el lenguaje. Max Müller cree imposible llegar en la estratificación de la historia humana más allá del período de la dispersión de los arios. Viendo cuantas razas han

precedido a este acontecimiento, del cual escasa o ninguna huella ha quedado a la vista ordinaria, es fácil apreciar el verdadero valor de sus especulaciones, sobre el origen del lenguaje. No es extraño que sus investigaciones no le conduzcan a un estado de desarrollo humano en que la razón no iba acompañada del lenguaje, porque su método es tal, que excluye todo exámen del estado en que el lenguaje no existía. La palabra, que es sinónimo de razón, no es el lenguaje que los filólogos estudian. El *lógos* griego y su equivalente sánscrito *Vāc*, tienen una profunda significación mística. Un poeta sánscrito llama a *Vāc* "el rayo inmortal del espíritu". Es la primera manifestación en el universo de los fenómenos, de la gran realidad inmanifestada. Este es el místico Cristo de los Gnósticos, el Logos manifestado. *Vāc* es el aspecto negativo de Śabda Brahman, la primera agitación de la Voluntad Cósmica después de su extendida noche de descanso. En la simbología de los indos, esta *Vāc* está representada por la Diosa Sarasvatī, quien es también conocida con el nombre de Devasena. Su esposo es el eterno célibe, Kumāra. Bástenos aquí decir, sin entrar en discución de las innumerables correlaciones de las fuerzas espirituales, que la *Vāc* mística no es de ningún modo lo que llamaríamos lenguaje. La progresiva materialización de que antes hemos hablado, es la causa a la que debe responsabilizarse de semejante confusión.

El primer lenguaje, del cual nadie puede tener conocimiento, a menos de ser un Iniciado, es el hablado por los atlantes. Los filólogos sánscritos señalan un dialecto llamado Rakṣasī Bhāṣā, como la lengua atlante; pero no hay que suponer que la forma en que se ha conservado en el moderno sánscrito fuese corriente entre los atlantes con los cuales los arios orientales estuvieron en contacto. El mismo proceso de asimilación que ha convertido Buthair's mere en Buttermere, estaba en plena actividad antes de formarse el dialecto Rakṣasī que conocemos.

El sánscrito es, entre todos los idiomas conocidos, el que más se aproxima al hipotético lenguaje original de los arios.

Pero, como implica el mismo nombre de la lengua "reformada", es este el dialecto cultivado que fue desarrollado de otra lengua preexistente. De esta lengua original, poco o ningún conocimiento existe hoy día. En sánscrito se le cita con el nombre de Deva Bhāṣā, término que erróneamente se aplicó al propio sánscrito en tiempos posteriores. Los Iniciados son los únicos que tienen la clave de esta lengua madre de todas las otras posteriores, y en todos los escritos hieráticos se usa siempre esta lengua. Entre los Adeptos del Tíbet, esta lengua secreta, fuente primitiva de todas las lenguas arias, es conocida con el nombre de Senzar. El lenguaje sagrado de los zoroastrianos se llama Zend, como derivado de su padre, el Senzar.

En el bien elaborado ritual de la antigua magia ceremonial, los encantamientos usados se hacían siempre en esta misteriosa lengua Senzar, que en nuestros días sólo es inteligible para los Iniciados, los cuales en todos los países y en todos los tiempos de esta raza, tanto en Caldea, como en Egipto o en la India, no han usado otra para los fines esotéricos.

Sería cosa imperdonable ante la opinión científica, el creer en la eficacia de los hechizos y encantamientos, pero la verdad nos obliga a hacer notar que para el místico debidamente preparado pueden ser medios de controlar algunas de las más sutiles fuerzas de la Naturaleza. Sin duda sería erróneo suponer que, si las palabras de un encantamiento fuesen conocidas por una persona corriente, esta sería capaz de emplearlas para algún fin, bueno o malo, puesto que su potencia depende más de su pronunciación y entonación rítmicas, que de las propias palabras. Todos sabemos que unas mismas palabras producen efectos diversos en el oyente según el tono en que se expresan. No es posible dar una idea exacta del fundamento *racional* de los encantamientos, por hallarse en un plano de existencia con el cual no estamos ordinariamente familiarizados. Pero alguna luz puede lanzar sobre este asunto el considerar el efecto fisiológico de la sílaba mística *oṃ*. Esta palabra, cuando se pronuncia debidamente, produce cierta regulación del proceso

respiratorio. Ninguna otra sílaba requiere más tiempo ni exige mayor esfuerzo de los órganos vocales que esta, para su pronunciación. La interdependencia entre el estado mental y el de la respiración es fácil de percibir; y no es exagerado el decir que la constante repetición de esta palabra produce el efecto de tranquilizar la mente, y por lo tanto, de restringir la fuerza de las pasiones. En los encantamientos, el sonido se modula de manera que produzca aquel mismo estado corporal que invariablemente acompaña a la generación de una fuerza psíquica o espiritual deseada. Una sola palabra mal pronunciada, o un solo acento mal colocado, destruirán todo el efecto, o probablemente producirán efectos opuestos a los que uno desea. La superstición popular de que el mago torpe es arrebatado por el diablo burlón, tiene su origen en este hecho. Los Vedas contienen muchas invocaciones e himnos que ningún brahmán no iniciado puede recitar, y sólo el Iniciado conoce sus verdaderas propiedades y la manera de utilizarlas. Algunos de los himnos del Ṛg Veda, combinados anagramáticamente, producirán todas las invocaciones secretas que eran usadas para fines mágicos en las ceremonias brahmánicas. En nuestros días, existe un conjunto de escritos sánscritos llamados Mantra Śāstra, o tratados sobre encantaciones; pero estas son invenciones posteriores, que han engañado, y todavía engañan al egoísta aspirante al conocimiento y poder oculto. El Atharva Veda es una colección de todas las principales invocaciones usadas por los brahmanes, pero sólo el iniciado posee la verdadera clave del mismo. Para el lector corriente esta colección no es más que (empleando las mismas palabras de Max Müller) “charlatanería teológica”.

También los magos negros tienen sus peculiares fórmulas de rituales o hechizos. Raro es aquel de sus ritos infernales que no se complete con algún hechizo horrible. Si un mortal corriente tuviese que recitar la serie de sonidos que ellos emplean, experimentaría con seguridad hondos sentimientos de disgusto y horror. El rostro desfigurado del mago negro, mientras repite sus encantamientos, es un espectáculo terrible. La mayor parte

de estas encantaciones terminan con la sílaba *ha*. Esta sílaba, cuando es pronunciada con cierta inflexión especial, afecta siempre de un modo desagradable a las personas sensitivas (no necesariamente nerviosas), porque está relacionada con el aspecto destructor de algunas naturales fuerzas sutiles. El hecho de que la eficacia depende principalmente de la entonación y del acento, ya ha sido mencionado; en realidad no es raro entre los hechiceros el adoptar algunas de las fórmulas de los ritos religiosos verdaderos, y por medio de un cambio de acento transformarlos para sus propios fines. Se cree generalmente que cuando una palabra mágica se pronuncia al revés, su efecto se invierte; pero la verdad es, sin embargo, que el efecto es debido no tanto a la disposición de las palabras, como a los sonidos producidos, y sus concomitantes perturbaciones psíquicas. Pongamos un ejemplo. En todas las ceremonias brahmánicas, la mística sílaba *oṃ*, que es una combinación fonética de las tres letras *a*, *u*, *m*, desempeña un papel importante, pero en los rituales de los Tantrikas, las sílabas están dispuestas de un modo diferente, produciendo el sonido de *vaṃ*. *Oṃ*, representa el orden de la evolución; *vaṃ*, el de la involución; el primero simboliza la conservación, y es por lo tanto relacionado con Viṣṇu; el segundo, consagrado a Śiva, es el emblema de la destrucción. Es casi supérfluo recordar los efectos que el bajo y monótono canto llano produce, especialmente en los niños y en las personas nerviosas; lo mismo sucede con la música. Hasta los animales y sobre todo las serpientes, son susceptibles a la influencia del sonido. No es nuestro propósito el hacer una exposición acabada de los usos del sonido y del lenguaje en las ceremonias mágicas; bastante se ha dicho para dar una idea de algunas de las aplicaciones olvidadas de la palabra humana. El lenguaje, durante su infancia, dependía casi completamente de la entonación. La separación del lenguaje y de la música pertenece a una época muy posterior, confirmando este aserto el examen de las tribus que han sobrevivido de los atlantes. La lengua china, que, a pesar de sus modificaciones relativamente recientes, no ha perdido su carácter distintivo de dependencia

de la entonación, es un ejemplo bien conocido. Apenas si es necesario mencionar que algunas de las tribus del interior de la China son de puro origen atlante, mientras que las marítimas son híbridas.

La Religión propiamente dicha no existió hasta que el hombre hubo desarrollado el lenguaje. Antes de esto, cuando los pensamientos eran tan transparentes que se reconocían con la misma facilidad con que sentimos las diferencias de temperatura, el hombre vivía en la verdad, encarnada en la divina chispa que forma su verdadero yo. En nuestros días la religión se ha hecho materia de sentimiento; entre las razas primitivas era ciencia; lo era todo, y regulaba todos los asuntos de la vida, así grandes como pequeños. No debemos olvidar, sin embargo, que la religión conocida por el mundo, fue creada para ellos en tiempo muy posterior al que ahora nos ocupa.

Los últimos vestigios de aquella fe universal, pueden todavía descubrirse en la India. La religión del indo es para él tan indispensable como su pan de cada día. Una de las observaciones más profundas que sobre esta rama de la raza aria, residente hoy en la India, ha hecho un extranjero, es la de que el indo, come religiosamente, piensa religiosamente, y muere religiosamente. Una de las causas principales que han producido una tan extendida confusión acerca del pueblo indo es el no haber reconocido la viviente y omniabarcante influencia que la religión ejerce sobre él.

El férreo conservadurismo del pueblo indo ha tenido, a pesar de sus numerosos defectos, el mérito de mantener relativamente puro el primitivo espíritu religioso. Nadie, pues, debe sorprenderse de oír que el conocimiento de la religión de los prearios, debe guiar a todos los otros conocimientos relativos a los mismos.

La religión de este antiguo pueblo era tan sencilla como sus vidas. Llegó un día en que la mente del hombre distorsionó y reelaboró la simple verdad que sus ancestros conocieron y adoraron. Difícilmente puede pintarse un cuadro más tétrico que

el progreso del error, que lentamente cubrió al hombre con sus oscuras alas. Partiendo de la verdad absoluta, la mónada espiritual se hundió más y más profundamente en el cieno de la ilusión; embriagado con el vino del materialismo, el hombre perdió más y más completamente de vista su origen y su destino.

Los inmediatos antecesores espirituales del hombre, los espíritus planetarios, fueron los «Hijos de Dios» que estaban sentados próximos al trono de su padre, de cuyos labios recibían instrucción, y cumplían su sagrada voluntad. Esto es, sin duda, el lenguaje metafórico de un tiempo posterior. Pero contiene más verdad de la que el filósofo materialista, que, poseído de horror nervioso, eleva sus manos al oír tan sólo el nombre del espíritu, querrá admitir, o que el teólogo dogmático, materialista de un orden diferente, nos permitirá ver. La gran corriente de ideación de la mente universal que da por resultado el Cosmos manifestado de belleza y amor, mientras pasa por la etapa de los espíritus planetarios, no se mancilla con el contacto de la llamada materia, la corteza exterior del ser, el borde del manto de la verdad. El transparente conducto a través del cual fluía en estos espíritus la energía vivificante, los hacía conscientes colaboradores de la Naturaleza. Ellos podían siempre remontar la corriente de su vida hasta su punto de origen, el gran pilar de la verdad. Para ellos el oráculo no había pronunciado aún el "Conócete a tí mismo"; el propio conocimiento era una parte de su ser, tan natural para ellos, como dormir lo es para nosotros. Ellos conocían indudablemente la verdad, mas, con todo, no contemplaban su esplendor en toda su desnudez. El gran Padre (el Puruṣa de los brahmanes) aún para ellos estaba oculto en las entrañas de la Eterna Virgen (Mūlaprakṛti).

Esto se halla hermosamente simbolizado en uno de los antiguos libros brahmánicos. El pasaje en cuestión es bastante largo, pero por su importancia, merece que lo reproduzcamos aquí:

2.— Brahman se les apareció. Pero ellos no le conocieron, y dijeron: "¿Qué duendecillo es éste?"

3.— Dijeron ellos a Agni (el fuego): “Oh, Gataveda, averigua qué duendecillo es éste”. “Sí”, dijo él.

4.— Corrió hacia este, y Brahman le dijo: “¿Quién eres tú?” Y él contestó: “Yo soy Agni, yo soy Gataveda”.

5.— Brahman dijo: “¿Qué poder hay en ti?” Agni replicó: “Yo puedo quemar todo cuanto existe en la Tierra”.

6.— Brahman puso una paja delante de él, diciendo: “Quémala”. Él fue hacia la paja con todo su poder, mas, no la pudo quemar. Entonces el retornó de allí, y dijo: “No he podido averiguar qué duendecillo es éste”.

7.— Entonces dijeron ellos a Vāyu (el aire): “Oh Vāyu, averigua qué duendecillo es éste”. “Sí”, dijo él.

8.— Corrió hacia este, y Brahman le dijo: “¿Quién eres tú?” Y él contestó: “Yo soy Vāyu, yo soy Mātariśvan”.

9.— Brahman dijo: “¿Qué poder hay en tí?” Vāyu replicó: “Yo puedo levantar todo cuanto existe en la Tierra”.

10.— Brahman puso una paja delante de él, diciendo: “Levántala”. Él fue hacia la paja con todo su poder, más no la pudo levantar. Entonces él retornó de allí, y dijo: “No he podido averiguar qué duendecillo es éste”.

11.— Entonces dijeron ellos a Indra: “Oh, Maghavan, averigua qué duendecillo es este”. Indra se dirigió hacia el espíritu, pero este desapareció de su presencia.

12.— Entonces, sin perder un momento, se fue hacia una mujer, ricamente adornada. Era Umā, hija de Himavat. Él dijo a ella: “¿Quién es este duendecillo?”

13.— Ella contestó: “Es Brahman”. (Max Müller: *Libros Sagrados del Oriente*; tomo 1, páginas 150 y 151)

Este pasaje, dicho sea en confianza, ningún orientalista europeo lo ha entendido. Max Müller se ha metido aquí en un intrincado laberinto de confusión. Habiendo fracasado en su empeño de abrir el cofre, se queda satisfecho con el tintineo de los tesoros que contiene.

Los diversos órdenes de espíritus planetarios (los Dhyān Chohans de los ocultistas tibetanos) se hallan aquí representados por Agni, Vāyu e Indra, el más eminente de todos. No es dado a manos profanas descorrer el velo de los misterios de la existencia planetaria tan vagamente delineados bajo estos místicos nombres. Bastará para nuestro propósito decir, que el citado pasaje hace referencia al caudal de verdad abierto a los ojos de los espíritus planetarios. Los inferiores son conscientes de la presencia de Brahman, el Principio Universal, la Verdad Una, pero no pueden conocer su naturaleza.

Indra, el más grande de todos ellos, le percibe a distancia, pero halla su lugar ocupado por Umā Haimavatī. Esto es profundamente sugestivo. ¿Quién es Haimavatī? Acerca de ella, Max Müller hace una audaz afirmación. Según se deduce del anterior extracto, traduce dicho autor aquella expresión por "Umā, hija de Himavat", y nos indica en una nota al pie qué "Umā puede aquí tomarse por la esposa de Śiva, hija de Himavat, conocida más bien por su primitivo nombre de Pārvatī, la hija de las montañas". La relación especial que existe entre la esposa de Śiva y el Principio Supremo, Brahman, en vano intentará descubrir la mente profana.

Todos los brahmanes iniciados, saben, sin embargo, que Umā, la hija de la montaña, pertenece a una época posterior, y nada tiene que ver con la presente Umā, llamada "Haimavatī", palabra que no significa en este caso, la hija de la montaña Himavat. "Umā", como es bien sabido, significa: "¡Oh, no lo hagas!" y Haimavatī es la "dorada". Umā es la Mūlaprakṛti, la gran raíz de todo, el verdadero aspecto de Brahman, y la *última tule* del verdadero conocimiento, aun entre los mismos Planetarios, los dioses a los cuales ella indica, la eterna Vida Una latente en ella e incomprensible para ellos en su propia naturaleza. Ella es la "dorada", porque el oro es el símbolo invariable de la sabiduría divina entre todos los místicos, incluso los alquimistas de Europa, y ella es el objeto más sublime de la sabiduría de los dioses más encumbrados. Para conocer la conciencia absoluta, Brahman, en todos sus aspectos,

el conocedor debe convertirse en el objeto de su conocimiento y cesar de tener existencia alguna en el mundo de los fenómenos.

Los arios fueron los primeros herederos de este divino conocimiento, y, aunque más y más obscurecido por las huellas del tiempo, dejadas a su paso por el arco descendente del ciclo, ellos la han transmitido a sus representantes de nuestro tiempo.

La religión de los primeros arios era muy simple, hemos dicho. Y era simple porque era verdadera, y la Verdad es siempre simple. Los primeros arios, al revés de sus progenitores planetarios, tuvieron que afrontar el gran problema de "Conócete a Ti mismo", mas, lo resolvieron satisfactoriamente. Ellos supieron que el Gran Manifestado no es más que la representación del Gran Inmanifestado. "Verdaderamente todo aquello que es, es Brahman", como el antiguo brahmán diría. La evolución que el hombre ha experimentado desde el tiempo del que estamos hablando, hace esta sentencia no muy fácilmente inteligible. No se debe suponer que el objeto que tenemos delante, como tal, sea Brahman, sino que aunque cambie incesantemente de forma, es Brahman, si se considera aparte de los cambios a que está sujeto, siendo la aptitud para el cambio una propiedad inherente de la substancia en sí misma. Esto es lo que ellos sabían acerca de la llamada Naturaleza exterior. Sería salirnos enteramente de los límites de este libro el extendernos sobre el concepto que tan vagamente acabamos de delinear. Los que sienten interés por ello deben acudir a las enseñanzas de Vyāsa y Śaṅkara o Buddha, en la forma expuesta por sus representantes, los Mahātmas de Oriente.

Mirando dentro de sí mismos, los antiguos hallaron un algo —el Ser [*Self*] o Ātman— que hace posible toda existencia de los objetos. Este Ātman, supieron después que era Brahman, el Yo [*Self*] universal. Si se consideran aparte de los cambios fenomenales, el sujeto y el objeto se funden el uno en el otro y descansan en la base permanente de toda existencia, Parabrahman. Estos eran los rasgos generales del conocimiento religioso que poseían los arios primitivos. Luego veremos que influencia tuvo tal conocimiento en su conducta práctica. El

examen minucioso del siguiente pasaje del Īśa Upaniṣad derramará un torrente de luz sobre esta cuestión: “Cuando hayas renunciado a todo esto, entonces podrás gozar. No codicies la riqueza de ningún hombre”. Esta traducción de Max Müller, nos da una fiel descripción de lo que era natural a los arios primitivos. El ascetismo por sí mismo, es peor que inútil, y nunca fué conocido por el pueblo primitivo: la insaciabilidad del placer es malo y dañoso, y aquella gente nunca estuvo sujeta a ella. La hermosura y la grandeza de la vida primitiva descansaba en su armonía con la Naturaleza: el placer estaba libre de deseo; el conflicto era desconocido.

A medida que el velo del materialismo se hacía más denso alrededor del hombre, este iba dejando de adorar lo que había de divino en su propia naturaleza, y acabó por dar culto a objetos exteriores que representaban y degradaban sus antiguos ideales. Cuando la obscuridad empezó a hacerse perceptible para el hombre, este sintió aversión hacia ella. Así es que lo primero que adoró en lugar de la Causa Universal, fue al Sol, que vencía a la Oscuridad, y con dicho astro vinieron Uṣā o Eos, la Aurora, la dorada hora del día en que toda la Naturaleza era animada por los rayos vivificantes del renaciente Sol. También el crepúsculo era para el hombre el tiempo de adoración y de paz, compartido por toda la naturaleza animada e inanimada. El pueblo primitivo estaba en comunicación con el sol y con el firmamento, y tenía realmente una profunda percepción de la Naturaleza en todas sus formas; para ellos los grandes árboles y las altas montañas eran como dioses. La adoración del Dios-Sol y el odio al demonio de la Oscuridad, y en general el culto de los fenómenos naturales, produjeron ilusiones mentales, que, acariciadas durante largos períodos de tiempo, se convirtieron en realidades objetivas para los pueblos de edades posteriores, entre los cuales, en vez de simples ideas desordenadas, encontramos los groseros objetos materiales que primitivamente representaban aquellas ideas. La desmoralización causada por esta idolatría degradante ha sido ya expuesta en uno de los capítulos precedentes.

CAPÍTULO NOVENO

EL HOMBRE Y LOS OTROS ÓRDENES DE EXISTENCIA

En distintas ocasiones hemos tenido que hacer mención a los espíritus planetarios, los primitivos instructores y en cierto sentido, los progenitores del hombre. De todos los estados superiores de existencia espiritual, el de los espíritus planetarios es el más próximo al hombre. El más alto de estos estados es el que en el lenguaje de algunos místicos de la India se llama Ādi Buddha; es la realidad absoluta que subyace en toda existencia, considerada como la suma total de toda la energía y sabiduría espirituales en el universo. Es sinónimo del Prakṛti vedantino o del Mūlaprakṛti de los Sāṃkhyas. Viene luego en el orden de la evolución el estado de los Dhyāni Buddhas, del cual se desarrollan los Bodhisattvas celestiales. El último de estos estados es el de los espíritus planetarios, llamados Dhyān Chohanes por los buddhistas tibetanos. Es un error muy común el suponer que estos diferentes estados son diferentes seres, siendo así que cada estado contiene en sí innumerables seres individuales. Del mismo modo que el cerebro es el centro de donde irradian innumerables facultades, físicas, intelectuales y estéticas, asi también los diferentes individuos que producen sus efectos especiales en el universo, forman en su totalidad dichos estados. No cabe dentro del plan de esta obra ni siquiera delinear los misterios de las existencias espirituales superiores; para nuestro objeto bastará exponer aquí a grandes rasgos el estado Dhyān Chohánico.

Los Dhyān Chohanes son los espíritus guardianes de los diversos planetas, y en cierto sentido sus arquitectos. Estrictamente hablando, no son *creadores*, por más que frecuentemente se les tome por tales; ellos no llevan mundos a la existencia

sacándolos de la nada, pero modelan los mundos nacientes en conformidad con las leyes inmutables de la evolución; en otras palabras, una parte de la ley Cósmica obra por medio de la actividad consciente de estos seres sublimes, de los cuales hay dos clases distintas, los Dhyān Chohanes ascendentes y los descendentes. Hay que recordar aquí que el curso de la naturaleza procede por períodos alternativos de reposo y de actividad, comúnmente conocidos con el nombre de días y noches cósmicos. La cadena de estas alternaciones es interminable, pues no hay principio posible en la eternidad. Esta analogía se extiende por todo el plan de la Naturaleza, y aparece hasta en nuestro trabajo diurno y descanso nocturno. Es claro que en todos los puntos del período de actividad Cósmica debe haber seres humanos que, habiendo evolucionado hasta traspasar los límites superiores de perfección compatibles con una condición determinada de vida, por ejemplo, la nuestra, han de pasar al estado Dhyān Chohánico. Estos son los Dhyān Chohanes ascendentes; hay otros que, salidos del seno infinito de la Prakṛti, se encaminan hacia los límites extremos de la existencia, y son llamados por lo tanto Dhyān Chohanes descendentes. Los de la primera clase es evidente que han sido hombres, o mejor dicho, sus seres correspondientes en un período anterior de actividad Cósmica; los segundos, serán hombres o seres análogos a ellos. En los dominios de la eterna ley no hay injusticia posible; cada unidad de existencia debe pasar por la misma rueda de seres. Las modernas enseñanzas teosóficas han sido acusadas de Nihilismo. Cuando el Universo llega a su fin, todo se sume en *Nirvāṇa*; de esto deducen algunos que no existe la inmortalidad individual, pero el más ligero examen de la doctrina de los Dhyān Chohanes demostrará lo infundado de esta deducción. Si todos los seres humanos fuesen aniquilados como individuos, sería imposible la existencia de los Dhyān Chohanes ascendentes, o sea las entidades avanzadas de los grandes ciclos anteriores.

Durante el primer ciclo de la existencia de nuestro sistema planetario, un Dhyān Chohan tiene que ponerse en relación

directa con el planeta en el cual la ola evolutiva está en vías de detenerse, y por este medio dar el impulso necesario al desarrollo de los seres humanos. Los Dhyān Chohanes se hallan mencionados en los escritos sagrados de la India, bajo diversos nombres. Cuando se encarna en la Tierra del modo anteriormente mencionado, el Dhyān Chohan es conocido con el nombre de Manu Svayambhuva (existente por sí mismo). Engendra espiritualmente siete hijos, que son denominados los siete Ṛṣis, de los cuales se dice que son sus *manasaputras*, los hijos de la mente, o el quinto principio del planeta en que aparecieron. Todos los Adeptos son los descendientes espirituales directos de estos siete sabios primitivos.

Sobre este punto dice nuestro Maestro: “Al principio de cada Ronda, cuando la humanidad reaparece bajo condiciones completamente distintas de las que concurren en el nacimiento de cada nueva raza y sus subrazas, tiene que asociarse un “planetario” con aquellos hombres primitivos para refrescar su memoria y revelarles las verdades que conocieron durante la Ronda anterior. De ahí las confusas tradiciones sobre Jehovah, Armazes, Osiris y Brahmā. Mas, esto sólo acontece en beneficio de la primera raza. Esta tiene la obligación de escoger entre sus hijos, los receptores aptos, que son “puestos aparte” (usando una frase bíblica) como una vasija para recibir todo el caudal de sabiduría que se ha de distribuir entre las razas y generaciones futuras hasta el fin de aquella Ronda”. *Todo cuanto se ha dicho referente a las Rondas, es aplicable en menor escala a los Anillos*.

Estos siete Rishis son los primeros Adeptos de este planeta y el prototipo de todos los sucesivos, representando cada uno de ellos una de las siete clases de Adeptado que existen siempre en la Tierra. Cada uno de estos tipos de Adeptos corresponde a uno de estos primitivos Ṛṣis, y también a uno de los siete misteriosos Ṛṣis celestiales, “los siete espíritus de Dios” del cabalista. Cuando la jerarquía de los Adeptos está sólidamente establecida, el planetario sale de esta esfera, pero continúa cobijando al más eminente de los Adeptos, su escogido sucesor,

hasta que la humanidad pasa a la esfera próxima, en donde el sabio elegido guía la raza naciente, y la educa a su vez como un planetario. Durante el presente Anillo la individualidad elegida ha aparecido varias veces entre los hombres, y ha fundado las principales religiones del mundo. Fue Gautama Buddha, en un sentido, pero no en otros. Esto es, sin embargo, un misterio que no nos es permitido revelar.

Según las enseñanzas alegóricas de los Brahmanes, estos siete Ṛṣis fueron los progenitores de la raza humana por intermedio de los siete Pitṛs (literalmente, ancestros). Estos representan las siete razas a las cuales es comunicada la verdad esotérica por los Adeptos, los ancestros espirituales de la raza.

Añade el Maestro: “Cada raza ha tenido sus Adeptos; como los tendrá tambien cada nueva raza, pues estamos autorizados para comunicar a los hombres de aquella raza todos nuestros conocimientos de los que sean merecedores. La última de estas razas tendrá su Buddha, como lo tuvo cada una de las precedentes; pero sus Adeptos serán más grandes que cualquiera de los de la raza actual, pues entre ellos habitará el Futuro Planetario, el Dhyān Chohan encargado de instruir o refrescar la memoria de la primera raza de hombres de la quinta Ronda, después de la futura obscuración de este planeta, o ciclo de reposo”.

Los Adeptos superiores de hoy día, pueden comunicarse conscientemente con los Dhyān Chohanes de diversos grados, y de este modo, adquirir conocimientos acerca de aquellos misterios de la Naturaleza que se hallan fuera del alcance de su conocimiento inmediato. Los Ādityas, o hijos de Aditi, la Inconmensurable (la Infinita Prakṛti, o Naturaleza), son los Dhyān Chohanes, considerados como la primitiva progenie de la evolución Cósmica. Los Ādityas, según las Escrituras indas, son doce en número, y significan en realidad los doce grados de Dhyān Chohanes. Los escritores indos, lo mismo que los budhistas, los denominan también Dikpālas, o protectores de las diversas direcciones de los cielos. Los Dhyān Chohanes presiden la destrucción de los planetas, así como asisten a su

nacimiento. Con motivo de esta función son llamados los doce Rudras. Esta palabra, aunque Max Müller la traduce por "los aulladores" significa en realidad "que abrasa con ira". Lo apropiado de este epíteto se verá con solo recordar que, según la enseñanza de los Adeptos, nuestra Tierra será destruida cuando se lancen sobre ella los rayos del sol en todo su esplendor, a consecuencia de la desaparición de la cromósfera protectora. Se dice alegóricamente que cuando a nuestra Tierra le llegue su hora, doce soles brillaran en los cielos.

Además de estos elevados órdenes de seres espirituales, sobrehumanos, varios otros existen en la Naturaleza. "Hay razas" —dice Bulwer Lytton— "en el inmenso espacio, invisibles, como microbios en el mundo de una gota". Para las colonias de la gota, la Ciencia tiene su microscopio. Las huestes de aquel Infinito cielo azul, la magia consigue verlas, y por su medio adquiere dominio sobre los fluidos conductores que unen todas las partes de la creación. De estas razas, unas son del todo indiferentes para el hombre, otras le son favorables, y otras terriblemente hostiles. En toda condición normal y regular del ser mortal, este reino mágico parece tan solitario y deshabitado como el espacio vacío".

Para la generalidad de los hombres, los habitantes del "espacio invisible" permanecen desconocidos hasta que la muerte se los presenta. Hasta que este cambio en su constitución abre las puertas de su espíritu, poca o ninguna idea tiene de su existencia. Pero esta regla general tiene algunas excepciones. Existen hombres y mujeres especialmente constituidos, ante cuya vista se abren las puertas de las regiones desconocidas, y que conscientemente sienten la influencia de sus vecinos etéreos. Estos son los médiums, videntes y clarividentes de que oímos hablar. Hemos omitido intencionalmente a aquellos místicos cuyos poderes espirituales despiertos les conducen por las misteriosas esferas de la Naturaleza. Las influencias que reciben estas diversas clases de personas, no son siempre de la misma índole. Para ciertos individuos son neutras, y para otros están impregnadas con el mal más grande. El

miserable destino de cierto número de hombres y mujeres infelices que sucumben a estas influencias invisibles, y son precipitados al nivel moral más abyecto, con la ruina de la salud física, es un hecho que se hallará registrado en los anales del Espiritismo occidental. En vista de la poderosa influencia que el espiritismo —más o menos conocido en todas las edades— ha llegado a alcanzar sobre el pensamiento moderno, y atendiendo a las lamentables consecuencias producidas por las comunicaciones con los llamados visitantes de otra esfera, entraremos en una más detallada exposición de la naturaleza de los elementales y elementarios, que, en la inmensa mayoría de los casos de manifestaciones de espíritus, se comunican a través de los médiums. Comunmente se supone que las inteligencias que dirigen a los médiums, son los verdaderos egos de seres humanos, que sobreviven a la muerte, y pasan a la otra orilla.

Mas ¿qué es la muerte? ¿Y qué es lo que la doctrina esotérica enseña respecto a ella y al destino del hombre después de haber experimentado aquel cambio?

Hemos visto ya que la muerte fue traída a esta tierra por la creciente materialidad del hombre, y su consiguiente violación de las leyes de la vida espiritual. A consecuencia del aumento de la sensualidad, la muerte cesó de ser una transición sin dolor, de un estado a otro, y se convirtió en el Rey de los Terrores. También hay que repetir que al principio, la muerte no generaba elementarios, puesto que la condición del hombre era tal, que los deseos materiales tenían escasa preponderancia sobre él. Cuando las más groseras inclinaciones de su naturaleza predominaron sobre las más elevadas, hasta el punto de experimentar el hombre las "concupiscencias de la vida", fue construida la cárcel del "mundo de los deseos", y en ella hubieron de consumirse gran parte del cúmulo de fuerzas psíquicas, que se concentraron en la personalidad durante la vida. Estos elementarios, o pretendidos espíritus, así traídos a la existencia, se vieron forzados por sus tendencias terrenales a comunicarse con el organismo físico de personas vivientes, con los cuales estaban *en rapport* por efecto de cierta simpatía.

Vamos a citar las propias palabras del Maestro, acerca de este punto:

"Este *rapport*", dice, "es simplemente una identidad de vibración entre la parte astral del médium encarnado y la parte astral de la personalidad desencarnada… Así como en la música dos sonidos diferentes, separadamente distinguibles, dependen, en cuanto a su armonía o disonancia, de vibraciones sincrónicas y períodos complementarios; así también existe *rapport* entre el médium y lo que lo controla, cuando sus moléculas astrales se mueven en concordancia. Y la cuestión de si la comunicación reflejará más de una de las personalidades que de la otra, está determinada por la relativa intensidad de los órdenes de vibraciones de ambos en la ola combinada del Ākāśa. Cuanto menos idénticos sean los impulsos vibratorios, tanto más mediúmnico y menos espiritual será el mensaje".

Se ha visto más arriba qué las inclinaciones y aspiraciones de un individuo gobiernan su vida después de la muerte. Según los filósofos orientales, los pensamientos del moribundo son los agentes más poderosos para moldear el porvenir del individuo; en realidad, la muerte en sí misma, es una representación en miniatura de todos sus actos y pensamientos durante la vida.

Kṛṣṇa, que simboliza el espíritu divino en el hombre, dice, que aquel que sale de esta vida meditando en él, le alcanza; mas, a fin de poder mantener el pensamiento fijo en él en la hora de la muerte, hay que ejercitarlo sin cesar y reprimir las distracciones de los sentidos. O como dice nuestro Maestro:

"Tales pensamientos son *involuntarios*, y no tenemos más dominio sobre ellos que el que poseemos sobre la retina del ojo para evitar que perciba el color que más la impresiona. En el último instante, la vida entera se refleja en nuestra memoria, y de todos los rincones olvidados surgen cuadro tras cuadro y acontecimiento tras otro. El cerebro moribundo, deja libre la memoria con un fuerte y supremo impulso, y la memoria restablece fielmente cada una de las impresiones que le habían sido confiadas durante el período de la acividad cerebral.

Aquellas impresiones y aquellos pensamientos que eran los más fuertes, entonces resultan naturalmente los más vívidos, y sobreviven, por decirlo así, a todos los demás, que en quel momento se desvanecen y desaparecen para siempre, para no reaparecer hasta en Dewachén. Ningún hombre muere falto de razón o inconsciente, como algunos fisiólogos pretenden. Hasta los locos o las víctimas de un ataque de *delirium tremens* tienen su instante de perfecta lucidez, en el trance de la muerte, por más que les sea imposible comunicarlo a las personas que se hallan presentes. El hombre puede muchas veces parecer muerto, y sin embargo, desde su última pulsación, desde el último latido de su corazón, hasta el momento en que la última chispa de calor animal abandona su cuerpo, *el cerebro piensa*, y el ego vive en estos breves segundos, su vida total".

"Hablad quedo, los que estáis frente al lecho de un moribundo, y os halláis en la solemne presencia de la muerte; y especialmente debéis permanecer tranquilos en el momento mismo en que la muerte acaba de poner su viscosa mano sobre el cuerpo. Hablad quedo, repito, no sea que perturbéis la tranquila ondulación del pensamiento, e interrumpáis la activa tarea del pasado, al echar su reflejo sobre el velo del porvenir".

El golpe final es repentino; la consciencia abandona al cuerpo tan instantáneamente como la llama al pabilo. Esta inconsciencia de la muerte dura por algún tiempo, y el ego se encamina al Dewachén, dejando atrás su cascarón en el Kāma Loka. Del mismo modo que el cuerpo físico del hombre tarda algún tiempo en desintegrarse después que la vida se ha retirado de él, así también la contraparte astral de los pensamientos y deseos materiales se dejan en Kāma Loka para que allí se disipen después de pasar el ego a Dewachén. ¿Percibe la entidad moribunda el desvanecimiento de su consciencia superior?

El Maestro replica:

"No, no es consciente de esta pérdida de cohesión. Sólo tiene una vaga consciencia de su muerte física después de un largo

espacio de tiempo. Las pocas excepciones de esta regla (como en los casos de hechiceros medianamente exitosos y de individuos muy perversos ligados apasionadamente a sí mismos) ofrecen un verdadero peligro para los vivos. Estos cascarones sumamente materiales, cuyo último pensamiento al morir fué yo, yo y yo, y vivir, vivir y vivir, muchas veces sentirán instintivamente tal pérdida. Lo mismo pasa con los suicidas, aunque no todos. Lo que entonces sucede es terrible, puesto que resulta un caso de licantropía *post mortem*. El cascarón se aferra tan tenazmente a su aparente vida que buscará refugio en un nuevo organismo, en cualquier animal, un perro, una hiena, un pájaro, cuando ningún organismo humano se halle a mano".

Para comprender claramente la cuestión de los elementarios hay que tener algún conocimiento de la naturaleza de la vida y de la muerte. El hombre oscila como un péndulo entre el estado subjetivo y el objetivo; si el movimiento oscilatorio va hacia delante, esta oscilación termina en la vida física, y si va hacia atrás, en Dewachén. Cuando el impulso hacia fuera se agota, sobreviene la muerte, y el ego vuelve gradualmente al estado subjetivo, a fin de prepararse para el próximo descenso a la vida objetiva. La etapa intermedia entre el Dewachén y la vida terrestre es el Kāma Loka, el cual, —apenas es necesario señalar— no es una localidad.

Cuando el ego o la unidad de consciencia se retira de su plano más exterior, tiene lugar el fenómeno llamado muerte. La muerte es el punto que separa una dirección de otra, y es por lo tanto su estado de relativo descanso e inconsciencia. Las funciones de la unidad consciente en el plano más exterior, que constituye el cuerpo físico, entran lentamente en un estado de reposo; o, en otras palabras, el cuerpo se desintegra a medida que el ego marcha hacia atrás.

La disolución final del cuerpo indica que la consciencia se retira completamente del plano de la existencia física. Hasta entonces existe siempre alguna conexión entre el cuerpo y la

entidad que pasa a la otra orilla. Se tiene noticia de algunos casos de personas que han muerto violentamente, que al manifestarse por la intervención de un médium, han revelado consciencia de dolor al practicárseles la autopsia.

El plano astral de consciencia por donde pasa el ego en su camino hacia Dewachén es el Kāma Loka. Cuando el ego ha cesado de ejercer sus funciones físicas, empieza a poner en juego las que constituyen su vida en Kāma Loka. Es evidente que este transporte de la consciencia es el retroceso del péndulo. Faltando la fuerza expansiva propia del plano físico, la entidad que está en Kāma Loka no puede adquirir ya por sí misma ningún otro conocimiento del plano físico. El más grande de los científicos no podrá hacer ninguna nueva observación en Kāma Loka ni aún en aquellos asuntos que absorbían su atención en la Tierra.

El plano de Kāma Loka está formado por la contraparte astral de la existencia física. Cuando la entidad se halla propiamente establecida en Dewachén, se verifica un proceso análogo al de la muerte, y las funciones astrales son abandonadas para desaparecer en el Kāma Loka, del mismo modo que el cuerpo físico se desintegró en la Tierra. Estos cadáveres astrales son verdaderos cascarones. La analogía que acabamos de indicar puede continuarse sucesivamente.

Antes de abandonar este tema, debemos llamar la atención sobre la naturaleza moral de las comunicaciones con los difuntos, que suelen tener lugar en la *séance* espiritista, así como las que son practicadas por los hechiceros. Desde tiempo inmemorial, tales comunicaciones han sido prohibidas por impías. Ha sido preciso llegar a nuestros días, en que la ciencia espiritual ha llegado a su nivel más bajo, para ver tan extensamente practicadas las comunicaciones con elementarios. Jamás se insistirá lo bastante sobre el hecho de la perversión moral de los médiums, pero el verdadero perjuicio que resulta en la mayor parte de los casos, escapa a nuestra observación. La absoluta necesidad para todos los aspirantes a la vida espiritual

de ejercitar con firme resolución su voluntad, es universalmente admitida. La persona que no se ha separado mucho del nivel general dominante a su alrededor, puede recorrer todo el curso de su vida sin ser observado ni perturbado. La lucha incesante ha sido siempre el destino de los que son eminentemente buenos. Sólo los individuos más fuertes pueden pasar por las pruebas y penalidades de que está sembrado el camino de aquellos que están resueltos a ser espirituales, mientras que los débiles siempre sucumben con vanos gemidos y lamentos. Teniendo esto en consideración, no es difícil comprender cuán graves males causa al médium la subyugación de su voluntad por influencias extrañas. Ningún hombre es superfluo en la Naturaleza, pues de otro modo, el universo no tendría razón de ser. Cada hombre tiene su propio destino que cumplir; la renuncia de la voluntad es por tanto equivalente a la renuncia del deber. De esto resulta claramente, que la mediumnidad perjudica moralmente al hombre, en mayor o menor grado, según su constitución; y en cuanto a las entidades con las cuales se conunica, el daño que sufren a causa de la comunicación con los mediums, es mucho más grave. El elementario, según hemos visto, está en una situación semejante a la de un hombre que desea dormir y pasar a otro plano diferente de consciencia. Cuantos mayores hayan sido sus afanes mentales durante el día, tanto más tiempo necesita para conciliar el sueño; del mismo modo, cuanto más terrenal haya sido la vida, tanto más tiempo permanecerá en el Kāma Loka. Es más cruel perturbar un alma humana en su estado de transición a la vida superior, que ultrajar a un moribundo. Los que consideren atentamente tan sólo las pocas objeciones que acabamos de hacer, comprenderán por qué todos los hombres dotados de mentalidad espiritual están de acuerdo en combatir tan impías comunicaciones.

Hemos dicho que el ego, después de su permanencia en el Kāma Loka, pasa al estado llamado Dewachén, o bien al llamado Avīci, dos puntos de la doctrina esotérica que han sido burdamente materializados por los teólogos dogmáticos, con los nombres de cielo e infierno. Para tener una idea bastante exacta

de dichos estados, es necesario comprender la Ley de Karma. Es comúnmente sabido que en los sistemas orientales de filosofía religiosa, está excluida la redención por mediación ajena. Cada acto, cada pensamiento, lleva consigo su propia recompensa o su propio castigo. Las causas puestas en actividad por los actos, pensamientos o palabras de un individuo, producirán sus efectos, dolorosos o agradables para él, de un modo absolutamente independiente de toda intervención extraña. No existe en el universo poder alguno capaz de quitar ni de añadir nada del sufrimiento o del gozo de un individuo, excepto el individuo mismo. La Ley del Karma es la aplicación rigurosa de la causación a la conducta personal. El Karma está compuesto de todos los actos, pensamientos y palabras que son resultado de móviles de interés personal; cuando tienen por causa un móvil puramente desinteresado, no influyen en la vida del individuo, puesto que dicha vida, en virtud de la destrucción del egoísmo, queda libre de limitaciones y se abisma más y más en la vida incondicionada, que es la misma felicidad. La ausencia de limitación o de oposición, es siempre causa de felicidad. El Karma, por bueno que sea, sólo puede producir goces limitados y temporales. La ausencia de Karma, o sea la eliminación del sentido de personalidad de la vida de un individuo, es el único camino hacia aquella bienaventuranza que es permanente. Esta divina bienaventuranza huye de aquellos que la persiguen, pero viene sin pedirla a aquél que se sacrifica en aras del deber.

Como consecuencia necesaria de la división septenaria del hombre, es evidente que podemos engendrar fuerzas en los diferentes planos de existencia. El estudio de la acción de Karma sobre todos estos diversos planos, es demasiado complicado para tratarlo en este lugar, y en beneficio de la claridad nos limitamos a adoptar la división trina. Bajo este punto de vista, el Karma de un individuo puede dividirse en tres clases: físico, psíquico y espiritual.

El Karma físico será el propio acto; el Karma psíquico, la intención o la contraparte mental correspondiente a dicho acto;

el Karma espiritual guarda relación con la armonía que subyace en toda la Naturaleza. De la ley de la dinámica espiritual, mencionada anteriormente, resulta claro que esta clasificación está hecha en orden ascendente de poder. El valor kármico de un acto es el resultado de estos tres órdenes de fuerzas. Supongamos, por ejemplo, que dos personas realizan actos cuyo efecto físico es producir la ceguera en la próxima encarnación, pero con muy diferentes efectos en los otros dos planos. El resultado de tal combinación, será en un caso, la ceguera, y en el otro cierto desarrollo espiritual que, de otro modo, jamás hubiera tenido lugar. En tanto que el hombre vive, su consciencia se halla limitada al plano más inferior, y por lo tanto, los efectos de su Karma en los planos superiores, permanecen únicamente en estado de germen; mas, cuando depués de la muerte, su consciencia, venciendo la presión de sus tendencias terrenales (representadas por su paso a través de Kāma Loka), asciende al estado más elevado de la existencia psíquica y espiritual, conocido como Dewachén, entonces los gérmenes, paso a paso, comienzan a desarrollarse a sí mismos y mantienen al individuo en aquel estado hasta que el Karma físico, no satisfecho, contrabalancea las fuerzas psíquicas y espirituales, y produce el próximo descenso en la vida objetiva. La acción de esta ley es reconocible dentro de ciertos límites en la producción de lo que Darwin llama la diferenciación de las especies. Un cambio de medio produce la eliminación de órganos inútiles, y el desarrollo de otros nuevos, si el animal llega a sobrevivir a tal cambio de condiciones. En este caso podemos ver cómo un fuerte deseo de vivir bajo un determinado orden de circunstancias, obliga al cuerpo a amoldarse a las mismas. De un modo parecido, el cuerpo que el ego adquiere en su próxima encarnación, está rigurosamente adaptado a los apetitos físicos no satisfechos que el ego ha traído consigo desde su precedente encarnación. Llevado por el impulso de estas inclinaciones, el ego por nacer es atraído por la pareja humana, cuya constitución física es apta para engendrar el cuerpo físico requerido. Aquella parte del Karma humano

que obra por el intermedio de tendencias hereditarias, es lo que comúnmente se llama la ley de herencia genética.

La ley de Karma ha recibido una comprobación reciente por parte de quien no era de esperar. Mr. Galton, el célebre autor del *Hereditary Genius*, ha publicado últimamente otra obra importante, titulada: *Inquiries into Human Faculty and its Development*. Pueden verse allí curiosas estadísticas relativas a la vida e historia de los gemelos. Del examen de un gran número de casos, resulta que hay ejemplos en que las vidas de los gemelos son prácticamente idénticas. Dos gemelos, separados uno de otro por inmensas distancias, son atacados al mismo tiempo por una misma enfermedad cuyo resultado final es idéntico (muerte o restablecimiento). A propósito de esto, Galton hace notar muy justamente: “Nos inclinamos fácilmente a considerar la enfermedad y la muerte como acontecimientos caprichosos, y varias son las personas que los atribuyen al efecto directo de influencias sobrenaturales. Pero el hecho de la constante semejanza en las enfermedades de los gemelos nos demuestra que la enfermedad y la muerte son incidentes necesarios de una sucesión regular de cambios de constitución”. Esto es casi una traducción literal de las palabras del moralista indo al decir: “La enfermedad, el dolor y la mortificación son los frutos naturales que produce el árbol de los propios deméritos del mortal”.

El hecho mencionado es perfectamente explicable por las hipótesis científicas ordinarias. Los gemelos humanos del mismo sexo son diferentes de la numerosa progenie que da a luz una hembra animal en un solo parto. Contrariamente a estos últimos, los primeros nacen de un mismo huevo; y de ahí la identidad que se observa en las vidas de los gemelos. Pero existen casos igualmente numerosos y auténticos, en los cuales los gemelos aunque del mismo sexo, siguen en sus vidas unos caminos completamente distintos. Citaremos un caso notable extraído del gran número de los que menciona Mr. Galton: “Ellos (los gemelos) han tenido *exactamente la misma crianza* desde su nacimiento hasta la fecha; ambos gozan de perfecta

salud y de fuerte constitución; y sin embargo, son tan diferentes el uno del otro, como podrían ser dos niños cualquiera, tanto en su naturaleza física, como en la mental y emocional".

Según es conocido por los hombres de ciencia, las causas que rigen el destino de estas dos clases de gemelos son exactamente las mismas. ¿Cómo, pues, puede explicarse esta diferencia de resultados? Si la herencia fuera el único factor del problema, siendo idénticas la crianza y la educación de los gemelos, estos deberían presentar una perfecta conformidad en todos los actos y acontecimientos de sus vidas; pero los hechos contradicen el resultado esperado. Si se objetara que, a pesar de todas las afirmaciones contrarias, fue defectuosa la observación, dejando de ver las diferencias de crianza en el último caso, no sería difícil demostrar la futilidad de tal objeción. Mr. Galton, acosado por la incontrastable fuerza de la evidencia, se ve obligado a confesar que "no hay manera de escapar a la conclusión de que la Naturaleza prevalece enormemente sobre la Crianza". Recuérdese el caso del cucú que jamás adopta ni una sola de las características de sus padres adoptivos. Es evidente que estas consideraciones justifican, la doctrina de Karma desde el punto de vista científico, al demostrar la operación de algunas fuerzas sobre un individuo, distintas de las que existen en los cuerpos de sus progenitores y obran en su cuerpo potencial. Lo que acabamos de decir corrobora también la doctrina que enseña que la existencia de la entidad humana es independiente de su envoltura física.

Cuando un ego humano se ha despojado de su cuerpo físico por la muerte, y ha purgado sus pensamientos y deseos terrenales en Kāma Loka, la unidad consciente o el yo superior [*self*] pasa a un estado más espiritual llamado Dewachén, y allí despliega todas las fuerzas psíquicas y espirituales que ha engendrado durante su vida en la Tierra. Va progresando en estos planos hasta que las fuerzas físicas latentes empiezan a alegar sus derechos, y entonces da la vuelta en la curva que le ha de llevar a una nueva encarnación. Reflexionando un poco, veremos que cada encarnación debe ser más elevada que la

precedente, y que las fuerzas psíquicas y espirituales engendradas por un individuo producen dos órdenes de efectos, determinando el uno su estancia en Dewachén, y gobernando el otro su próxima encarnación.

La doctrina de la reencarnación es la piedra angular de la filosofía esotérica, lo mismo que de todas las religiones arcaicas. Se funda en el hecho natural de que los efectos deben ser proporcionales a las causas. La energía acumulada durante un período finito de tiempo, jamás puede producir efectos que se prolonguen por un tiempo infinito. La energía del pensamiento representada por las inclinaciones físicas no satisfechas de un ego, siendo indestructible por su misma naturaleza, exige existencia física para consumirse; de ahí la necesidad de las reencarnaciones. Si un ego humano está completamente libre de tendencias a inclinaciones físicas, no tiene la necesidad de nuevos nacimientos y muertes en el plano físico. En el místico lenguaje del Oriente, se dice que este ego a roto la rueda de nacimientos y renacimientos (*Saṃsāra*), y ha alcanzado Nirvāṇa; cuando la humanidad colectivamente se halla perfeccionado, y se hallan realizado todas las posibilidades físicas, nuestra propia Tierra, habiendo completado su carrera, pasará a Nirvāṇa.

El Dewachén es un estado sublime que recompensa nuestros méritos. El Avīci, su antítesis, es el estado en que todas las maldades espirituales y psíquicas reciben su correspondiente castigo. Cada acto o pensamiento de un individuo lleva consigo todas sus consecuencias, las cuales, en realidad, no son más que el desarrollo en el tiempo del propio acto o pensamiento, por más que las limitaciones de nuestro conocimiento nos impidan preverlas a todas. No es necesario ningún agente exterior para premiarnos o castigarnos por nuestras virtudes o pecados; nosotros mismos lo hacemos. Cuando nos proponemos ir de un punto a otro del espacio, no tenemos conscientemente la intención de pasar por todos los puntos intermedios, y sin embargo esta intención se halla envuelta en aquélla.

Los estados espirituales que acabamos de describir han sido llamados los complementos y suplementos de nuestra vida en la tierra. Esto ha producido una idea errónea sobre la realidad de la existencia Dewachénica. Pero una correcta comprensión de lo que es la realidad desvanecerá tales errores. Comparados con la realidad absoluta, todos los fenómenos son irreales; pero cada paso hacia la realidad es considerado más y más real; en este sentido, teniendo el Dewachén menos limitaciones de conocimiento que nuestra vida presente, es más real que esta. Es cierto que la entidad Dewachénica no percibe las cosas de la Tierra, pero todos los hechos físicos que conoció durante la vida, a menos de que sean groseramente materiales, y por lo tanto condenados a la destrucción en Kāma Loka, existen en sus correspondientes contrapartes espirituales en Dewachén. Otra objeción contra la realidad del Dewachén es la ausencia de juicio y la de poder interactuar con otros. Esto es, sin embargo, también infundado, porque el juicio y la interacción con otros no constituyen de ningún modo prueba alguna de la realidad de la existencia. Las correspondencias de estas facultades en Dewachén se hallan determinadas por el carácter alterado de las nociones de tiempo y espacio en aquel estado. Nuestra noción del espacio está determinada por la sensación del esfuerzo muscular, y la del tiempo por el movimiento de los cuerpos; pero en el plano del alma, estas nociones son determinadas por la analogía y el desarrollo de los pensamientos. Las personas que tengan iguales pensamientos se encontrarán en Dewachén próximas unas a otras, y en el espacio de tiempo calculable por cinco o seis oscilaciones de péndulo, un vasto panorama de pensamiento se desarrollará en Dewachén. Las experiencias de los sueños en la vida, sirven para ilustrar este punto, mas la analogía de los sueños, que consideramos irreales por ser menos permanentes que los acontecimientos o vida ordinaria, no debe alegarse para negar la realidad del Dewachén. Otra dificultad acerca de este tema, es si los hombres de este mundo pueden o no comunicarse con las entidades Dewachénicas. A estos contestamos enfáticamente que no, salvo en raras ocasiones. ¿Cómo es posible que aquellos

que no tienen consciencia de la existencia de su propia alma sean impresionados por una entidad que vive enteramente en el plano del alma? Vemos en la vida ordinaria que un gran hombre es apreciado por sus compañeros, específicamente por su vida física y su cuerpo, pero cuando la entidad está en Dewachén carente de estos, la posibilidad de comunicarse es minimizada. No debe deducirse de esto, sin embargo, que la entidad Dewachénica no afecta de algún modo a los hombres de la Tierra; al contrario, estas entidades son para nosotros un manantial perenne de energía espiritual. El desarrollo de los pensamientos de una entidad altamente espiritual en Dewachén, se deja sentir en los principios superiores de los vivientes que son en cierto grado receptivos; pero si estos no son bastante espirituales para ser conscientes de la acción del espíritu, no atribuirán jamás estos pensamientos a la fuente de que proceden. Así es, que un hombre bueno, cuando está en Dewachén, deja de ser *bueno* para convertirse en *bondad*. Debemos aquí advertir que las diversas esferas que hemos descrito no son localidades, sino estados de existencia correspondientes a los diversos principios de la Tierra.

Completamos la explicación de estos estados con las propias palabras de nuestro amado Maestro: “el Arūpa Loka, el Rūpa Loka, y el Kāma Loka son las tres esferas de ascendente espiritualidad, a las cuales son atraídos los varios grupos de entidades subjetivas. En Kāma Loka (la esfera semi-física) habitan los cascarones, las víctimas de accidentes y los suicidas. Esta esfera está dividida en innumerables regiones y subregiones correspondientes a los estados mentales que en la hora de la muerte distinguen a los que llegan a dicha esfera... ¿Quién en Occidente conoce algo del verdadero Quiliocosmos entre las muchas regiones de las cuales sólo tres pueden ser reveladas al público profano? A partir de Kāma Loka existe el gran Quiliocosmos. Una vez despertadas de su sopor *post-mortem*, las “almas” recién trasladadas van (ya desprendidas de sus cascarones), o bien a Dewachén, o bien a Avīci, según sean sus atracciones. Estos dos estados, nuevamente se van

diferenciando *ad infinitum*, y sus grados ascendentes de espiritualidad derivan sus nombres de los lokas (esferas) en que son introducidas aquellas almas. Por ejemplo, las sensaciones, percepciones e ideación de un *Devachanī* que está en el Rūpa Loka serán naturalmente de una índole menos subjetiva de lo que serían en el Arūpa Loka, y en ambas esferas las experiencias Dewachénicas variarán de aspecto ante la *entidad-sujeto*, no sólo en cuanto a la forma, color y substancia, sino también en sus potencialidades formativas. Mas, ni aún la experiencia más sublimada de una mónada en el estado Dewachénico superior, en Arūpa Loka (el último de los siete estados), es comparable a aquella condición perfectamente subjetiva de pura espiritualidad, desde la cual la mónada emerge, para descender en la materia, y a la cual, en la consumación del gran ciclo, debe volver; tampoco el mismo Nirvāṇa es comparable con Parinirvāṇa".

Para resumir: los diferentes órdenes de existencia que nos rodean, son de siete clases, a saber:

(*a*) Rūpa-devas, los espíritus planetarios relacionados con el Rūpa Loka. Estos no son del orden más elevado, pues se hallan todavía bajo el dominio de Rūpa (la forma).

(*b*) Arūpa-devas, planetarios superiores que presiden sobre el Arūpa Loka, y carecen de forma; son seres puramente subjetivos.

(*c*) Piśācas, cascarones abandonados en Kāma Loka después del tránsito del ego a Dewachén.

(*d*) Mara Rūpa, cascarones de individuos dotados de inclinaciones materiales anormales, y cuya vida espiritual y psíquica, siendo una especie de página en blanco, no puede llevarles a Dewachén.

(*e*) Asuras, elementales que tienen forma humana.

(*f*) Bestias, elementales de orden inferior, relacionados con los diversos elementos y animales.

Las últimas dos clases se desarrollaran en futuros hombres.

(*g*) Rakṣasas (demonios), almas o formas astrales de hechiceros, hombres que han alcanzado la cumbre del conocimiento en el arte prohibido. Muertos o vivos, han defraudado, por decirlo así, a la Naturaleza, y desafiarán el orden de la Evolución general hasta que nuestro planeta entre en su obscuración, teniendo entonces que girar en redondo y caer en la corriente principal para empezar de nuevo su carrera de la vida. Los Atlantes son mencionados a menudo con este nombre en las escrituras sánscritas.

La mayor parte de las proezas mágicas exhibidas por los charlatanes de la magia negra, son ejecutadas con el auxilio de elementales, y también, aunque en raros casos, con el de elementarios. Las fuerzas malignas más poderosas de la Naturaleza son únicamente conocidas por los Adeptos regulares de esta ciencia maldita. Algunas personas depravadas obtienen, con el auxilio de la magia negra, esposos y esposas de parte de los seres elementales, los cuales, careciendo de forma definida, facilmente dan vida al ideal que hallan presente en la mente del mago. Los elementarios de suicidas o de víctimas de accidente, pero en especial los que mueren por un rayo, son buscados por los magos negros; la razón de esta preferencia es obvia. La magia negra da también a los que a ella se entregan el poder de obsesionar a hombres y mujeres vivientes. Este arte vil estuvo en su apogeo durante los últimos tiempos de la raza Atlante, cuando la eterna lucha entre los magos negros y los Adeptos de la Buena Ley llegó a su mayor encono.

Al final de un gran ciclo de actividad, los hechiceros y los magos negros, las más poderosas de estas viles hermandades, llegan a lo que se llama Avīci Nirvāṇa. Al principiar el siguiente período de actividad empiezan una vida horrenda, de perversidad espiritual, que sólo terminará en el próximo período de descanso. El nombre de estos seres de miseria y de horror, los malditos, tanto por el hombre como por dios, jamás es pronunciado ni escrito, pero nada tienen estos que ver con los

mortales que atraviesan las siete esferas. Estos son los habitantes de la octava esfera, la cual tiene dieciseis grados. En los catorce primeros de estos la entidad pierde, después de largos períodos de sufrimiento, sus siete sentidos astrales y sus siete sentidos espirituales. Los misterios de los dos últimos grados no son jamás comunicados a los que están fuera del santuario de la iniciación. Puede, sin embargo, decirse que desde el último de ellos, la entidad, habiendo perdido la ruin energía acumulada de su pasado, emerge como una nueva individualidad, para empezar un nuevo curso desde el peldaño inferior de la escala de la vida.

Explicando este tema de la llamada aniquilación personal, dice nuestro Maestro: "En este punto, la gran ley empieza su obra de selección. La materia, que ha quedado divorciada del espíritu, hasta donde esto es posible, es lanzada en los mundos todavía inferiores, en la sexta "gati" o camino de renacimiento en los mundos vegetal y mineral, y también en las formas animales primitivas. Desde aquí la materia, molida y pulverizada en los talleres de la Naturaleza, retrocede sin alma a su fuente madre, mientras que los egos, purificados de su escoria, se hallan en disposición de emprender su progreso una vez más, en la Tierra. Aquí es donde los egos rezagados perecen a millones. Este es el momento solemne de la supervivencia de los más aptos, y de la aniquilación de los ineptos. Es sólo la materia (o el hombre material) lo que es arrastrado por su propio peso a descender hasta el mismo fondo del "círculo de necesidad", para asumir entonces una forma animal… Por supuesto, la mónada jamás perece, suceda lo que suceda".

Para evitar una mala interpretación es necesario hacer observar que lo que el Maestro dice en las líneas precedentes, no autoriza la creencia en un retroceso de las almas. Un espíritu humano jamás habitará en el cuerpo de un animal. En su descenso por el "círculo de necesidad" pierde todo vestigio de humanidad, y entonces la mónada incolora vuelve a ascender de nuevo a través de los diversos grados. Tan absurdo sería acusar

a un hombre de canibalismo por comerse un nabo crecido en un cementerio, como apoyarse en la doctrina esotérica expuesta por el Maestro para justificar la idea vulgar de la transmigración de las almas.

CAPÍTULO DÉCIMO

LA JERARQUÍA OCULTA

El presente libro sería ciertamente un fragmento muy incompleto si no le acompañase una relación más detallada de aquellos hombres de sublime espiritualidad, los Maestros-Adeptos de la Doctrina Esotérica, de los cuales tan a menudo se ha hecho mención en estas páginas. El tema está en orden aquí, no sólo porque los autores están largamente en deuda por las tan imperfectamente presentadas enseñanzas que ellos tienen, sino porque, de todos los hechos relativos a él mismo que el hombre ha olvidado, la naturaleza y existencia de estos seres es el más importante. Hubo un tiempo, antes de que las oscuras sombras del materialismo, eclesiástico y científico, se extendiesen sobre la humanidad, cuando el Adepto dirigía como rey y como sacerdote el progreso de nuestra raza; y aun en los tiempos de desolación por los cuales la humanidad ha venido pasando durante el ciclo de su descenso, la corriente del Adeptado no ha cesado del todo de fluir. Sólo durante los últimos quinientos años han sido los templos completamente abandonados, y la voz del sacerdote ha sido ahogada bajo el peso del egoísmo y del materialismo. El conocimiento espiritual, del cual los Adeptos son los custodios, es el resultado del estudio y de la investigación, realizados y acumulados por generaciones de ellos desde la primera aparición de nuestra raza. Se ha dicho anteriormente, que cuando fue el nacimiento del hombre, vino un Dhyān Chohan a habitar nuestro planeta e instruir a los hijos de la Tierra. Para este mismo fin, es necesario que estos seres espirituales aparezcan en grandes ocasiones, especialmente en los dos extremos de los grandes ciclos. “Pero”, dice nuestro

Maestro, “ellos no permanecen en compañía del hombre más que el tiempo requerido para que las verdades eternas que ellos enseñan, se impriman tan profundamente en las plásticas mentes de las nuevas razas, como para prevenirlos a ellos, para que no sean enteramente perdidas u olvidadas por las futuras generaciones de las sucesivas edades. La misión del espíritu Planetario es dar la *nota tónica* de la Verdad. Una vez que ha dirigido la vibración de esta última, a correr su curso ininterrumpidamente a lo largo de toda la cadena de la raza hasta el final del ciclo, el habitante de la suprema esfera habitada desaparece de la superficie de nuestro planeta hasta la siguiente resurrección de la carne. Las vibraciones de las verdades primitivas son lo que nuestros filósofos llaman ideas innatas”.

Casi todas las religiones principales del mundo han conservado tradiciones que explican cómo el espíritu Planetario apareció a la humanidad y le comunicó verdades eternas por medio de hombres que fueron “elegidos” para este objeto. Los brahmanes pretenden que Brahmā, el gran Creador (no el Principio Supremo), apareció en la Tierra cerca del Lago Mansarovar, en el Tíbet, y reveló los Vedas a los siete Ṛṣis. Esto es una versión exotérica del hecho de que el espíritu Planetario comunicó a la humanidad el conocimiento espiritual y estableció la jerarquía de los Adeptos. La tradición de los zoroastrianos relativa al primer Zoroastro, es también, en efecto, lo mismo. Iguales resultados produciría el examen que pudiera hacerse en las religiones arcaicas, tales como la egipcia, caldea y otras. Según la enseñanza de la Doctrina Esotérica, los Brahmanes, los Magos y todos los demás órdenes sacerdetales, tuvieron un mismo origen. La jerarquía de los Adeptos estuvo constituida durante muchos siglos por hombres profundamente versados en la ciencia física y en la espiritual, y herederos del conocimiento comunicado por el espíritu Planetario. Estos eran todos célibes, y perpetuaban su saber iniciando a neófitos voluntarios. Con el transcurso del tiempo, el número de Adeptos se hizo demasiado grande para que pudiese caber en su

hogar original, y a consecuencia de esto tuvieron ellos que diseminarse por toda la superficie del globo, estableciendo nuevos centros de organización oculta, según el modelo del centro original. El continuo ingreso de miembros de la fraternidad oculta, condujo finalmente a la adopción de reglas más estrictas para la admisión, y a la separación de los miembros menos competentes. En este tiempo fue cuando se hizo la prueba de perpetuar una línea de Adeptos por medio de la herencia. Los jefes de la jerarquía de Adeptos, aconsejaron a los medio-Adeptos, cuyas probabilidades de progreso eran escasas, que volviesen al mudo y se casasen. El experimento resultó en un fracaso, e impuso al mundo una tiranía sacerdotal que todavía subsiste en nuestros días. No debe olvidarse, sin embargo, que si bien el experimento no produjo el resultado esperado, la clase de hombres que produjo ha dado mayor número de Adeptos que ningún otro. La vuelta de los medio-Adeptos al mundo, dio origen a los rituales de magia ceremonial, que existen en todos los sistemas eclesiásticos en una forma más o menos elaborada, y que en muchos casos se han convertido en hechicería y magia negra. La institución del matrimonio sacerdotal, sancionada por las disposiciones religiosas, fue acogida con aplauso por la mayoría de los neófitos que solicitaban ser admitidos en la fraternidad de los Adeptos. Aquellos cuyas aspiraciones espirituales no eran lo bastante elevadas y encontraron satisfacción en el sacerdocio laico, no fueron a buscar conocimiento más lejos. Los Adeptos reales, que el mundo no podía distinguir del cuerpo general de los sacerdotes más que por su celibato, tuvieron que recurrir a los misterios de los templos y a otras instituciones secretas para su propia instrucción y desarrollo y para los de sus discípulos. Ciertas Comunidades místicas aisladas, despreciadas y perseguidas, son los restos de dichas instituciones. No están afiliadas a ninguna logia regular, y muy rara vez se cuenta entre sus miembros algún Adepto verdadero.

La jerarquía de Adeptos fué establecida, según hemos visto, por el Dhyān Chohan, a fin de vigilar y proteger el desarrollo de

la raza. No es muy difícil comprender la esfera ocupada por esta jerarquía en el plan general de la evolución. En todas las edades se ha conocido la Verdad, y aun hoy día se perciben sus ecos de que el Algo Desconocido subyacente en todas las manifestaciones fenomenales cuyo conjunto forman el Cosmos, es la consciencia absoluta. De esta realidad, por un proceso que los idealistas y los místicos de todos los tiempos han considerado como un error o un extravío, ha nacido el Universo. Es más: esta realidad es la única substancia eterna, y como su manifestación implica la necesidad de tiempo, la manifestación, considerada en sí misma, debe tener un fin; el Cosmos tendrá que retirarse en el silencio de la inmanifestación, la cual, como se comprende, no es de ningún modo la aniquilación. Y, puesto que lo Manifestado surgió una vez de lo Inmanifestado, debe, si no hay alguna razón en contra, repetir el proceso. Esta es la necesidad metafísica de la doctrina de los ciclos o de la periodicidad, que divide la eternidad en un número indefinido de manifestaciones y absorciones. Siguiendo esta gran verdad, hallaremos que la manifestación de la consciencia actualmente conocida como un ser humano, alcanzará una vez más el estado de consciencia inmanifestado. Pero a fin de que tal resultado sea posible, debe estar presente como una potencialidad constante; es más, el hilo de plata que une los diversos estados, actuales y potenciales, debe ser conservado por medio de su realización en el universo en cada momento. Para que pueda ser una realidad la vuelta definitiva de una mónada prisionera a su punto de orígen, deben estar siempre presentes en el universo todos los diversos grados de consciencia, desde el estado de dicha mónada hasta el estado de consciencia inmanifestado, porque, si la cadena se quiebra un solo momento por el más pequeño intervalo o ruptura, no hay razón concebible para que se pueda llenar tal intervalo, ni repararse tal ruptura. Toda suposición contraria haría irracional a la misma razón. Es ovbio que de estas consideraciones se desprende que, aunque en menor escala, deben estar constantemente presentes en nuestra Tierra seres humanos en diferentes planos de consciencia (*no* inteligencia).

Apenas es necesario hacer notar que los objetos de la consciencia variarán según aquellos planos, y que el alcance del conocimiento variará también según nos acerquemos o nos alejemos de la omnisciencia limitada, realizable en lo absoluto. Los Adeptos y su jerarquía son la consecuencia natural de esta necesidad.

Las clases de Adeptos son siete. Hay que advertir que este número no se ha escogido por una razón pueril o arbitraria, sino porque la naturaleza obra por septenarios, y todos los esfuerzos para explicar la gran importancia atribuida a este número por los místicos de todas las edades y países, demuestran que así es en realidad. *Siete* es el número místico, no porque sea siete, sino porque es una ley universal que todo orden natural se verifica por siete. La sabiduría absoluta en el universo es el sol espiritual central mencionado en los tratados místicos. Cuando llega el día de la naturaleza, este sol emite siete rayos, cada uno de los cuales se subdivide en series de siete. Todos los hombres, o mejor, sus egos [*selves*] espirituales, se hallan en uno u otro de estos siete rayos principales de la sabiduría. De ahí la necesidad de los siete tipos de Adeptos. De estos siete, sólo cinco son habitualmente mencionados; los dos últimos sólo son comprendidos por los Iniciados superiores. Los jefes de las cinco clases son conocidos en el Tíbet con el nombre de hu-thug-tu [Khutuktu], o las joyas de sabiduría. Todos los Adeptos del mundo, excepto unos pocos que pertenecen a las dos órdenes misteriosas, deben rendir lealtad a uno de estos cinco, los cuales no están asociados a ninguna logia particular de Adeptos, pero son reconocidos como jefes de todas las logias, de las cuales existen hoy día tres; una en el Tíbet, otra en Egipto y la tercera tiene su asiento en una localidad cuyo nombre no nos es permitido mencionar. Los Khutuktus tienen que visitar periódicamente estas diversas logias, pero residen habitualmente en el Tíbet. Los dos Adeptos más elevados viven, por lo que se sabe, en un oasis del desierto de Gobi, en donde únicamente los Adeptos de orden superior pueden visitarlos. Su naturaleza y carácter son tan poco comprendidos por los

Iniciados ordinarios, como lo son los de los Adeptos por el mundo exterior. Las diversas logias, aunque siguiendo los mismos estudios bajo los mismos principios generales, tienen diferencias de procedimiento en materia de detalle. Los Adeptos, como es bien sabido, no están sujetos a ningún sistema eclesiástico; tanto es así, que al llegar a un grado determinado de su desarrollo, deben declarar solemnemente su independencia de toda religión formal; tampoco les es permitido el adoptar algún ritual de virtud mágica. El Adeptado, por otra parte, no es privilegio de ninguna nación. Entre los Adeptos vivientes los hay ingleses, húngaros, griegos, indios rojos, además de asiáticos de todas las nacionalidades.

Hay nueve grados de Adeptos, cada uno de los cuales tiene siete subdivisiones. En el sistema brahmánico, los nueve grados se mencionan con el nombre de las nueve joyas (*nava nidhi*). Cuando un individuo alcanza la décima iniciación, la Tierra deja de ser lugar apto para su evolución. El primer grado se halla de este modo simbolizado en ciertos tratados tántricos (mágicos). En el suelo yace postrado el cuerpo de un hombre con serpientes enroscadas en él. Con los pies apoyados sobre su pecho está una mujer sombría de aspecto horrible. En las manos de esta se ven armas y sus adornos consisten en una guirnalda de cabezas cortadas de Asuras (gigantes), y un ceñidor formado por sus miembros mutilados chorreando sangre. Esta es Kālī, o Bhavānī, la deidad que tan mal comprenden y de que tanto abusan los Thugs de ruín memoria. Las serpientes simbolizan aquí la sabiduría, con cuyo auxilio el neófito sujeta su cuerpo físico, representado por la figura postrada que su despertada naturaleza espiritual ha humillado. El verdadero hombre, ordinariamente inactivo, y por lo tanto representado con mucha propiedad por la mujer, la esposa del hombre físico, entonces, haciendo un terrible esfuerzo, sacude el yugo de su tirano, y, destrozando la hueste de los Asuras —las pasiones y apetitos de nuestra naturaleza terrenal— cubre su persona con sus miembros mutilados. Dicho símbolo representa en su conjunto la imagen terrible de los esfuerzos de una persona para liberarse

de los lazos de la carne. Asimismo significa que el Adepto tiene que luchar con todos los poderes malignos de la naturaleza; no sólo con los que le son propios, sino también con los correspondientes al mundo exterior, representados por fuerzas de un carácter muy maléfico.

Cuando un hombre llega a este nivel, se convierte en un miembro de la fraternidad secreta, y se prepara para nuevos y más altos grados. Este hombre es simbolizado también por un mendigo que lleva nueve joyas, cada una de las cuales representa simbólicamente uno de los grados de la iniciación, la manera como se lleva a cabo y los resultados que la siguen.

El décimo grado no se alcanza en esta Tierra. Tan pronto como un individuo esta dispuesto para el décimo grado, pasa a otras esferas. Esto se representa de un modo muy expresivo. Una mujer está de pie sobre una flor de loto en capullo; con una mano sostiene su cabeza, que ella se ha cortado con una espada que empuña con la otra; y a cada lado de esta mujer está otra semejante a ella. Tres chorros de sangre manan del tronco de la mujer decapitada. Uno de ellos cae en su propia boca, y los otros dos en las bocas de sus dos compañeras. El significado de este símbolo es el siguiente: el loto siempre representa nuestro Cosmos, y está en capullo porque el Cosmos no es *plenamente* comprensible por el hombre hasta que ha alcanzado este último estado. La amputación de la cabeza indica la necesidad de desprenderse completamente de todo egoísmo; y las tres corrientes de sangre significan que cuando el hombre se ha desprendido así de su personalidad y egoísmo, obtiene el poder de infundir vida en los tres mundos, que representa el total de nuestro universo. La explicación de estos símbolos ha sido expuesta en otro lugar por uno de los autores, y por esto la acortamos sin referencia, del mismo modo que otras acotaciones del mismo origen.

Por debajo del grado inferior de los Adeptos hay varios grados de iniciación. El neófito, al alcanzar el más inferior de estos grados, deja de pertenecer a lo profano, que como es bien

sabido, es una palabra que deriva del latín y significa "delante del templo", y es sinónimo de la voz sánscrita *Antevāsin*, "el que está fuera", y es admitido en el santuario, siendo desde entonces reconocido como miembro de la fraternidad oculta.

Los estudiantes de la ciencia esotérica que están por debajo del rango de los Iniciados, se llaman comúnmente *celās* en la India; estos se dividen a su vez en dos clases, regulares aceptados, y en probación. Estos últimos son los que se presentan como candidatos para la instrucción, y reciben de los Adeptos un reconocimiento limitado al permiso para probar. Durante el áspero camino que han emprendido, no reciben ellos más auxilios ni alientos que los que se hallan en su propio celo personal y fuerza de voluntad. El sentimentalista emocional que emprende el estudio con un vago sentimiento de necesidad espiritual, se da muy poca cuenta de las condiciones requeridas para tal empresa. El aprendizaje es una prueba severa de fuerza de voluntad y de desprendimiento, y, faltando esto, el fracaso es seguro. Generalmente tales personas se imaginan, que a causa del interés que sienten por la literatura oculta, les satisfaría ser estudiantes bajo la dirección de los Adeptos, que poseen los secretos de la naturaleza y gozan de poderes espirituales apenas soñados por la generalidad de los hombres. Este interés aumenta o disminuye según el motivo impulsor que gobierna el carácter de la persona. El amor al estudio es el primer paso, y el deseo de más luz es el pasaporte del aspirante para el período de prueba. Su progreso depende de diversas condiciones, las cuales, si se cumplen en lo esencial, le asegurarán una razonable esperanza de éxito. Estas condiciones son: una mente sana en un cuerpo sano, rectos principios morales y una naturaleza bien disciplinada. Entonces empieza la tarea. Y ¿qué tarea es esta? ¿Obedecer ciertas disposiciones y reglas emitidas como ukases de un zar u órdenes de un jefe militar? A muchos les gustaría que fuera así, porque es más fácil seguir las indicaciones de un líder que descubrir el camino sin guía alguno. No. La fuerza impulsora debe estar en el neófito, y sin ella nada puede esperar. Una vez que se ha manifestado que el

deseo de conseguir su objeto es más fuerte que los cuidados materiales de la vida, que tanto absorben y distraen la atención, y que esclavizan a la mayoría de las personas, resulta mucho más fácil para el luchador subir el próximo peldaño, aunque esto puede exigir mucho más tiempo y mucha mayor dosis de paciencia de la que puede tener hasta una persona de fuerte voluntad. Los que perseveran en el verdadero camino triunfan; pero la intuición debe ser desarrollada para descubrir cuál es la senda verdadera. Las diferencias de temperamento hacen que lo que es fácil para uno sea para otro una prueba desesperada, siendo la regla inexorable de los Adeptos de la ciencia oculta el dejar a todos y a cada uno que hagan la tentativa sin otro estímulo que el que su alto ejemplo proporciona. Si uno triunfa, también puede triunfar otro, y así la batalla se gana o se pierde según el aspirante decida. Es absolutamente una cuestión de perseverancia decidida y constante en la verdadera dirección. El celā aceptado tropieza con nuevas dificultades después de haber pasado el período probatorio, pero en cambio ha adquirido mayores fuerzas para luchar con ellas. Una vez hecha la resolución de ser un celā, y alimentada esta resolución por un esfuerzo mental incesante, el maestro se ve obligado a reconocer las cualidades de este celā y a dirigir sus futuros pasos. Los celās, hay que decirlo muy claro, no se forman en virtud de algún entusiasmo repentino ni de un deseo sentimental espasmódico. Son quienes saben y se dan cuenta que hay conocimiento que pueden poseer si lo pueden encontrar; que hay en ellos facultades que pueden desarrollar, con sólo comprender las leyes que las rigen, y que hay maestros que poseen la sabiduría y pueden comunicarla, si uno llega a merecer y ganar su aprobación. Los celās aceptados viven en la luz del conocimiento adquirido por medio del desarrollo espiritual; ven el mundo con una visión menos obscurecida y perturbada por las ilusiones y por los deseos carnales. Alcanzan su meta por tortuosos senderos quizás, y obtienen su victoria pasando por pruebas que desalientan a los más firmes y resueltos. El camino que el celā sigue, está sembrado pulgada

por pulgada, de vestigios de sus choques y escaramuzas en su lucha consigo mismo. Él no tiene otro enemigo que sea la mitad de poderoso que su propia terrenal naturaleza egoísta, que él se propone disciplinar, y de cuya fuerza no tiene él idea hasta que deliberada y formalmente empieza el trabajo de purificación. Eliminar el yo [*self*], cuidar del bienestar de los demás como su propio y real interés; ser casto y puro, humilde y paciente; he aquí las tareas que se ha impuesto. El oráculo de Delfos dijo: "Hombre, conócete a ti mismo"; y el único camino para el propio conocimiento está en el conocimiento del deber; sacrificarse a sí mismo de otro modo que en la práctica del propio deber, es una forma de egoísmo tan peligrosa como insidiosa. Kṛṣṇa dice a Arjuna en la Bhagavad Gītā: "Es justo morir en el cumplimiento del propio deber; el deber de otro está rodeado de peligros"[1]. Del mismo modo que la avaricia es la consecuencia de una falsa apreciación del dinero, así también un deseo enfermizo de sacrificio individual, divorciado del cumplimiento del deber, es engendro de una mente pervertida que confunde los medios con el fin.

Al verdadero celā le son tan poco satisfactorios los convencionalismos de la vida ordinaria, como odioso el materialismo de las doctrinas religiosas exotéricas; no pudiendo hallar reposo para su espíritu, ha abrazado al deber, como la única salvaguarda contra la desesperación. Ha vivido tan sabiamente que ha visto que la esclavitud del egoísmo, tanto en sí mismo como en los demás, es demasiado dura de sufrir, y para él no hay vida posible fuera de los más elevados principios de su ser.

1— [La presente admonición de Kṛṣṇa se encuentra en el capítulo II (versículos 31 a 38) en el contexto del comienzo de la batalla entre los Kuravas y los Pāṇḍavas, como Arjuna desfallece y no quiere salir al combate, Kṛṣṇa comienza una disquisición acerca de la naturaleza eterna y temporal del ser humano y de los deberes individuales y derivados de la casta. Al respecto de estos últimos, afirma Kṛṣṇa que es preciso cumplir con el propio deber (aunque parezca bajo) y no con el deber ajeno (aunque parezca superior). N.de los Ed.]

¡Felices tales naturalezas si hallan el camino y la verdad, y tres veces felices cuando, habiéndolo hallado, son admitidas como discípulos de los grandes maestros, en los cuales no hay sombra de egoísmo, ni señal de injusticia, ni pensamiento de recompensa o agradecimiento terrenales!

Según los tratados brahmánicos de ocultismo y el testimonio de sus devotos vivientes, hay cuatro pasos, llamados técnicamente "logros", que conducen al neófito al rango de celā admitido.

El primer "logro", que se debe obtener es el conocimiento exacto de lo real y de lo irreal. El objeto que hay que alcanzar con el auxilio de la "Gran Ciencia", como se la llama, es la realización de lo verdadero, y no siendo el Adeptado otra cosa que la señal de cierto grado en esta realización, claro está que el primer paso que hay que dar es adquirir una comprensión intelectual de lo que es la verdad. Pero, ¿qué es la verdad? No se contentará el neófito con hacer tal pregunta como el socarrón Procónsul, rehusando esperar la respuesta. Si Pilatos hubiese hecho la pregunta en sánscrito, hubiera podido ser contestada por su propia boca. Porque la misma palabra sánscrita ofrece una pista de la naturaleza de la verdad. En dicha lengua, la verdad y la realidad llevan el mismo nombre, y la realidad se define por aquello que no es afectado por el tiempo, o bien, usando la singular fraseología del original, aquello que permanece testigo de las tres divisiones del tiempo, lo pasado, lo presente y lo futuro. El primer logro, por lo tanto, consiste en una íntima convicción intelectual del hecho de que todo y toda cosa que parece tener una existencia separada de Parabrahman es simplemente un cambio fenoménico (Māyā).

El segundo "logro" señala el inmediato paso en el sendero, y es el efecto permanente producido en la mente por el conocimiento teórico que constituye el logro anterior. Una vez que el neófito ha comprendido el carácter ilusorio de los objetos que le rodean, cesa de apetecerlos; y queda así preparado para adquirir el segundo logro, que es una perfecta indiferencia al

goce del fruto de las propias acciones, tanto en esta vida como en la otra.

Los estudiantes exotéricos caen en gravísimo error al no acertar a comprender el verdadero espíritu de la prohibición de obrar bajo el impulso del deseo. Suponen erróneamente que la mejor preparación para la vida espiritual es reprimir violentamente toda expresión externa de deseo, perdiendo enteramente de vista el hecho de que aún la más rígida abstinencia de los actos físicos no produce inactividad en los planos superiores de la existencia espiritual o mental. Śaṅkarācārya, en sus comentarios sobre la Bhagavad Gītā —uno de los escritos sagrados brahmánicos de mayor autoridad— dice que tal conclusión es simplemente ilusoria. Podría aquí aventurarse la suposición de que estas consideraciones han de producir el efecto de sancionar la persistencia en el mal; mas cuando en la mente se halla siempre presente el deseo de progresar, y se ha comprendido enteramente el carácter del mal, cada fracaso en la tentativa de armonizar la naturaleza interior con la exterior, mediante la revulsión de sentimientos que produce, fortalecerá dicha resolución hasta el punto de que todo deseo malo será rápidamente destruido. Este es el motivo por el cual Eliphas Levi ataca tan vehementemente la institución del celibato obligatorio entre los sacerdotes católico-romanos. La personalidad de un hombre en cualquier momento es el resultado de todos sus actos, pensamientos y emociones anteriores, cuya fuerza inclina constantemente la mente a obrar en un determinado sentido. Toda tentativa, por lo tanto, dirigida a remediar estas inclinaciones mentales reprimiendo su expresión en el plano exterior, es tan nociva como el hacer volver a la circulación la sangre viciada que busca una salida natural. El deseo interno está siempre forjando nuevos auxilios en la cadena de la existencia material, por más que se impida su manifestación exterior. El único medio de liberarse de los lazos de Karma, causantes del nacimiento y de la muerte, es dejar que las energías acumuladas sencillamente se agoten como una parte de la gran energía cósmica, y no darle un tinte de personalidad

aplicándola a nosotros mismos. La misma Bhagavad Gītā trata de este asunto en términos nada equívocos. El gran Maestro Kṛṣṇa censura a su discípulo Arjuna por haber manifestado alguna repugnancia en cumplir los deberes inherentes a su condición. La razón de esto es perfectamente obvia: comparado con la gran realidad, todo lo de este mundo es irreal; por lo tanto, renunciar a los deberes que nos impone nuestro nacimiento por alguna cosa igualmente irreal, no hace más que acentuar la ignorancia que da a lo irreal apariencia de real. El mejor camino, indicado por Kṛṣṇa, es que Arjuna cumpla con todos sus deberes, de un modo desinteresado. “Tu derecho se limita al acto”, dice el Maestro, “y concluye con el cumplimiento del acto, y jamás se extiende al resultado”. Debemos cumplir con nuestro deber, por razón de este deber mismo, sin jamás permitir que nuestra mente se preocupe del fruto de nuestras acciones, sea con placer o sea con pesar. Purificado de toda mancha de egoísmo, el acto se desliza, como el agua sobre la hoja del loto, sin mojarla. Mas, si el acto se ejecuta como un medio de lograr un fin personal, la mente adquiere una tendencia a repetir este acto, y de este modo necesita mayor número de encarnaciones para agotar aquella tendencia.

De estas consideraciones se deduce claramente que el ocultismo impone a sus devotos la necesidad de un ardiente e infatigable deseo de cumplir con el deber, cuya esfera es ensanchada por el primer logro, el cual exige un perfecto reconocimiento de la unidad del individuo con el todo. No basta tener una percepción sentimental de esta gran verdad, sino que debe realizarse en cada acto de la vida. Por lo tanto, el estudiante, para empezar, debe hacer todo lo que esté en su poder para beneficio de todos en el ordinario plano físico, transfiriendo, sin embargo, su actividad a los superiores planos intelectuales y espirituales como su desenvolvimiento proceda.

Esto nos lleva a examinar el tercer logro, que consiste en la adquisición de las “seis cualidades” en el orden con que las vamos a exponer. La primera de ellas se llama en sánscrito *Śama*; consiste en obtener un perfecto dominio sobre la mente

(el asiento de las emociones y deseos), y en obligarla a obrar subordinada al intelecto, el cual se halla ya purificado y fortalecido después de alcanzados los dos grados de desarrollo ya mencionados. Una vez hecho esto, la mente está enteramente purificada de todo deseo malo e insensato.

El precepto de depurar nuestra mente antes de purificar nuestros actos podrá parecer a primera vista extraño, pero la utilidad práctica del orden indicado resultará obvia por poco que se reflexione. Hemos visto ya cuán variados son los efectos producidos por una cantidad fija de energía, según el plano en que acciona, e indudablemente el plano de la mente es superior al plano de nuestros sentidos. En segundo lugar, la forzada abstinencia del mal físico ejerce muy poca influencia en la evolución de aquella energía que es la única que puede darnos el poder de acercarnos a la verdad. Nuestros pensamientos, que en las circunstancias ordinarias, son determinados por la ley de la asociación, nos hacen contemplar incidentes de nuestra vida pasada, produciéndonos así tanta perturbación mental y mermando de tal modo nuestra energía mental, como si hubiésemos repetido muchas veces los actos en cuestión. El *Śama*, por lo tanto, es realmente el rompimiento de la ley de asociación de ideas, que esclaviza nuestra imaginación, cuando nuestra imaginación está purificada, la principal dificultad desaparece.

La siguiente cualidad, el dominio completo sobre nuestros actos corporales (*Dama*, en sánscrito) sigue, como una consecuencia necesaria, de la cualidad precedente, y apenas si necesita explicación.

La tercera cualidad, conocida por los brahmanes con el nombre de *Uparati*, es la renuncia de toda religión formal y el poder de contemplar los objetos sin ser perturbados en lo más mínimo en el cumplimiento de la gran tarea que uno se ha impuesto a sí mismo. Lo que se exige aquí al aspirante al conocimiento espiritual es que, no permita que sus simpatías y sus servicios sean coartados por el dominio de ningún sistema eclesiástico particular, y que su renuncia de los objetos mundanos

no proceda simplemente de su incapacidad de apreciar su valor. Cuando se ha alcanzado este estado, el peligro de tentación desaparece. Sólo están dotados de verdadera fortaleza, dice el poeta indo, aquellos que conservan su ecuanimidad de sus mentes en presencia de la tentación.

En cuarto lugar viene la cesación del deseo, y una disposición constante para separarse de todas las cosas de este mundo (*Titikṣā*). La demostración típica de esto, según nuestra literatura mística, es la ausencia de resentimiento por todo mal. Cuando esta cualidad se ha alcanzado del todo, sobreviene en la mente una perpetua primavera de alegría, que borra toda huella de ansiedad e inquietud.

Entonces se adquiere la cualidad llamada *Samadhana*, que hace al estudiante naturalmente incapaz de desviarse del recto camino. En cierto sentido esta cualidad es el complemento de la tercera de las mencionadas. Primeramente, todos los móviles egoístas que tientan al hombre a separarse del camino que ha escogido, pierden su dominio sobre él, y finalmente se perfecciona en grado tal que, al llamado del deber, puede emprender sin vacilar cualquier ocupación mundana con la certeza de que retornará a su vida habitual después de cumplida la tarea que él mismo se impuso.

Otra cualidad es necesaria para coronar la obra del neófito, y esta es una absoluta confianza en el poder de su maestro para enseñar, y en su propia facultad para aprender (*Śraddhā*). La importancia de esta cualidad se presta a una mala interpretación. La confianza inquebrantable en el maestro no se exige como medio de edificar un sistema de impostura sacerdotal, sino por un motivo completamente distinto. Se concederá quizás fácilmente que la capacidad para recibir la verdad no es la misma en cada mente. Existe en la mente humana un punto de saturación para la verdad, como existe uno para el vapor acuoso en la atmósfera. Cuando una mente alcanza dicho punto, la nueva verdad se le hace indistinguible de la falsedad. La verdad debe crecer por lentas gradaciones en

nuestra mente, y la Bhagavad Gītā reprueba severamente el querer “alterar la fe de la multitud” por medio de una repentina revelación del conocimiento esotérico. Al mismo tiempo hay que tener presente que es improbable que alguien busque una cosa cuya realidad es incierta; los sueños de un fumador de opio jamás serán tema de exploración para los demás. La verdad percibida por las facultades superiores de los Adeptos no puede ser probada a uno que no tenga desarrolladas aquellas facultades, sino es mostrándole su conformidad con ciertas verdades conocidas y por medio de las afirmaciones de aquellos quienes afirman saber. La sanción de una autoridad competente es una garantía suficiente de que la investigación será fructífera. Pero el aceptar cualquier autoridad como decisiva, y el dispensarse de la necesidad de una investigación independiente, es fatal para todo progreso. Nada, en absoluto, debe aceptarse con fe ciega y sin examen. Efectivamente, los sabios orientales llegan hasta decir que basarse únicamente en la autoridad, aun de las mismas Escrituras, es pecaminoso. “A los mismos Adeptos”, dice nuestro Maestro, “—esto es, los espíritus encarnados— les está prohibido por nuestras sabias e inquebrantables leyes el someter completamente a su poder otras voluntades más débiles, las de hombres nacidos libres”. La sabiduría del proceso que en realidad actualmente se sigue es casi evidente por sí misma. La razón es la percepción inmediata del hecho de que sólo lo eterno es verdadero, y el razonamiento es la tentativa para seguir las huellas de la existencia de una cosa a través de la escala del tiempo. Cuanto más largo es el período por el cual se extiende esta operación, tanto más completo y satisfactorio se considera el razonamiento. Pero en el momento en que cualquier hecho conocible es realizado en el plano de la eternidad, la razón se convierte en consciencia —el hijo se funde en el padre—, como diría el místico cristiano. Se preguntará ¿Por qué, entonces, ha de ser la confianza en la doctrina del Maestro una cualidad del todo necesaria? La respuesta es fácil de ver. Nadie se toma la molestia de investigar aquello que no cree ser verdad. Tal confianza no

exige de ningún modo el renunciar a la razón. La segunda parte de esta cualidad, la confianza en el propio poder para aprender, es una base indispensable para todo esfuerzo de progreso. El poeta expresó una verdad más profunda de lo que creía cuando cantó:

> "Sí, la autodegradación lidera el camino a
> las cadenas del villano y al yugo del déspota".

Desde el momento en que un hombre se cree absolutamente incapaz de realizar el más elevado ideal que puede concebir, se hace realmente incapaz de ello; la convicción de debilidad que aparentemente le sostiene, le quita en efecto, toda su fuerza; nadie aspira a aquello que considera absolutamente más allá de su alcance. El ocultismo nos enseña que la perfección infinita es la herencia del hombre. Éste no debe blasfemar, con su propio rebajamiento, contra su íntimo yo [*self*] divino, el Augoeides de los griegos y el Ātman de los brahmanes, porque esto sería el pecado imperdonable, el pecado contra el Espíritu Santo. Los doctos cristianos han tratado en vano de identificar este pecado particular, el más mortal de todos; su verdadera significación se halla mucho más allá de los estrechos horizontes de su teología.

El último logro exigido es un deseo intenso de liberarse de la existencia condicionada y de transformarse en la Vida Una (*Mumukṣatva*). Podrá parecer, a primera vista, que esta cualidad es una mera redundancia por hallarse realmente involucrada en la segunda. Más, tal suposición sería tan errónea como concebir el Nirvāṇa, como la aniquilación de toda vida. El segundo logro es la ausencia del deseo de vivir como medio de goce egoísta; mientras que el cuarto es un deseo intenso y real por una clase de vida de la cual, nadie, fuera de los que han alcanzado los primeros tres logros, puede formarse un concepto adecuado. Todo lo que acerca de esto se necesita decir, es que el neófito tiene que conocer la verdadera naturaleza de su ego, y tener una firme determinación de retener constantemente este conocimiento, liberándose de este modo del cuerpo, creado por haber permitido que la noción del "yo" se aplicase a un objeto ilusorio.

Pasaremos ahora a considerar el grado mínimo de estos logros que es necesario poseer para estudiar con éxito el ocultismo. Si el deseo de liberación, que constituye el último logro, no es más que medianamente fuerte, pero el segundo, o sea la indiferencia por los frutos de las propias acciones, está plenamente desarrollado, y las seis cualidades bien marcadas, se obtiene el resultado apetecido con el auxilio del Maestro, el cual modela las futuras encarnaciones del discípulo y allana su sendero al Adeptado. Más, si todos los logros son igualmente fuertes, el discípulo alcanza el Adeptado en la misma encarnación. Pero sin el segundo y cuarto logros, las seis cualidades "no hacen más que regar un desierto".

Los celās aceptados son los que han adquirido los cuatro logros hasta cierto punto, y se están ya preparando para el Adeptado en esta vida, perteneciendo a la clase probatoria aquellos discípulos que, bajo la dirección de sus maestros, se esfuerzan en adquirir las cualidades necesarias para ser admitidos.

Digamos aquí unas pocas palabras sobre los "celās laicos", o sea aquellos que estudian ocultismo sin ninguna intención de aspirar al chelado regular. Es evidente que, por medio de un estudio teórico de la doctrina esotérica, puede obtenerse el primero de los cuatro logros; y nunca serán demasiado apreciados los efectos que esto produce en el sentido de regular la próxima encarnación de un individuo. La energía espiritual por este medio engendrada, le hará nacer bajo condiciones favorables para la adquisición de las demás cualidades, y para el progreso espiritual en general.

Los celās laicos, como su nombre indica, son hombres y mujeres del mundo que, al paso que comprenden la enseñanza y la vida superiores, y veneran a los maestros, son todavía incapaces de dominar sus deseos personales hacia una vida mundana. Ellos limitan su desarrollo espiritual con su apego a los lazos sobre ellos impuestos por su propio Karma, y, aunque comprenden las posibilidades del espíritu humano, no han alcanzado aquel punto en que pueden despertar con voluntad de

hierro los poderes latentes que en ellos existen. Ellos son cautivos en sus cadenas mundanas que, asomándose por encima de los muros de su prisión, suspiran ardientemente por sus compañeros empeñados en el fragor de la lucha para conquistarse a sí mismos. Los celās laicos pueden, si así lo desean, terminar el encarcelamiento que ellos mismos se han impuesto, y convertirse cuando les plazca, en celās en probación; y, cuando están listos, la puerta de la admisión les es abierta. Es el privilegio de todo hombre el obtener todo lo que es posible a cualquier hombre, puesto que las leyes Kármicas gobiernan a todos y cada uno. El poeta filósofo alemán, Goethe, ha dicho sabiamente: "La desesperación, es el único ateísmo verdadero".

Una apreciación intelectual de la doctrina esotérica, no deja de tener sus méritos. Sobre este punto uno de los más grandes maestros de Ocultismo de la India, Śaṅkara, dice:

"El estudio teórico de la filosofía, aunque no vaya acompañado de los logros exigidos, es más meritorio que cumplir ochenta veces con el más escrupuloso de todos los deberes impuestos por las formalidades de una religión".

Grandes errores se han suscitado en el mundo profano respecto de los Mahātmas, y corren opiniones completamente falsas respecto de su naturaleza, poderes espirituales, y relaciones con sus hermanos del mundo. Se los representa erróneamente como desprovistos en absoluto de todo sentimiento humano o simpatía por las imperfecciones y debilidades de la raza. Se les pinta como lictores de una ley de hierro que no conoce misericordia ni compasión ni siente interés alguno por las pruebas e inquietudes ordinarias de la naturaleza humana. Este falso concepto acerca de ellos, es debido a varias causas, siendo la principal nuestro propio egoísmo, que nos impide formarnos una idea cabal del *desinterés* perfecto. Ellos son los fieles partidarios de la justicia abstracta; los servidores de la ley invariable e inmutable; cuanto mayor es su poder, tanto mayor es su obediencia a la ley. Ellos están dotados de perfecta abnegación, no teniendo ni intereses personales que servir ni

preferencias individuales que manifestar. Porque no son egoístas, y en su trato y modo de obrar no muestran hostilidades ni amistades, son mal comprendidos por parte de los hombres, los cuales no pueden apreciar tan elevados ideales y excelsos motivos. Opuestamente a la generalidad de los hombres, con sus debilidades personales, por encima de las limitaciones de las exigencias y necesidades ordinarias, no limitados por las cadenas que esclavizan al hombre carnal, ellos viven totalmente en el espíritu. El lago en la cumbre de la montaña de su ser, nunca es agitado por la tempestad, porque el viento impetuoso del capricho y del deseo no tumban jamás la placidez de sus almas; es siempre un espejo claro, que refleja la vida eterna y extiende la imagen de la paz por sobre la "mansión de la vida". La ausencia de egoísmo en el Mahātman produce una norma de justicia que no le permite sancionar acto alguno que perjudique al más ínfimo de nosotros, aun cuando redunde en beneficio de la mayoría. Ellos consideran el propósito individual y decidido de alcanzar el Nirvāṇa (el pináculo de todo saber), en último resultado, "tan sólo como un *egoísmo* sublimado y glorioso, siendo únicamente la persecución, a costa del propio sacrificio de los mejores medios para conducir al recto camino a nuestros semejantes y para hacer partícipes de tales beneficios al mayor número posible de nuestros hermanos, lo que constituye el verdadero Adeptado". Ellos arrancan su ego personal, el yo [*self*] ilusorio y aparente, y reconocen su verdadero yo [*self*] en una vida divina trascendental. Nuestro Maestro dice que: "Si nosotros no queremos ser egoístas, deberíamos esforzarnos en hacer ver a los demás esta verdad, y reconocer la realidad de este yo [*self*] trascendente, el Buddha, el Cristo; o Dios de toda criatura".

Si los hombres pudieran comprender lo que sería la existencia sin esta "lucha por la vida", que es la verdadera y más fecunda fuente de calamidades, miserias, y crímenes, comprenderían entonces, por vez primera, la altura moral y perfección espiritual de la vida del Mahātman. Sin dejar de reconocer las causas de esta lucha y de apreciar justamente los

móviles que impulsan al hombre en su deseo de sobreponerse a las necesidades y desempeñar propiamente sus deberes como cabeza de su familia y miembro de la sociedad, debemos, sin embargo, afirmar que existe un plano en la vida, en el cual estas causas no existen, y en donde la lucha es desconocida. El convencimiento de esta verdad que se halla oculta en los hondos pliegues de nuestro ser interior, nos viene del espíritu que allí habita, y se nos manifiesta por el conocimiento del escaso valor de esta vida terrenal y de las infinitas posibilidades que existen más allá. Los Mahātmas no ignoran las condiciones de la vida ordinaria; conocen sus limitaciones, y simpatizan plenamente con las masas contendientes de la humanidad, pero lo superior no puede rebajarse a lo inferior, y lo inferior debe dirigir la vista a las alturas que le dominan y escalarlas si es su voluntad. Jamás debe creerse que los Mahātmas son creadores; sólo son inspiradores y educadores. Con su perfecto ojo espiritual les es posible distinguir el más leve destello de espiritualidad que brille en un corazón humano, y no dejan perder la menor oportunidad para avivar la llama en la vida y la actividad. Los suicidas espirituales, o los culpablemente indiferentes, que se satisfacen con virtudes negativas, son los únicos que se sustraen por completo a la influencia benéfica de estas grandes almas.

El carácter de los Mahātmas tiene indudablemente, su parte humana, pero esta se halla tan íntimamente unida con su naturaleza espiritual superior, que nadie que intente separar las dos partes de su ser podrá comprender bien ninguna de ellas. Las plausibilidades vulgares que tanta parte tienen en nuestra vida ordinaria no existen en la serena atmósfera en que ellos habitan. Los convencionalismos ordinarios, que tan a menudo se confunden con la misma vida, no tienen lugar en la vida verdadera. Querer acercarse a los Mahātmas por este lado, es tiempo perdido. Ellos no consideran el hombre exterior, sea alto o bajo, rico o pobre, culto o grosero; el ojo espiritual penetra la máscara exterior de la existencia, y percibe las fuentes interiores de nuestro ser. Más, aunque tengan bajo su vigilancia

el plano del alma de cada individuo, son incapaces de auxiliar a alguien más allá de los límites de sus propios merecimientos Kármicos. Los Mahātmas son los colaboradores de la Naturaleza y no sus subversores.

CONCLUSIÓN

El lector debe tener presente que este pequeño libro indica solamente unas pocas etapas del camino seguido por la humanidad en su progreso cíclico, no siendo de ningún modo un tratado completo. Toma por punto de partida el presente ciclo, el cuarto Anillo, cuando el hombre y su universo estaban en una condición etérea, o, para hablar más correctamente, astral, y pasa por alto los superiores desarrollos que se realizan en los grandes ciclos, llamados Rondas; sin embargo, el estudiante pensador, podrá continuar la investigación por las esferas superiores y ciclos mayores valiéndose de la Ley de Correspondencia, que reina invariable en toda la escala de la existencia. En la fase astral de su ser, la humanidad desarrolló siete razas antes de entrar en el primer aspecto de vida objetiva, tal como hoy se conoce, y empezó lo que se llama “descenso en la materia”. Los gérmenes humanos, en su primera aparición objetiva, eran los “globos alados o Escarabajos” de los egipcios.

Durante las siete subrazas de la primera Raza objetiva, el hombre desarrolló los primeros rudimentos de los cinco sentidos, que hoy poseemos, hasta un grado de perfección incomparablemente superior, y otros dos, generalmente no reconocibles hoy día, por las razones que luego aparecerán. Cada Raza sucesiva, durante sus siete subrazas, llevó a cabo el desarrollo de los sentidos, siguiendo un orden fijo y bien definido, siempre dentro de los límites que permitirá el tiempo. Nosotros que pertenecemos a la quinta Raza, de la cual cinco subrazas se han desarrollado hasta hoy, poseemos cinco sentidos plenamente desarrollados, estando los otros dos todavía como embrión en este plano. Dentro de los límites de

nuestra Raza, cada subraza ha acentuado especialmente uno de estos cinco sentidos. Los arios asiáticos, que constituían la primera subraza, han desarrollado en grado sumo el sentido de la vista, como lo demuestra su extrema habilidad en distinguir ciertos matices de color y combinarlos armoniosamente; mientras que en la quinta subraza, constituída por los principales pueblos europeos, el lugar prominente que ocupa el sentido del gusto, basta sólo mencionarlo, para ser reconocido.

No gozando de los otros dos sentidos hasta un punto apreciable, clasificamos sus manifestaciones bajo la vaga designación de intuición. En los restos de las razas primitivas, que hoy día desaparecen rápidamente de la superficie de la Tierra, estos dos sentidos estaban desarrollados, aunque en grado muy inferior al de nuestros cinco sentidos. Muchas percepciones que nosotros consideramos como intuitivas, y por tal motivo inseguras, se revelan a la mente del salvaje con la misma fuerza que cualquier otra percepción sensitiva tiene para nosotros. Mas, por efecto de la ley de Retardación, que la aparición de un tipo superior de evolución impone siempre al inferior, estos sentidos están hoy casi extinguidos. Aquellos que comprenden bien la mutua dependencia que existe entre la conciencia del hombre y su mundo exterior, entenderán porqué las modificaciones de las condiciones de la Tierra, que acompañan a la energía vital más poderosa de una raza dominante, producen un cambio de rumbo en la línea de evolución de una raza inferior, y la obligan gradualmente a amoldarse al tipo superior, o a extinguirse del todo. Esta ley es la que produce los cataclismos periódicos de la Naturaleza, marcando el fin del predominio de una raza, y el principio de otra.

La vista fue el primer sentido desarrollado, después de ella siguió el tacto, y luego aparecieron por orden: el oído, el olfato y el gusto. El desarrollo de los sentidos continuó en un plano superior en cada Raza sucesiva, y en la tercera dotó a los seres humanos de una voluntad personal, haciéndolos muy semejantes a los actuales, sujetos al nacimiento y a la muerte físicos. La

diferenciación de los sexos del ser humano, primitivamente andrógino, ya había tenido lugar anteriormente. La civilización, parecida en cierto modo a la nuestra, empezó también en esta Raza, pero los grandes cataclismos de la Naturaleza, que constituyen un factor tan importante en la evolución de las razas, han borrado sus huellas de la faz de la Tierra. La cuarta Raza, los Atlantes, de cuyo perdido continente se conserva todavía alguna memoria, alcanzó una civilización en esplendor material que aventajaba mucho a la nuestra, por más que esta última, basada como está en la inteligencia, y no simplemente en los deseos físicos, se halla en realidad en un plano superior. La Raza hoy imperante, la quinta, a la cual pertenece la familia aria, tuvo su origen en el Asia Central, de donde se extendió por todas partes del globo. Su dispersión fue causa de su mayor progreso en las artes y en las ciencias, y condujo a una diversa manifestación de su lengua y religión primitivas.

Estos temas son tan vastos, que evidentemente se resisten a ser tratados en detalle, dentro de límites razonables; mas, el presente esfuerzo no habrá sido hecho en vano si conduce a un estudio más extenso y a una mejor apreciación del hombre, de su origen y de su destino.

FIN DE LOS FRAGMENTOS

APÉNDICE I

PREFACIO

DEL CELĀ ORIENTAL

El sol había descendido tras los altos pinos, gigantescos centinelas que guardaban la pequeña choza situada cómodamente en el corazón del Himalaya; pero la tarde era esplendorosa, y la bendición de despedida en la iluminada partida, doraba todavía las copas de los árboles. El pequeño pastor, quien tan fielmente preserva el secreto de la morada solitaria, de la cruel atención de los cazadores, cuyos gritos nocturnos atemorizan a los pequeños cervatillos y cuyas armas asesinas los sumen en la orfandad una y otra vez, acababa de darse cuenta de que una compañía de oficiales ingleses se encontraba acampando a no gran distancia, esperándose que sus irrespetuosos juegos profanasen al día siguiente otra vez aquel pacífico rincón de montaña. Cuando la pequeña figura del intrépido muchacho descendiendo por el peligroso precipicio con el paso seguro de la cabra del Himalaya, compañera de su infancia, se hubo perdido de vista entre las oscuras sombras de la noche, y la última nota de su rudimentario flautín se extinguió en el silencio del paisaje, un cansancio se apoderó del pensativo estudiante místico, habitante solitario de aquella choza aislada.

Él no había nacido para el misticismo, pero había sido impulsado a él. Sus ojos vieron la luz entre el bullicio y la agitación de una ciudad populosa; sus pasos juveniles habían recorrido calles atestadas de gente, y su mente se había instruido en más de un antiguo centro de enseñanza. El tiempo

le había dejado huellas que habían impresionado profundamente su alma. Pero no indaguemos en el origen de los estudiantes de La Santa Tradición, y no permitamos que una mano curiosa remueva las frías cenizas de la pira funeraria del pasado. Basta decir que la lenta extinción del egoísmo había ido alejando poco a poco al estudiante místico de los bulliciosos senderos de la vida ordinaria, y que el creciente círculo del deber había roto los antiguos lazos y hecho estallar el corazón encogido esparciendo sus fragmentos por todas partes. Sostenido por las tradiciones de su raza, y animado por la triste y benévola sonrisa de uno, que no debo profanar mencionándolo aquí, el estudiante místico recorre el empinado sendero del deber para con su país y la humanidad, aunque no sin que ocacionalmente lo invada el desaliento y la congoja producidos por las escenas de pecado y de dolor. La serenidad creciente de su vida, hacía profundizar en su alma la compasión hacia otros cuyo rumbo divergía del suyo. ¡Oh! ¡Qué el hombre tenga que ser infeliz, siendo su espíritu la misma esencia de la bienaventuranza! Pero la Eterna Necesidad teje su trama interminable de progreso a través de la discordia y de la imperfección.

¡Rueden, obscuros ciclos del descenso! ¡Nuestras manos, aunque dotadas de la energía del propio sacrificio, se aferran en vano a los rayos de tu rueda! Hasta la última vuelta girará esta rueda. Nosotros tenemos únicamente el privilegio de proseguir nuestro trabajo esperando en silencio el día en que tu rumbo irresistible se vuelva hacia atrás, pero aún así nos está reservada la gloria de una muerte desinteresada. ¡Oh muerte, virgen profundamente velada, cuán pocos son los que han visto los encantos de tu rostro! ¡Cuán pocos son los adoradores a quienes han sonreído tus oscuros ojos!

¡Ah, dulce es la vida, pero más dulce aún es la muerte!

¡Cuán pocos comprenden la muerte! Entre esta partida de alegres y alocados ingleses, cuyas fogatas brillan en la obscuridad del valle, como los terroríficos ojos de algún cruel monstruo, ninguno conoce la solemne majestad de la muerte que tan jovialmente recibirían como impondrían a otros.

El misterio de la muerte es el mayor de todos los misterios.

Los ojos de ese Brahmán que escudriñan el pasado, emergiendo de las sagradas aguas del Ganges, se vuelven en muda súplica a los Dioses de sus padres al ver en ruinas, aquellos templos erigidos por las manos devotas de la antigüedad, e inesperadas lágrimas corren por sus mejillas mientras lamenta la muerte de su patria. ¡Hombre tímido y de poca visión! ¿Está acaso muerta la India porque amamanta hijos que no son suyos? Si tú pudieses colocarte en la cresta de aquella orgullosa ola de montañas verías a través de la extensión del tiempo el despuntar de una aurora más brillante y más pura de la que jamás estos montes hayan presenciado. ¡Hombre! ¡El hombre es tu hermano! Da a tu hermano lo que él no tiene, y suple tus propias deficiencias con lo que él te ofrece. La mano derecha debe ayudar a la izquierda, el Oriente debe unirse con el Occidente; el joven y el viejo deben darse la mano; y la belleza y la armonía sonreirán en la faz de la Tierra…

¡Oíd! ¿Qué grito discordante perturba el calmado reposo del tranquilo paisaje? Navegando como una maza de tinieblas en el sereno mar del claro de luna, el águila del Himalaya hace estremecer las temblorosas sombras de la noche y despierta ecos en cada valle y cada precipicio. Pero mucho más penetrante es el llanto de desesperación traído por la brisa del oeste de las desafortunadas víctimas, desnudas y hambrientas, que se consumen entre las ruinas desmoronadas del Credo y del Pensamiento. Las corrientes de sonido se deslizaban confusas e indistintas; pero los gritos del alma siempre remontan vuelo hasta otras almas, cuyas puertas no tienen rejas ni sus ventanas están cerradas. Por encima del resto era escuchada la clara voz de los grandes corazones que llaman a las puertas de aquellos que se han auto coronado príncipes del pensamiento, intentando en vano levantar un eco, y lanzados contra la negra roca de la desesperación, aguardan las voraces mandíbulas del dragón de la muerte espiritual.

En medio de la guerra psíquica de los elementos y del devorador terremoto de la mente, como un rayo de luz plateada

relampagueó en la mente del estudiante la voz de su maestro: “Ve, se fiel a la promesa que hiciste como hombre; hacia el Oeste se extiende tu camino. Toma este pergamino mutilado; un espíritu desconocido, aunque amigo, te traerá los fragmentos que faltan, y entonces te serán reveladas cosas que hasta ahora has buscado en vano. No pienses en el porvenir ni te detengas aquí un solo día; el camino de tu deber te conduce a Occidente…”

Lejos, muy lejos en el Nuevo Mundo, en la ciudad del sol naciente estaba esperando un alma solitaria que parecía haber caído de alguna otra esfera y perdido su camino en una tierra extraña. Su grito de auxilio fue oído y las palabras que la duda y el desconcierto le habían arrancado, fueron velozmente a través de largas extensiones de mar y tierra.

La visión se ahogó en la marea de los sentidos al volver estos en sí, pero el oído pudo retener las desvanecidas palabras. “El camino de tu deber te conduce a Occidente”.

Con paso obediente se encaminó al Oeste, y el fiel discípulo se halló en medio del fatídico esplendor de París. — ¡Ah! ¡París, París! ¡Debes morir, para que Francia pueda vivir! — ¡Francia, sola entre sus muchos enemigos, y tú el peor de todos ellos!

Como un espectro el asceta frecuentó los hogares de riqueza y placer, siendo en todas partes considerado más bien como la mano misteriosa que escribió la sentencia del monarca asirio, que como un ser humano dispuesto a obrar y soportar.

Una noche entre la diversión de un salón parisino, con todos los medios imaginables para cautivar los sentidos y enfermar el alma, una voz ligera pronunció su nombre:

“¡Ven, ven en mi auxilio!”

La lejana voz ahogó la música y obscureció las siluetas de las personas entregadas al baile. Los brillantes comentarios ingeniosos dejaron de oírse y los alegres compañeros, fueron ignorados. Los dos extranjeros se encontraron dejando ya de ser

extraños el uno al otro; los fragmentos se unieron y el pergamino partido se completó.

El místico pergamino estaba todo él escrito en raros caracteres y en una lengua desconocida. Muchos ansiosos días y muchas noches en vigilia ha costado a los compañeros estudiantes unidos en un país extranjero, el descifrar su significado. El resultado de tanto trabajo se halla expuesto en las siguientes páginas.

PREFACIO

DEL CELĀ OCCIDENTAL

El viento de un melancólico día de invierno había ido arremolinando copos de nieve por el aire haciendo parecer al mundo como envuelto en nubes de lana de oveja.

El espacio por arriba y por debajo de los pies del hombre era todo blanco, brillante de copos cristalinos que se multiplicaban en infinitas formas y anidaban sobre la tierra como un manto de gasa. Era invierno, e invierno en un clima inhóspito y cruel aun en sus mejores aspectos; invierno en el norte en donde las frías ráfagas eran demasiado numerosas y el calor del verano duraba muy poco. En este día parecían haberse unido las inclemencias de muchas tormentas de nieve, y el aspecto plomizo de la primera aurora había justificado las predicciones de los meteorólogos de que había probabilidad de un fuerte temporal proveniente de las regiones polares. Este llegó en su momento, y espesos y rápidos, los bellos plumones besaban la fría tierra y a la vista se hundían en un absorbente abrazo. Al principio así sucedía pero poco a poco la anciana madre, cansada de la repetición de tales visitas, no contestó más a ellas, y los pequeños mensajeros se agruparon sobre su seno, amontonándose

apretados, hasta que aquella se escondió enteramente a la vista y su morena faz dejó de ser visible para el hombre.

El mundo estaba tapizado con nieve, y el cielo parecía nunca cansarse de cernir por el espacio, y de cubrir con su pureza todos los puntos oscuros y extrañas líneas de las calles y carreteras de la ciudad.

Era un día para la meditación y los sueños, un tiempo de descanso para los tranquilos, en que los serenos podían hallar reposo en su ser interior, a salvo de las interrupciones de la vida cotidiana. Para los tranquilos era un día de paz y de comunión con mejores pensamientos que los que podían ser invocados cuando se interponían los cuidados y los deberes del mundo.

Y esto era una oportunidad para el alma para afirmarse a sí misma, y no hablar con tono inseguro a través de los espesos muros de los sentidos que muchas veces acallaban del todo su voz.

En esta gran ciudad que la nieve había clamado como suya, había un alma que miraba a través de su delgada ventana las escenas de la vida, y se alegraba de la tempestad exterior que ofrecía tales perspectivas de calma interior. La casa que recluía a esta alma era muy reducida y se estremecía ante la fuerza del viento que se evidenciaba por el ruido de las ventanas y de las puertas de entrada. Contemplaba melancólicamente la escena hasta que, aturdidos, los ojos se cerraban y el corazón suspiraba de pesar, se amontonaban en su estremecido cerebro pensamientos sobre los pobres hambrientos quienes estaban apiñados en habitaciones malsanas, de pequeños niños cuya tierna carne estaba oprimida y temblabando, y cuyos sufrimientos se harían más intensos por la presencia del visitante tan hermoso a la vista y tan duro de soportar, a no ser que se lo reciba con calor y alegría junto al hogar, y esto causaba que sus entrelazadas manos se tensaran de pena. Los pesares que, más que estériles son siempre deprimentes y angustiosos, no hallaron larga acogida, porque había trabajo para los dedos y para la mente, y había tareas sin hacer que esperaban atención. Pero ya sea por

los efectos de la tormenta sobre una naturaleza excesivamente nerviosa o el sentido de la impotencia que siguió a la representación de sufrimiento humano que no pudo ser evitado, las manos no podían escribir, el cerebro se negaba a actuar y la mente pasiva cayó en un ensimismamiento haciendo que probablemente se sumiese en un sueño ligero. Podía haber sido el sueño de la siesta, pero no estaba destinado a serlo. Mientras que aun los pesados párpados estaban en suspenso y los labios entreabiertos no ofrecían impedimento a la profunda respiración del tronco medio reclinado, un algo misterioso despertó los sentidos adormecidos, y rápido como el rayo mi cuerpo se irguió, y me quedé anhelante de expectación.

Había otra presencia en la habitación, de esto no cabía la menor duda; pero ¿quién era?, ¿de dónde había venido?, ¿y cómo? La cerrada puerta no se había movido, y no se había oído ningún sonido a través de todas las habitaciones y salas, que fuese el eco de los pasos de alguna persona, o repercutiese el sonido de una voz humana. Profundo era el silencio, salvo por los suaves "tic, tic" de los copos de nieve en los cristales de la ventana, y el estridente silbido de alguna ocacional ráfaga al introducirse por las incitantes rendijas, o al consumir su fuerza en una corriente repentina por las esquinas de las calles. El silencio, profundo y casi místico, de la estancia fue súbitamente interrumpido por la entrecortada exclamación del soñador, que de un modo tan extraño fue saludado por una visión tan vívida para los sentidos como obscura para la comprensión.

¡Qué cuadro se ha presentado! En el sitio que un momento antes estaba desocupado, se hallaba la figura de un sabio oriental; de porte gentil, de expresión benévola, y serio en la mirada que dirige al rostro asombrado que tiene delante. En una de sus manos lleva un pergamino en forma de libro, y tiene echado sobre el brazo el blanco manto que cae por el lado opuesto como si casi tocara el suelo. Larga cabellera flotante cubre sus hombros y en sus pies se ven sandalias orientales. Quizás es la varita de cierta madera obscura que lleva, lo que despide un olor tan delicioso y penetrante, porque toda la

atmósfera está llena de perfume y los sentidos se sienten agradablemente calmados.

Sin darse la menor cuenta de haber hecho algo que pudiese extrañar a alguien, y hablando cariñosamente a su oyente, él es la más deliciosa imagen de la calma que pudiera imaginarse. La amarilla túnica tibetana que lleva bajo su largo ropaje, brilla a través de los pliegues de este, y el forro himalayo que circunda sus bordes lanza vivos reflejos al menor movimiento que hace el misterioso personaje en el apasible entusiasmo de la conversación. Sus maneras, a la vez distinguidas y corteses, tranquilizan al oyente, el cual completamente animado ahora con la extraña presencia, se halla del todo sosegado, y tan sorprendido de las palabras que brotan de sus labios que por no perder una sola, concentra toda la atención en ellas. Su voz, muy suave y reposada, fue oida por primera vez. Había en ella una cadencia armoniosa que acompañaba como un eco las palabras a medida que salían de sus labios; parecía como si fuesen dichas desde lejos y repetidas a través del espacio.

“Fantasma extraño, quizás engendro de la fantasía”, fue el pensamiento que vio fotografiado en el cerebro de su oyente, y en el mismo instante señaló a la pared sobre él, en donde aparecía una sentencia en curiosa escritura, que traducida, decía así: —“No hay caridad en el Occidente para la doctrina desconocida”.

“¿Cuál es esta doctrina desconocida?” preguntó al momento la indagadora mente.

El extranjero sonriendo, contestó, “Es la esencia de todas las doctrinas, la verdad interna de todas las religiones; sin credo, sin nombre, no enseñada por sacerdotes, porque es del espíritu y no ha de ser encontrada en templos ni en sinagogas. Es la voz tenue y apacible que se oye en el torbellino y se siente en la tempestad. Tú involuntariamente me has llamado, a mí, algo más fuerte que tú, para socorrer al desvalido y amparar al indigente. Tu corazón exhaló su plegaria; tu alma la imprimió en la atmósfera que te rodea, y el espíritu fue refrescado por un

aliento puro que se remontó desde el reino inferior al superior; del cuerpo al alma y de hallí a la región de los espíritus.”

A continuación de esto él enseñó el misterio del ser humano, su origen, su desarrollo y su destino, tal como se verá en las palabras de estas páginas. El maestro volvió a menudo, e instruyó al entusiasta discípulo en los escritos del antiguo volumen tan cariñosamente guardado. Enseñó las leyes de la vida en un lenguaje tan sabio que la convicción de la más alta verdad penetró en el alma respetuosa, tan singularmente elegida para la instrucción. Las lecciones eran dadas noche tras noche con inquebrantable constancia, por parte del extraño preceptor, quien con amable persuasión infundió y desarrolló la intuición de tal manera que pudiese comprender los elevados conocimientos ofrecidos para su consideración. Con variado éxito se llevó a cabo su obra. Por espacio de muchas semanas, el maestro misterioso volvía siempre que se le presentaba alguna oportunidad, y explicaba cosas sabias y profundas, cuyo sentido a duras penas comprendía el discípulo. Los asuntos rutinarios de cada día que absorben la mejor parte de casi todas las personas, muchas veces llegaban a imponerse; ocasionando retardos e interrupciones que de un modo deplorable entorpecían la peculiar instrucción.

Un día todo esto concluyó. El maestro dejó de venir. La duda y el recelo, la intranquilidad y las ilusiones de la mente mundanal, defraudaron sus mejores esfuerzos, y él vio la futilidad de tratar de instruir en la sabiduría, a una naturaleza que se oponía a sí misma en cada punto.

Mas no por esto abandonó su misión; envió un mensajero, un joven de su país, el cual enseñó la mística ciencia con cuidadosa diligencia y amable empeño, pero como fácilmente podía verse, la tarea, no era para él, lo que había sido para su maestro.

El reconocimiento de este hecho preocupaba a menudo la mente del estudiante, y un día, como si fuera en contestación a este pensamiento, fijó la vista en la pared de enfrente, en donde,

como por magia, apareció sobre la blanca superficie en letras brillantes este aforismo:

"La prueba del verdadero aprendizaje es la fidelidad al interés ajeno."

Una desinteresada obediencia a los deseos de su maestro era, en otras palabras, el camino para su progreso y desarrollo, y así el enigma de su presencia contra sus deseos personales estaba resuelto. Aceptó sonriente la exactitud de esta conclusión y cuando hubo obtenido las últimas confidencias de su misión, el joven resolvió muchos enigmas, cuyo esclarecimiento elevó imperceptiblemente el alma del ya instruido y sembró aspiraciones que eran elevadas y buenas.

Vino un día en que cesaron las visitas y este contratiempo no tuvo otra compensación que la promesa de que en un país extranjero y lejano el maestro esperaba la llegada del discípulo, y de que allí reanudarían las lecciones y los escritos se completarían.

¿Debía obedecerse a un espectro?

Seguir el sendero señalado por los dedos aéreos era romper lazos que no debían romperse a la ligera, ignorar mundanas consideraciones estimadas de suma importancia en este momento, y abandonar la propia voluntad hasta un extremo que nadie podría entender sin revelar toda la cuestión. Y lo que el mundo diría de semejante confesión, el discípulo lo sabía perfectamente. Cierto es que los poderes, la bondad, la sabiduría y la sinceridad de los Magos del Oriente y de su mensajero, eran sentidos por el discípulo hasta sus más intimas fibras; cierto es, que su corazón era todo agradecimiento, y ferviente su mente; cierto es que, por falsa que sea, nunca había gozado unos sentimientos más bellos y nobles que los proporcionados por aquellos preceptores místicos.

¡Cosa extraña que la vacilación, el miedo y la cobardía moral deban obscurecer una vida tan singularmente esclarecida y

desarrollada! Cosa extraña que un veneno tan cruel como la duda deba apenar el alma del neófito.

¡Ah! y cuantas almas confiadas han naufragado por el mismo pecado. ¡Cuantas bellas esperanzas y dorados sueños se han hundido en la negra noche creada por ella! ¡Qué desierto el de corazones luminosos disipados! ¡Qué muerte en vida; cuánto desaliento y desesperación es capaz de producir!

Al principio entró como un ocasional misterio insinuando su presencia sofocante, cuando otras cosas absorbían la ocupada mente; pero al ser apenas reconocida, entonces su existencia era ignorada. Repetidamente esta retornó hasta que fue considerada como un indeseable huésped, cuya visita era inoportuna e injustificable, pero cuyo legítimo derecho a la hospitalidad había sido establecido en muchas otras ocasiones. El huésped que un día fue cordialmente invitado es siempre, una posible dicha o una molesta amenaza; un forastero que tiene la seguridad que será recibido y de que debe serlo por mucho que se haya apagado el calor de la bienvenida.

La duda, cruel y fría, había tomado la corte en el castillo del neófito, y sólo la lealtad hacia el pasado era bastante fuerte para resistir sus avances insidiosos y despreciar sus veladas insinuaciones.

¿Sangró el corazón? Grande era el dolor de la herida; pero mayor aún era el sentimiento de indignidad que sucedía a todo recuerdo del maestro o de sus enseñanzas; de las gloriosas posibilidades ahora desvanecidas. ¿Para siempre? En lo que respecta al humano juicio, podría decirse que sí; en lo que respecta al claro sentido de la intuición podía sentirse que ¡no, y mil veces no!

Mas la marea baja de esperanza huía y la nocturna sombra de la desesperación permanecía todo el día con el una vez entusiasta discípulo. El mundo y sus preocupaciones perdieron gran parte de su importancia, ante ojos cansados de reprimir lágrimas, y empañados por la intensidad de contenidas emociones. ¿Y quién podía consolarle en esta crisis? Sólo aquel que le

había arrebatado con su presencia aquella vana paz de la mente que el mundo da y que él mismo muchas veces no sabe apreciar. La lucha, silenciosa al principio, se fue agriando, y se hizo más intenso el sentimiento de la pérdida de aquellos pacíficos visitantes que tan completa e inexplicablemente abandonaron al solitario trabajador.

El corazón dolorido cedió ante la tormenta interior, decayeron las fuerzas físicas. Las buenas fuentes de la energía y del esfuerzo parecían agotadas en sus mismos manantiales; y además de su propio fruto amargo, nuevas dudas atormentaban el alma, gimiente por falta de apoyo, sedienta y extenuada de hambre.

¡Alma con la memoria perdida! ¿Por qué has olvidado la promesa del sabio? ¿Por qué durante esta batalla con el yo has estado ignorando las instrucciones del maestro? En un clima extranjero puedes hallar a aquel a quien has perdido y regocijarte de nuevo en la presencia de aquellos que él ha enviado. "¡Coraje!" murmuró el corazón, y con este murmullo despertaron las moribundas aspiraciones del espíritu. Mas la duda era un huésped de esta mansión mental, y con la libertad de un antiguo y familiar visitante entraba a discreción y permanecía allí sin cesar.

Pasó el invierno y llegó la primavera alegrando la tierra con perspectivas de verano. Las flores pugnaban por abrirse paso a través de la rígida y fría tierra y las tempranas aves cantaban apresuradas notas en el frío aire de la mañana. La voz de los riachuelos se escuchaba en sus lechos solitarios y las débiles voces de los corderillos se dejaban oír desde los abrigados rediles del monte. Era primavera en el campo y primavera en la ciudad; primavera allí donde los niños de la escuela buscaban las violetas silvestres por los rincones asoleados de los caminos, y primavera donde los pocos árboles que podían dar señales de su presencia, estaban cubiertos de verdor.

En la ciudad es la temporada más triste de todo el año, por que es primavera y sin embargo, la primavera no se presenta en

toda su belleza y variadas asociaciones, en sus atributos vivificantes y placenteras anticipaciones.

Era primavera en los corazones jóvenes y llenos de esperanza; primavera inspiradora, llena de promesas y perspectivas de alegría no gozada, y de placer no gustado. Y su influencia sutil se extendía a lo lejos, magnetizando cada rama, y cada naciente arbusto, cada seto y cada pequeña planta acuática. La renovación de las fuerzas de la Naturaleza era vista en toda cosa visible y se hacía sentir en los intrincados laberintos de los corazones humanos. Algunos temperamentos renuevan sus fuerzas con cada nueva primavera que se presenta; se vuelven jóvenes al ver los comienzos de la vida en el reino vegetal; y tristes son aquellos que no conocen tales rejuvenecimientos del corazón, tales reencarnaciones de los sentimientos e inspiraciones juveniles.

Había alguien, en la gran ciudad, que tenía la puerta de su corazón cerrada a los dulces murmullos de la primavera, cuyo mejor ser estaba todavía envuelto en su sombra invernal; en cuyo santuario ninguna música resonaba, ni penetraba la felicidad. Era un invierno constante para el pobre estudiante, quien dando hospitalidad a la duda, se veía arrastrado a cobijar la desesperanza, y con tales huéspedes en su hogar ¿cómo podía hallar paz y belleza en el exterior? Nadie conocía su miseria interior, nadie le traía la poderosa lámpara que reemplazase la pobre vela que tan débilmente iluminaba el sendero "sombreado de tinieblas y guardado por la desesperación". Y la "queda vocesita" seguía murmurando, por más que raras veces la oía la abrumada mente, y el alma parecía sumida en profundo sueño.

¿Despertaría algún día?

¿El harpa que una vez pulsaron los dedos del maestro permanecería totalmente discordante nuevamente? ¿Sería siempre silenciosa la melodía de esta harpa eólica que invisible se mecía en el escaso verde ramaje? ¿Podía el alma, habiendo una vez vivido en los secretos del templo interior, el *Sancta Sanctorum*,

olvidar su propia divinidad y volver a ser la cosa vil que había sido en su ignorancia? ¿Podía el discípulo aspirante quien una vez ha oído la voz del maestro perderse a su poder y no pensar más en sus acentos? Una cabeza se inclina reverente sobre los escritos conservados como tesoros sagrados; el corazón fatigado gime y llora de aflicción en el aire vespertino, un alma anhelante está luchando por emerger de su prisión y expresarse una vez más, mientras que el espíritu, escucha atento y estupefacto al corazón, la mente, y el alma, unidos en, una frenética y apasionada súplica de ayuda. El grito se elevó vibrante, fuerte y profundo, resonando en el viento nocturno sobre las colinas y más allá.

La fuerza acumulada se había consumido. La excitación de ese momento fue seguida por una calma forzada, ficticia y de mal presagio para aquella naturaleza abrumada y exhausta.

¿Llegará el auxilio?

La forma permanece inmóvil, pero está así porque la agonía es insoportable. No la muerte sino la oscuridad total, debe seguir, a menos que aquel ser locamente insensato sea arrebatado del inminente destino.

¿Debe el olvido acabar con todo esto? ¿No hay al alcance un poder misericordioso que sosiegue al frenético cerebro y que renueve el débil aliento?

¡Oye! Como el débil gemido de un niño dormido al ser perturbado por la inconsciente intensidad de su pensamiento, ese grito le llega de nuevo como un eco. No con la energía penetrante con que este fue enviado, este retorna como un leve murmullo que hiere los fatigados sentidos como el sonido de campanas tañidas en la cima de una montaña y oídas en el distante valle. A continuación llegó una nota clara y suave, y maravillosamente semejante a la voz tanto tiempo ha, silenciosa. “Ven”.

El llamado no podía confundirse.

El oyente escucha; se alza con la cabeza erguida, los labios ardientes, los ojos chispeantes de luz; y recogiendo fuerzas en cada fibra del tembloroso y jadeante cuerpo, contesta con un exultante grito:

"¡Maestro! ¡Ya voy! ¡Cúmplase tu voluntad!"

APÉNDICE II

CARTA CXX

[Publicada originalmente en el libro *The Letters of H. P. Blavatsky to A. P. Sinnett*, págs. 254-261, la presente carta contiene correcciones realizadas por H.P.B. para ser realizadas en una segunda edición del libro. Aquí H.P.B. intenta corregir principalmente la confusión que encuentra entre los términos Razas, Subazas, Rondas y Anillos (este último es un término que posteriormente dejó de usarse), en esa época había muy poco conocimiento público sobre estos temas, los cuales fueron aclarados en *La Doctrina Secreta* años más tarde.]

EL HOMBRE

Todas las notas privadas para Mohini y otros se han marcado con un asterisco (*).

ERRORES EN LA PRIMERA EDICIÓN	CORRECCIONES PARA LA SEGUNDA EDICIÓN
Texto, página 12 [10], *segundo* [primer] *párrafo*. "Durante estos circuitos planetarios que han sido llamados Rondas,	(* Véase, por favor, lo que precede, empezando con el párrafo 2. *Mónadas* puede referirse, únicamente, a la Humanidad de las Tres Rondas anteriores. Marco en azul las correcciones o los pasajes corregidos.)

las mónadas reconocibles como humanas no pueden (1) ser llamadas así, rigurosamente hablando, *cuando se desenvuelven sobre otros planetas*. (2) Únicamente en la actual *cuarta* Ronda se han desarrollado hombres como los que nosotros podemos concebir". (3)	(1). (…) no podían (2). (…) (mientras) o "cuando se estaban desenvolviendo sobre otros planetas" (*i.e.* los anteriores). (3). "Nosotros" podemos concebir, entonces: ¿de qué sirven los *Maestros*?*
Tercer [segundo] *párrafo (último renglón)* "El Anillo (4) que ahora estamos recorriendo es el cuarto"	(4). (Si emplea *Ronda* en el párrafo anterior, ¿por qué usa *Anillo* en el sucesivo?)
Texto "Antes de alcanzar (…) (hasta) (…) es el cuarto". (5)	*Léase (página 12* [10], *tercer* [segundo] *párrafo*). (5) "Antes de llegar a la perfección alcanzable en *esta* Ronda, la humanidad tuvo que pasar por *cuatro* Razas, cada una de las cuales tiene *siete* Subrazas o Anillos menores (aunque el Sr. S. [Sinnett] se opone a la palabra "Anillo") (…) La Ronda que ahora estamos recorriendo es la cuarta".
Cuarto [tercero] *párrafo*. "Con cada Ronda (6) se añade una dimensión a la concepción humana del espacio". "La cuarta dimensión del espacio, etc."	*Léase*. (6) "Con cada *Raza Raíz* se agrega una dimensión (…)" "La cuarta dimensión (…) antes de que la quinta Raza Raíz se haya completado".†

† No confundas, Mohini, las dimensiones del Espacio con las percepciones sensorias sobre el plano puramente espiritual de los 6 mundos de arriba. Con cada nueva *Ronda*, los sentidos (físicos y espirituales) aumentan por agregación de los de una de las esferas invisibles. No confundas, tampoco, las *Rondas* con las *Razas* o todo resultaría en una terrible confusión. Las tres dimensiones y la cuarta,

la quinta, la sexta y la séptima pertenecen, rigurosamente hablando, a nuestra materia terrenal (esa de la cual se ocupan las ciencias físicas) y la cuarta *dimensión* se está afirmando porque nos encontramos en la cuarta Ronda, pasando, ya, su parte media. La Tierra progresa, se desarrolla y se modifica como nosotros y el resto y en la séptima Raza Raíz, la Tierra se hallará en su séptimo desarrollo o dimensión. Pero los siete mundos superiores y los siete inferiores o Brahmalokas, son mundos *interiores* y son en nuestro mundo y en nosotros mismos. Entonces, la Humanidad de la primera Ronda era Satya y Atala: los dos polos opuestos espirituales del Bien Espiritual y del Mal Espiritual (materia). La segunda Ronda, conservando todas las facultades y los atributos de estos dos, obtuvo, además Tapas y Vitala; la tercera: Janas y Sutala, al paso que la cuarta o la nuestra, es todo lo anterior, más Mahar y Rasātala. ¿Entiendes, ahora? En esta Ronda podemos decir que nos encontramos en el punto de equilibrio del Bien y del Mal. Es un *velo* del Vedānta, cuando presenta los mundos brotados de los elementos quintuplicados en el orden en que encuentran. Si tú conoces su significado sánscrito, pondera en ello y ve lo que trato de decir. Con cada Ronda, la Humanidad *descendió* un paso en la Espiritualidad *Espiritual* y *ascendió* un paso en la Espiritualidad Material. Podríamos decir que es un movimiento doble, centrípeto y centrífugo.

Página 12 [10], *segundo renglón desde abajo* [tercer párrafo]	*Correcciones*.
"(…) en cada Anillo" (7)	(7) "(…) en cada Raza".
Página 13 [11]	
(¡Oh Jesús!) (8)	(8) ¿De cuáles "cuatro Rondas y cuatro Anillos" está usted hablando en la nota al pie de la página [incluida en el texto]? *No lo entiendo*.*
(De) "ningún ser humano (hasta) (…) el misterio de tal existencia planetaria". (9)	(9) (…) (segundo párrafo), antes de la séptima Raza Raíz (no Anillos). Todo este párrafo debería ser *eliminado*. Es *imposible* de corregir.*
Página 14 [13], *primer párrafo (10)*	(10) * Todo este párrafo se refiere al ser humano desde la

	primera a la cuarta Ronda y puede permanecer si agrega una o dos palabras para aclararlo.
Página 15 [14], *segundo* [tercer] *párrafo*. (Desde) "Se ha indicado (hasta) (…) imperceptibles para nosotros" (11)	(11) *Estos tres órdenes se desenvolvieron antes de la formación de la Tierra misma. Antecedieron a la *Tierra*, no al Hombre.
Página 16 [15], *segundo* [primer] *párrafo*. "Bajo la acción de esta *ley de retraso,* (12) los reinos inferiores han hecho poco o ningún progreso (13) desde que se inició la corriente de la evolución humana".	(12) No existe tal cosa, elimínala. (13) * Un error: si, *han adelantado*, pero demasiado largo para describirlo.
Página 16 [15], *tercer* [segundo] *párrafo, del octavo* [sexto] *renglón al décimo* [octavo]. "(…) viene tras él en la línea ascendente el reino vegetal, siendo el reino animal el que más se ha desarrollado de los tres".	*¿Qué decir de los helechos gigantescos y de los monstruos antediluvianos, dónde están la correspondencia y la analogía?
Página 17 [16], *segundo párrafo*. "(…) durante el presente Anillo" (14)	(14) "*Ronda*"
Página 18 [16], *primer* [segundo] *párrafo*. "Las siete Razas puramente espirituales que en este Anillo (15) precedieron la aparición del hombre físico (…)"	*Léase*. (15) (…) que en las tres Rondas (…) (después de las palabras: "hombre físico", agregarle) (…) "el hombre físico en la cuarta Ronda, la actual."
Página 18 [16], *segundo* [tercero] *párrafo*. "(…) que con la evolución de las	*Correcciones*. (16) "(…) con las *siete Subrazas*

siete Razas espirituales que precedieron al hombre, la Tierra se hizo apta para ser habitada". (16)

"Las primeras Razas carecían de lenguaje, (17) lo mismo que sus prototipos Espirituales". (18)

Página 20 [18], *segundo párrafo*.
"Las verdades internas o del alma que los hombres de esta raza sólo vagamente conciben, serán percibidas por la próxima raza, la sexta." (19)

Tercer Párrafo
(Desde) "las primeras (hasta) (…) de seres etéreos." (20)

de la primera Raza Raíz." (*Hay que eliminar la frase*: "que precedieron al hombre".)

(17) "La primera Raza Raíz carecía de lenguaje y también una porción de la segunda." "Carecía de lenguaje" sin embargo no era *muda*.

(18) ¿Cómo pueden, los prototipos *Espirituales*, tener o no lenguaje? El lenguaje, como nosotros lo conocemos, *por medio de los sonidos*, es nuestra insensatez terrenal.

(19) "Las verdades internas o del alma, que los seres de esta quinta raza (…) serán percibidas por la próxima, la sexta Raza Raíz."

Léase:
(20) Las primeras entidades humanas sobre el globo A, la primera Ronda, eran gérmenes vivientes (…) "De estos gérmenes, a lo largo de eras, se desenvolvieron las siete razas; primero, en el globo que antecedió al nuestro, durante el final de su último período". Estas razas eran aquellos que, al despertar del Manvantara de nuestro globo, eran los *últimos Śiṣṭas Espirituales* que antecedieron al hombre en esta Ronda y sobre este globo.

(*Ellos eran nuestros antepasados, las Siete razas acerca de las cuales hablé en Elberfeld y en otro lugar, los cuales eran los prototipos de las siete razas humanas que debían seguir sus *modelos*, por decirlo así. Entonces para ser exactos, ellos recibieron el Lenguaje de la tercera, una raza espiritual, por lo tanto, no estaban desprovistos de "habla". Voy a presentar todo esto en *La Doctrina Secreta*.*)

Texto, tercer [segundo] *párrafo* [Pág. 20]
"(…) en este Anillo (21) (…) siete razas del Anillo (…)"

Léase.
(21) "(…) en esta Ronda (…) (o Período del Mundo). (…) a través de todas las Razas de la Ronda o menores (…)"

Página 23 [21], *primer párrafo, último renglón*
"(…) del presente Anillo." (22)

(22) "(…) de la presente Ronda."

Página 24 [21].
Primer renglón [quinto de abajo] (…) Anillo (23) (…)
Cuarto [segundo de abajo] *renglón* "(…) razas etéreas (…) del presente Anillo eran siete, cada una de estas razas desarrolló o (…) existentes."

Léase.
(23) (…) Ronda
"(…) las Subazas etéreas en la Ronda actual eran siete, así como en cada Raza Raíz. Cada una de estas Subrazas se desenvolvió hasta que la séptima (…). Etc."†

† Siendo cada Ronda el prototipo de las Razas Raíces (o el período del globo) y cada *primera* Raza Raíz —el prototipo de las seis razas siguientes— la primera Raza Raíz de nuestro globo y Ronda fue entonces la síntesis dentro de su septenario de las 6 razas. Nuestra *última* habrá de abarcar todas las facultades de la *primera*. Recuerda, el "prototipo" es espiritual, físico y mental: un modelo. Y esto es por lo que los Maestros conociendo a través de sus *predecesores* y viendo clarividentemente lo que *fue* pueden decir *lo que será*.

Renglón 12 [Pág. 22, sexto renglón] "(…) Anillo (24) (…)"

(24) Ronda

Renglón 19 [Pág. 22, renglón 13] "(…) Anillo (25)"

(25) Ronda.

En esta página usted confunde las siete razas espirituales con las siete físicas. Los prototipos de cada globo de una Ronda se encuentran, invariablemente, en el planeta A, cada Raza Raíz del Septenario es el modelo de uno de los globos. Por lo tanto:

La primera Raza Raíz en el planeta A representa el modelo para el globo A (y su último séptimo). La segunda para el globo B; la tercera, para el globo C; la cuarta para el globo D etc., etc. Cada primera Raza Raíz sobre cada planeta y en cada Ronda, contiene los prototipos de todas las siguientes, en sus siete Subrazas.

Los últimos 12 renglones en la página 24 como usted puede ver están completamente equivocados, deben ser *re-escritos* de acuerdo a lo arriba dicho [últimos 10 renglones, primer párrafo, pág. 22].*

"Es difícil para hombres (…) lo que son los otros dos" (26) *Octavo Renglón* [Pág. 22, segundo renglón].

(26) *No, *no lo es*. El *sexto sentido* es la percepción de las realidades y de la verdad en los mundos invisibles (por supuesto: *los que podemos alcanzar*) y de la *verdad y del hecho* en la Tierra. Todas las palabras y las frases de un lenguaje se *colorean*, por lo tanto, es fácil notar, a la vez, por el color que acompaña un *sonido*, si se ha dicho la verdad o una mentira, si se ha expuesto un hecho o si se ha distorsionado.

Texto página 25 [22], *primer renglón* [segundo párrafo].
"Las razas sucesivas han llevado (…)" (27)

(27) "Las razas sucesivas, hasta la cuarta, han llevado, etc."

Segundo [tercer] *párrafo, tercer* [segundo] *renglón* [pág. 22].
"(…) la primer subraza, de la primera raza objetiva (28) (…)"

(28) "(…) de la primera raza objetiva puramente *humana* que apareció en nuestra Tierra en esta Ronda."

Página 26 [24], *noveno renglón a partir del final* [cuarto renglón].

"(…) raza objetiva (…)" (29)

(29) *Raza-raíz* objetiva (…)

Página 27 [24], *cuarto renglón* [15]

"(…) sólo hasta cierto grado limitado. (30) El que nuestros ojos (…)"

(30) "(…) Sólo hasta cierto grado limitado."
Esto puede ser probado por las tradiciones del *Primer* gran Diluvio en el medio de la cuarta Raza Raíz, cuando el ser humano percibió, por primera vez, el arco iris con su completo espectro de colores. Este contiene un significado *real* y no las insensateces del *Pacto* de que habla la Biblia. Esto lo voy a presentar en *La Doctrina Secreta**.

Página 28 [25], *tercer* [octavo] *renglón a partir del final*.

"quinta raza, que es la nuestra (31) (…)"

(31) * "quinta Subraza de la primera Raza Raíz."
Este es el motivo por el cual, ahora, el sentido del gusto se ha desarrollado totalmente en nuestra *quinta* Subraza de la quinta Raza Raíz. Siendo sus prototipos la cuarta ronda y su quinta subraza de la primera raza raíz en este nuestro período mundial, como correctamente dices en la pág 31 [28] (segundo párrafo). Recuerda que estamos envueltos, por así decirlo (nuestra vida terrestre), por los dos mundos *Mahar* (o Tejas, luz, color del intelecto puramente terrestre) y por *Rasātala*, que

procede de Rasa, gusto, creo; pues esto es lo que se me ha enseñado. Los prototipos de la Ronda son el color o la vista y de la Subraza y Raza Raíz, el gusto. Todas correspondencias como puedes ver.

Texto página 29 [25], *quinto* [últimos dos] *renglón*.
"Pero, cuando la raza *en bloc* se eleva al (…)" (32)

(32) "(…) La Raza, *en bloc* se ha elevado, desde la primera hasta la cuarta raza-Raíz (…)"

Sexto [primer] *renglón* [pág. 26].
"y es disfrutada […]" (33)

(33) "y fue disfrutada (…)"

Segundo párrafo, segundo renglón
"La tercera subraza de la tercera raza" (34)

(34) "tercera subraza de la *Primera* Raza Raíz (…)"

Página 31 [28], *segundo* [primer] *párrafo, segundo renglón*.
"(…) sub-raza. Al principio (35) (…)"

(35) "Subraza, aunque sólo alcanzó su máximo en la quinta subraza de la quinta Raza Raíz. Al principio (…)"

Segundo [primer] *párrafo, quinto renglón*.
"El hombre no comía nada* (36) sino que (…) absorbía (…)"

* Insensatez.
(36) "El hombre comía tan poco como los de la tercera Ronda, quienes absorbían, etc."

Segundo [primer] *párrafo, renglón 12*.
"El hombre (…) no llegó a ser (…) en nuestro cuarto anillo, hasta el final de la segunda raza". (37)

* De entre todos los sentidos, el gusto es el más burdo y material; sin embargo, este nada tiene que ver con la *nutrición*, así como el *lenguaje verbal* estentóreo nada tiene que ver con *hablar* y entenderse recíprocamente. Mi Mohini, también usted *materializa* considerablemente.
(37) En este planeta, el hombre no llegó a ser un animal comedor

	hasta el término de la *tercera* Ronda, aunque él comenzó a desarrollar el gusto sólo en la primera subraza de la primera Raza Raíz, desarrollándolo *enteramente* en la quinta Raza Raíz de nuestra Cuarta Ronda.
Página 34 [30], *octavo renglón* [13]. "[…] Hijo del Fuego (38) […]"	(38) "Hijo de la NEBLINA-ÍGNEA."
Página 35 [31], *renglón 16* [13]. "Durante las Subrazas de la *segunda* raza." (39)	(39) "(…) Subrazas de la primera Raza Raíz."
Página 35 [31], *renglón 18* [15]. "Pero el hombre, ni aún entonces, se hallaba cristalizado y condensado (…) *para poder ser reconocido por sus actuales descendientes como perteneciende a su raza* (!!) (…) semietéreo (…) pocos atributos de *humano* (!!! ???) (…) en efecto, en el sentido físico, él no era realmente un hombre (40)	(40) * Tú seguramente *sueñas*, mi dulce niño. Si tenías en mente la Humanidad de la segunda Ronda cuando escribiste esto —*passe encore*— pero, ¿*sobre esta Tierra y en esta Ronda*? Mira lo que el Maestro dice en su carta al Sr. Sinnett. El hombre de la primera Ronda es un ser etéreo, no inteligente, pero *super-espiritual*. El hombre de la segunda *Ronda* es gigantesco y etéreo, su cuerpo se condensa más y se parece más a un HOMBRE FÍSICO. En la tercera Ronda es menos gigantesco y más racional, "más simio que un hombre-*Deva* (sin embargo, es un HOMBRE HUMANO). El Señor te ama, dulce inocente… ve a confesarte, querido y aprende de los *padris* algo del capítulo VI, segundo verso, *de Génesis*. *Tú has* "Olvidado la Historia."
Página 37 [32], *segundo* [cuarto] *párrafo*, *primer renglón*. "La tercera raza (41) señala".	(41) "La Tercera Ronda señala".

Página 38 [34]*, segundo párrafo, tercer* [segundo] *renglón.*
"Fruto prohibido". (42)

(42) Hijo mío, el fruto prohibido es una cuestión que necesitaría 95 volúmenes y ¾. "La Caída del Hombre" ocurrió durante la cuarta Ronda en la séptima Subraza de la segunda Subraza [¿Raza Raíz?]. Hasta la tercera Subraza, los hombres eran pre-Adamitas o, mejor dicho, *Kadmonitas*, tenían ambos sexos, empieza el VELO cabalista (*ver, también*, la Biblia, el primer capítulo, versos 26 y 27 y compáralos con el segundo Capítulo, verso 7; y el quinto Capítulo, primer verso, y siguientes). Sí señor, *el tacto* fue desarrollado, en verdad, en la tercera subraza. Por lo tanto, no llames, por favor, a las siete razas Espirituales del hombre "NUESTROS antepasados", porque lo son sólo de la primera y de la segunda Subraza. Nuestros antepasados son los Post-*Kadmonitas* gritones, los Adamitas. Recuerda los Reinos o las Eras de los *Devas, los Pitṛs y los Manuṣyas*.

Texto, página 47 [41]*, segundo* [primer] *párrafo, tercer renglón.*	*Correcciones*
"(…) la muerte (…) no se conocía durante las primeras dos razas". (43)	(43) "(…) durante las primeras dos razas la muerte no se conocía (el comienzo de la tercera subraza de la primera Raza Raíz (cuarta Ronda), lleva la muerte a la Tierra, después de la Caída del Hombre!!)"
"Enoch".* (44)	(44) * Enoch es un descendiente suelto de las razas Espirituales. Lo mismo se puede decir de muchos otros, *incluso en la Historia*, pero son raros. Enoch y Hermes son uno, como usted sabe. ¡Y Hermes es Mercurio o Buddha, etc., etc.!
Página 57 [49]*, segundo párrafo, primer renglón.*	*Léase.*
En lugar de "segunda raza (…)" (45)	(45) "tercera Ronda"

Página 75 [64]*, segundo párrafo, segundo renglón.*

"(…) Anillo (…)" (46)

(46) "Ronda"

Página 76 [65]*, segundo párrafo, tercer* [segundo] *renglón.*
"Raza (…)" (47)

(47) "Raza-Raíz", los llamados atlantes.

Página 77 [66]*, cuarto renglón a partir del final* [séptimo renglón].
"(…) con los arios" y consecuentemente (48)

(48) "con los arios, que en aquel entonces se encontraban en su primera subraza y, consecuentemente, etc."

Página 88 [74]
(Altan). [en el original marca un error de tipeo] (49)

(49) Atlan.

Página 89 [75]*, renglón 10* [8]
"Anillo." (50)

(50) "Ronda".

Página 90 [75]*, sexto* [ante último] *renglón.*
"(…) Anillo (…)" (51)

(51) "Ronda".

AMÉN

Terminado, salve *mi* error.

Bhū
Bhuva
Sva
Mahā
Jana
Tapas
Satya

Janas
Mahās
Bhuva
Bhū
Sva
Tapas
Satya (52)

(52) Esta es su disposición. Madame dice que es una incoherencia y le pido confirmarlo. El orden en la mano izquierda es correcto [este punto se refiere a una carta anterior al Sr. Sinnett].

H. P. Blavatsky
+ (su cruz)

Estas páginas deben ser llevadas y leídas al Sr. Sinnett, por favor. No puedo escribir a ambos y él quiere saber algunas cosas. Entrégale esto inmediatamente, por favor.

Respetuosamente
H.P.B.

APÉNDICE III

LA SRA. HOLLOWAY Y LOS MAHĀTMAS

[Tomadas de http://www.blavatskyarchives.com/hollowayml.htm]

CARTA III

[A Laura C. Holloway del Maestro K. H.; recibida en Londres, Julio 1884]

Los débiles esfuerzos de una vida son despreciables en verdad cuando se los compara a los resultados de una eternidad (una palabra de la que usted apenas puede formarse un concepto) y la suma total de todas las acciones es insignificante comparada con el futuro. Pero, por el hecho de tener ese futuro en el cuál actuar y crear ¿ha de reusarse a seguir adelante ahora? Naturaleza dividida: duda antes de actuar.

El libro [*El Hombre*…] es un proyecto comenzado; ¿por qué no concluirlo? Su existencia dependerá de usted pues ud. y solo ud. puede crearlo, y los materiales no se encuentran en las manos de nadie más. Pero si se rehusara a continuar, no se engañe a sí misma con la falsa idea de que no es capaz de hacer lo que ha hecho hasta ahora.

La verdadera razón es la falta de confianza y usted es responsable por la influencia que permite que otros ejerzan sobre ud. ¿Al ser pesada en la balanza será encontrada deficiente? ¿Volverá al viejo estado de las cosas en Estados Unidos? Es nuestro deseo sacarla de eso.

K.H.

CARTA IV

[A H. P. B. del Maestro K. H.; recibida en Londres, Julio 1884]

La Sra. H. ve mejor de lo que *escucha*.

Ella tiene o bien que dejarse ser desarrollada gradualmente y escuchar el consejo de nuestros celās o bien renunciar, lo cual sería una pena. No discierne bien entre las cosas que le muestran los Celās que enviamos y la transferencia de ideas desde la mente de aquél en el cual ella se apoya y, además, refleja sus prejuicios personales, preconceptos e intereses, gustos y antipatías. Muy a menudo olvida lo que ha leído o aprendido acerca de las leyes del "magnetismo animal". Y esto es porque es muy impresionable y sensible, así como una clarividente de nacimiento.

K.H.

APÉNDICE IV

DATOS BIOGRÁFICOS DE LOS ESCRITORES

[Los mismos han sido extractados del libro *H.P. Blavatsky: Alumnos, Amigos-Enemigos* compilado por José Ramón Sordo, Balavatsky Editorial, Mexico 2006.]

Holloway, Laura Carter

(1848-1930; americana)

Fue una autora y periodista americana. Escribió varios libros incluyendo *Ladies of de White House* 1870 del cual se vendieron más 100.000 ejemplares. La Sra. Holloway fue editora asociada (1870-1874) del *Brooklyn Daily Eagle*.

Conoció a William Q. Judge en Nueva York en enero de 1883 (Zirkoff cronología C.W.) y este vio en ella muchas posibilidades como una futura trabajadora en el Movimiento. Laura Holloway tenía habilidades psíquicas. En la primavera de 1884 recibió una carta de H.P.B. que la motivó a ir a entrevistarse con ella, cuando se encontraba de visita en Europa.

Durante su estancia en Londres en el verano de 1884, Laura Holloway escribió junto con Mohini Chatterji, *El Hombre: Fragmentos de una Historia Olvidada*, y a este respecto son muy interesantes los recuerdos que sobre este período memorable dejó escritos Francesca Arundale:

"Durante el tiempo en que H.P.B. estuvo con nosotras, una dama americana la Sra. L. C. Holloway vino a verla, y H.P.B. encontró que la Sra. Holloway tenía ciertas cualidades psíquicas que le permitirían ser usadas para el trabajo de los Maestros; y aunque esas mismas cualidades psíquicas traían consigo el peligro de errores, H.P.B. determinó probarla. Se les dijo a Mohini Chatterji y a la Sra. Holloway que miraran hacia atrás dentro del pasado remoto y que esbozaran la historia de las épocas lejanas. Ellos hicieron esto, y en el pequeño cuarto de arriba en Elgin Crescent los dos nuevos amigos, se dieron a la tarea de escribir día tras día: *El Hombre: Fragmentos de una Historia Olvidada*. Yo estaba constantemente con ellos, y me pareció de lo más fascinante penetrar dentro de las sombras del pasado. Es posible que haya *algunos errores en el libro,* yo sé que de hecho los hay… pero los Maestros ayudaron, y Ellos aportaron varias páginas del manuscrito, y Ellos hicieron correcciones de vez en cuando." (*My Guest- H. P. Blavatsky*, por Francesca Arundale, pp. 42-43) Ver también a este respecto: *The Letters of H. P. Blavatsky to A. P. Sinnett*, T.U.P., pp. 93, 254 et. seq.

"Laura Holloway volvió a los Estados Unidos, en donde fue Presidente de la famosa *Seidl Musical Society*. Durante esa época, intercambió una gran cantidad de cartas con el cor. Olcott, y fue su representante en materias "ocultas" en Brooklyn.

(Ver Carta de H.P.B.: Carta Mahātma, N° 139, p.476) Después de algunos años, renunció a la Sociedad Teosófica (Adyar), aunque mantuvo una relación amistosa con algunos antiguos miembros… (Sven Eek, *Damodar*, p. 628)

Durante sus últimos años, Laura Holloway estuvo conectada con el grupo que en 1898 se formó bajo el nombre de Sociedad Teosófica de Nueva York, la cual tenía la revista Teosófica *The Word*, editada por Harold C. Percival. Entre los miembros destacados de este grupo cabría mencionar al Dr. J. H. Salisbury, que había conocido bien al Sr. Judge, Donal Nicholson editor en Jefe del *New York Tribune*, otro viejo amigo de H.P.B. y Judge, y el Dr. Alexander Wilder, el platónico erudito que estuvo conectado con H.P.B. cuando ella escribió *Isis Develada* en Nueva York. (*The Theosophical Movement,* 1875-1925 The Cunningham Press, p. 302)

Chatterji, Mohini Mohun

(1858-1936; hindú).

Fue un alumno personal del Maestro K.H., y uno de los miembros hindúes más brillantes de los primeros tiempos de la Sociedad Teosófica.

Era descendiente del Rājā Rammohun Roy, un gran reformador hindú, y estaba también relacionado con Debendra Nath Tagore, de Dehra Dun, siendo este último el padre del célebre poeta, Rabindranath Tagore. De profesión era fiscal de oficio, se afilió a la Sociedad Teosófica en 1882, acompañando al Cor. Olcott y a H. P. Blavatsky cuando se embarcaron en Bombay en el *S. S. Chandernagore* el 20 de febrero de 1884. El grupo llegó a Marsella, Francia el 12 de marzo. El 5 de abril Mohini dejó Paris viajando a Londres con el Cor. Olcott. En junio fue examinado por la “Sociedad de la Investigación Psíquica” respecto a los fenómenos ocultos en Adyar y



Laura Carter Holloway



Mohini Mohun Chatterji

nuevamente en agosto. En julio trabajó con la Sra. Laura Langford Holloway en el libro*: El Hombre: Fragmentos de una Historia Olvidada*. Se considera que estos dos colaboradores publicaron también *Cinco Años de Teosofía* en septiembre de 1885. En 1887 Mohini visitó América (*The Mahatmas and their Letters*, por Geoffrey Barborka, T. P. H., 1973, pp. 332-33)

"En enero de 1884, K. H. le escribió a A. P. Sinnett: "Él [Olcott] irá acompañado por Mohini, al cual he escogido como mi chela y con el cual a veces me comunico directamente" (CM, 398)

Como todo chela en probación, Mohini tuvo que enfrentarse a muchas pruebas y tentaciones durante su estancia en Europa; a los avances de algunas de sus admiradoras, y sobre todo al orgullo. (Ver: *Cartas de H. P. Blavatsky a A. P. Sinnett*). "Desafortunadamente la adulación con la que fue colmado en Londres y París se le subió a la cabeza no logrando ejercer un juicio adecuado en algunas de sus relaciones con algunos de los miembros. Esto le causó muchos problemas y preocupaciones adicionales a HPB durante su estancia en Europa". (*Dāmodar,* etc., Sven Eek, pp. 638-39).

En 1887 Mohini visitó América, embarcándose rumbo a la India en Septiembre de ese año, desde Boston. En el camino se detuvo en Italia para visitar a unos amigos, regresando a Calcuta en julio de 1888. (Zirkoff, Cronología) en donde volvió a su práctica profesional. Al momento de su muerte en 1936 estaba casi ciego debido a cataratas en los ojos (Sven Eek, *Dāmodar*…, p. 639). Aunque falló como chela, su actividad en la Sociedad Teosófica fue valiosa.

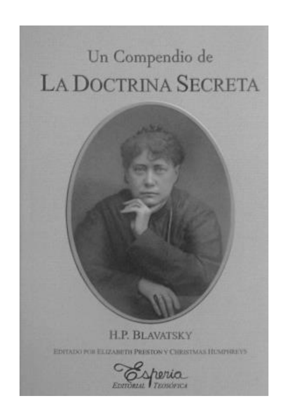
“La sabiduría no tiene precio,
pero su valor es incalculable,
sin embargo la ignorancia tiene
costos inimaginables
en dolor y en miserias
a veces insuperables.”

Anónimo

WWW.TEOSOFIAORIGINAL.COM.AR

Otras Publicaciones de Esperia Editorial Teosófica

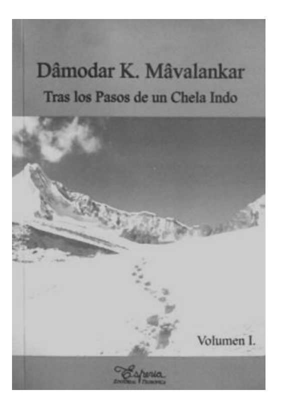
Un Compendio de la Doctrina Secreta



Editado por C. Humphreys y E. Preston es uno de los libros esenciales para todo aquel que pretende comenzar el estudio de la inmensa obra de H. P. Blavatsky. El mismo esta basado en la primera edición de 1888 publicada en dos tomos, respetando su original.

La presente es una edición revisada y correjida de la traducción publicada en 1973.

Dāmodar K. Māvalankar: Tras los Pasos de un Chela Indo

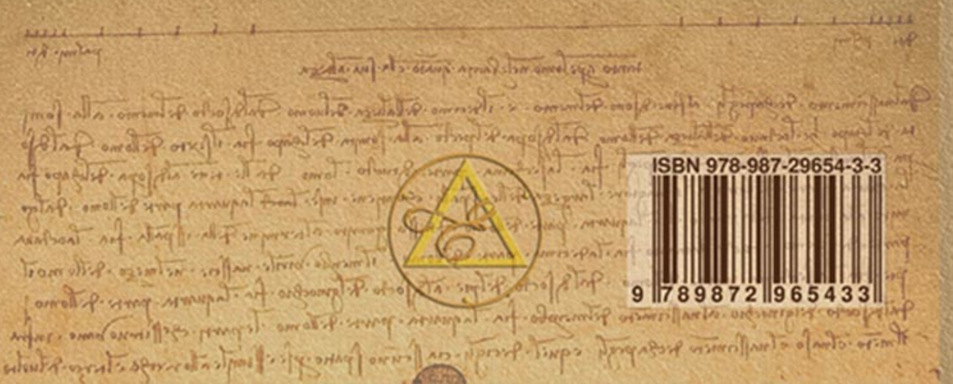


Una antología de escritos de Dāmodar K. Māvalankar, uno de los integrantes más destacados de los primeros tiempos del Movimiento Teosófico.

El mismo está realizado con una selección de sus escritos, algunos publicados por primera vez en castellano, así como también material histórico sobre sus años públicos, antes de acudir al llamado de su Maestro.

Este libro
terminó de imprimirse
en enero del año 2016
en “La Imprenta YA”.
Con una tirada de
300 ejemplares.

“Si los hombres pudieran comprender lo que sería la existencia sin esta “lucha por la vida”, que es la verdadera y más fecunda fuente de calamidades, miserias, y crímenes, comprenderían entonces, por vez primera, la altura moral y perfección espiritual de la vida del Mahātman. Sin dejar de reconocer las causas de esta lucha y de apreciar justamente los móviles que impulsan al hombre en su deseo de sobreponerse a las necesidades y desempeñar propiamente sus deberes como cabeza de su familia y miembro de la sociedad, debemos, sin embargo, afirmar que existe un plano en la vida, en el cual estas causas no existen, y en donde la lucha es desconocida. El convencimiento de esta verdad que se halla oculta en los hondos pliegues de nuestro ser interior, nos viene del espíritu que allí habita, y se nos manifiesta por el conocimiento del escaso valor de esta vida terrenal y de las infinitas posibilidades que existen más allá.”



ISBN 978-987-29654-3-3
9 789872 965433